



# Leonard Cohen

EL JUEGO  
FAVORITO

Lectulandia

La infancia y la juventud de Lawrence Breavman está puntuada de nombres femeninos: Bertha, que se cayó de un manzano; Lisa, con quien jugaba a la prostituta y el soldado; Heather, la criada a la que sometió a una gloriosa sesión de hipnosis; Tamara, la revolucionaria de muslos dorados. Y Shell, sobre todo Shell, con la que descubrió mucho después el amor y sus exigencias.

A Shell se lo contaría todo sin omitir detalle: el viejo revólver de su padre, la soledad de los parques de Montreal, el mensaje que enterró bajo la nieve, las charlas trascendentales con su amigo Krantz... Todos los caminos que lo alejaron de su ciudad y su familia, incluso de su precoz celebridad, y que lo condujeron a ella.

Con la fuerza sugestiva y la riqueza de imágenes de sus mejores poemas, Leonard Cohen recrea en *El juego favorito*, publicada originalmente en 1963, la historia de una educación erótica y sentimental de claras resonancias autobiográficas.

**Lectulandia**

Leonard Cohen

# **El juego favorito**

ePub r1.0

Titivillus 13.11.16

Título original: *The Favourite Game*  
Leonard Cohen, 1963  
Traducción: Blanca Tera y Susan Hendry

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A -----, como le prometí

# LIBRO I

# 1

Breavman conoce a una chica llamada Shell a la que le hicieron unos agujeritos en las orejas para que pudiera llevar largos pendientes de filigrana. Las punciones se infectaron y ahora tiene una pequeña cicatriz en cada lóbulo. Él las descubrió tras su pelo.

Una bala penetró en el brazo de su padre cuando salía de una trinchera. Para un hombre con trombosis coronaria es reconfortante exhibir una herida recibida en combate.

En la sien derecha Breavman tiene la cicatriz que Krantz le impuso con una pala. Una disputa sobre un muñeco de nieve. Krantz quería utilizar escoria de carbón para los ojos. Breavman era y es todavía enemigo de utilizar materiales extraños en la decoración de muñecos de nieve. Nada de bufandas de lana, de sombreros, de gafas. En la misma línea, condena que se metan zanahorias en la boca de las talladas calabazas de adorno navideño o que se les claven orejas hechas con pepinos.

Su madre consideraba todo su cuerpo una cicatriz que había ido creciendo sobre un algo anterior y perfecto que buscaba en espejos, ventanas y tapacubos.

Para los niños, las cicatrices son medallas. Los amantes las utilizan como secretos que revelar. Una cicatriz es lo que ocurre cuando la palabra se hace carne.

Es fácil mostrar una herida, las honrosas cicatrices de la batalla. Es duro mostrar una pústula.

## 2

La todavía joven madre de Breavman cazaba arrugas con las manos y un espejo de aumento.

Cuando encontraba una, consultaba una batería de aceites y cremas alineados en una bandeja vidriada y suspiraba. Sin fe, la arruga era ungida.

«Esta no es mi cara, no es mi auténtica cara.»

«¿Dónde está tu auténtica cara, madre?»

«Mírame. ¿Es esto lo que parezco?»

«¿Dónde está, dónde está tu auténtica cara?»

«No lo sé, en Rusia, cuando yo era niña.»

Breavman sacaba de la estantería el enorme atlas y se caía con él. Cribaba las páginas como un buscador de oro hasta que la encontraba, toda Rusia, pálida y vasta. Inclinado sobre las distancias hasta que se le nublaba la vista, y los lagos, los ríos y los nombres se convertían en una cara increíble, borrosa y bella y perdida fácilmente.

La criada tenía que llevarlo a rastras para ir a cenar. Un rostro de mujer flotaba sobre la vajilla de plata y la comida.



### 3

Su padre se pasaba la vida en cama o en una campana de oxígeno del hospital. Cuando se levantaba y paseaba, mentía.

Cogió el bastón que no tenía filete de plata y llevó a su hijo a Mount Royal. Allí había un antiguo cráter. Dos cañones de hierro y piedra descansaban en el hueco, dulcemente recubierto de césped, que un día había sido un abismo de lava hirviente. Breavman quería demorarse allí en la violencia.

«Volveremos cuando me sienta mejor.»

Una mentira.

Breavman aprendió a acariciar la cara de los caballos atados al lado de la casa de campo, a darles terrones de azúcar en la palma de la mano extendida.

«Un día montaremos a caballo.»

«Pero si apenas puedes respirar.»

Su padre sufrió un colapso aquella tarde ante el mapa con banderas sobre el que planeaba las batallas, manoteando torpemente en busca de las cápsulas de inhalación.

## 4

Es una película atestada de cuerpos familiares.

Su padre dirige la cámara a sus tíos, altos y serios, flores en las solapas, que se acercan demasiado y entran en la *borronedad*.

Sus esposas parecen estiradas y tristes. Su madre retrocede, animando a sus tías a salir en la película. Al fondo de la pantalla, su sonrisa y sus hombros se aflojan lánguidamente. Cree estar fuera de campo.

Breavman detiene la película para estudiar a su madre y el rostro es comido por una gran mancha de bordes anaranjados a medida que la película se quema.

Su abuela está sentada en la sombra de la galería de piedra, sus tías aparecen ante ella con los niños. Un juego de té de plata resplandece vivamente en tecnicolor primitivo.

Su abuelo pasa revista a una formación de niños, pero queda inmovilizado en mitad de un gesto de aprobación y es destrozado por una llama de color naranja.

Breavman está mutilando la película con sus exigencias históricas.

Breavman y sus primos se enzarzan en pequeñas batallas caballerescas. Las niñas hacen reverencias. Se invita a los niños a saltar de uno en uno el sendero de baldosines.

Un jardinero, tímido y agradecido, es conducido a la zona de sol para ser immortalizado con sus superiores.

Un batallón de esposas se apretuja de frente, diezmadas por el borde de la pantalla. Su madre es una de las primeras en desaparecer.

De pronto, la película es zapatos y césped borroso, su padre se tambalea bajo otro ataque.

«¡Por favor...!»

Los rollos de celuloide arden bajo los pies de Breavman.

Comienza a bailar hasta que la tata y la doncella lo salvan, y su madre lo castiga.

Proyecta la película noche y día. Ten cuidado, maldito, ten cuidado.

Los Breavman crearon y presidieron casi todas las instituciones que hicieron de la comunidad judía de Montreal una de las más poderosas de hoy.

El chiste que circulaba era: Los judíos son la conciencia del mundo, y los Breavman, la conciencia de los judíos. «Y yo soy la conciencia de los Breavman», añadía Lawrence Breavman. «En realidad somos los únicos judíos que quedan, es decir, supercristianos, ciudadanos de primera con los colmillos limados.»

Hoy día el sentimiento general, si alguien se molesta en expresarlo, es que los Breavman están en decadencia. «Si no tenéis cuidado, vuestros hijos hablarán con acento», advierte Lawrence Breavman a sus primos ejecutivos.

Diez años antes, Breavman había compilado el Código Breavman:

Somos caballeros Victorianos de credo hebreo.

No podemos afirmarlo terminantemente, pero es casi seguro que los demás judíos con dinero lo consiguieron en el mercado negro.

No deseamos ingresar en clubs de cristianos ni debilitar nuestra sangre con matrimonios mixtos. Queremos ser considerados como iguales, unidos por la clase, la educación y el poder, y diferenciados por los rituales domésticos.

Nos negamos a pasar la frontera de la circuncisión.

Fuimos civilizados primero y bebemos menos, atajo asqueroso de borrachos sanguinarios.

## 6

Una rata está más viva que una tortuga.

La tortuga es lenta, fría, mecánica, casi un juguete, un caparazón con patas. Su muerte no cuenta. En cambio, la rata es veloz y caliente en su envoltura de piel.

Krantz guardó la suya en una radio vacía. Breavman guardó la suya en una lata de miel. Krantz se fue de vacaciones y encargó a Breavman que le cuidara la suya. Breavman las puso juntas.

Alimentar ratas da trabajo. Hay que bajar al sótano. Las olvidó durante un tiempo. Por último, ni quiso pensar en la lata de miel y evitaba las escaleras del sótano.

Por fin bajó y notó un terrible hedor procedente de la lata. Hubiera preferido que estuviera todavía llena de miel. Miró dentro y una rata se había comido casi todo el estómago de la otra. Le tenía sin cuidado cuál era la suya. La rata viva saltó hacia él y entonces se dio cuenta de que estaba loca.

Manteniendo la lata lejos por el hedor, la llenó de agua. La rata muerta flotaba en la superficie con el agujero entre las costillas y las patas traseras a la vista. La viva arañaba las paredes.

Le llamaron a comer. El primer plato era tuétano. Su padre lo sacaba a golpecitos del hueso. Aquello procedía del interior de un animal.

Cuando volvió a bajar, las dos flotaban. Vació la lata en el camino de acceso a su casa y lo tapó con nieve. Vomitó y tapó aquello con nieve.

Krantz estaba loco. Quería celebrar por lo menos un funeral, pero no pudieron encontrar los cuerpos porque había caído una gran nevada.

Cuando llegó la primavera la emprendieron con los montículos de nieve sucia del camino. Nada. Krantz dijo que considerando el estado de la cuestión, Breavman le debía dinero para otra rata blanca. Le había prestado la suya y no le había devuelto nada, ni siquiera un esqueleto. Breavman dijo que un hospital no paga nada cuando alguien se muere allí. Krantz dijo que cuando se presta una cosa a alguien y esa persona la pierde, tiene que pagarla. Breavman dijo que cuando se está vivo no se es una cosa y que, además, le hizo un favor cuidándosela. Krantz dijo que matar a una rata era un curioso favor, y se enzarzaron en una lucha sobre la grava mojada. Después se fueron a la ciudad y compraron dos ratas nuevas.

La de Breavman se escapó y vivía en un cuartucho debajo de la escalera. Veía sus ojos con una linterna. Durante varias mañanas estuvo poniendo delante de la puerta trigo inflado que la rata roía, pero pronto dejó de preocuparse.

Cuando llegó el verano y empezaron a sacar de allí las persianas y las ventanas de rejilla, uno de los hombres descubrió un pequeño esqueleto. Tenía pegados parches de pelo. Lo echó al cubo de la basura.

Cuando el hombre se fue, Breavman cogió el esqueleto y corrió a casa de Krantz. Le dijo que era el esqueleto de la primera rata y que Krantz podía hacerle el funeral si deseaba. Krantz le contestó que no quería un asqueroso esqueleto viejo, que ya tenía

una rata viva. Breavman dijo que estupendo, pero que tenía que admitir que estaban en paz. Krantz lo admitió.

Breavman enterró el esqueleto bajo los pensamientos. Su padre se ponía uno en el ojal todas las mañanas. Breavman demostró un renovado interés en aspirar su aroma.

Vuelve, severa Bertha, vuelve y arrástrame al árbol del tormento. Apártame de los dormitorios de las mujeres fáciles. Cóbrate la deuda. La chica con la que estuve anoche engaña al hombre que le paga el alquiler.

Así es como Breavman invocaba el espíritu de Bertha muchas mañanas de sus veinte años.

Sus huesos vuelven a ser entonces como palillos. Su nariz retrocede desde la impresionante prominencia semítica a la oscuridad gentil de su niñez. El vello del cuerpo lo va perdiendo al tiempo que los años, como un oasis esquilado por una maldición. Es bastante liviano para subirse en manillares y ramas de manzanos. Los japoneses y los alemanes no tienen razón.

«¿Jugamos ahora, Bertha?»

La ha seguido hasta las ramas más frágiles del árbol.

«¡Más arriba!», exige ella.

Incluso las manzanas tiemblan. El sol se refleja en la flauta de Bertha, transformando la madera pulida en un instante plateado.

«¿Ahora?»

«Primero tienes que decir algo de Dios.»

«Dios es un tonto.»

«Oh, eso no es nada. Para eso no juego.»

El cielo está azul y las nubes se mueven. Hay fruta podrida en el suelo, millas más abajo.

«Mecachu en Dios.»

«Algo terrible —horriblemente sucio, gallina. La palabra auténtica.»

«¡Me cago en Dios!»

Aguarda a que un viento ardiente lo levante de la rama y lo deje mutilado en la hierba.

«¡ME CAGO EN DIOS!»

Ve a Krantz que está tumbado junto a una manguera enrollada, deshaciendo una pelota de béisbol.

«Eh, Krantz, escucha esto. ¡ME CAGO EN DIOS!»

Breavman no ha oído nunca su propia voz tan pura. El aire es un micrófono.

Bertha altera su precaria postura para golpearlo en la mejilla con su flauta.

«¡Mala lengua!»

«Fue idea tuya.»

Ella le golpea de nuevo en nombre de la religión, y al caer violentamente por entre las ramas va desgajando manzanas. Ni un grito mientras se desploma.

Breavman y Krantz la contemplan un segundo, en una postura retorcida que nunca hubiera podido conseguir en gimnasia. Piden a gritos un teléfono. El inexpresivo rostro sajón de Bertha parece anestesiado tras las gafas, todavía intactas,

de montura de acero. De su brazo se ha escapado un afilado hueso.

Tras la ambulancia, Breavman susurró:

«Krantz, hay algo especial en mi voz.»

«No, no hay nada.»

«Sí lo hay, puedo hacer que pasen cosas.»

«Estás chiflado.»

«¿Quieres que te diga lo que me propongo?»

«No.»

«Prometo no hablar durante una semana. Prometo aprender a tocar la flauta yo solo. De esa manera no variará el número de gente que sabe hacerlo.»

«¿Y para qué sirve eso?»

«Es evidente, Krantz.»

Su padre decidió levantarse del sillón.

«¡Te estoy hablando, Lawrence!»

«Tu padre te está hablando, Lawrence», tradujo su madre.

Breavman ensayó una postrera pantomima desesperada.

«Escucha la respiración de tu padre.»

El mayor de los Breavman calculó el gasto de energía, aceptó el riesgo y cruzó el rostro de su hijo con el reverso de la mano.

Sus labios no estaban tan hinchados como para no seguir practicando el «Oíd Black Joe».

Decían que ella viviría. Pero él no renunció a seguir tocando la flauta. Él sería el número adicional.



## 9

Los japoneses y los alemanes eran enemigos hermosos. Tenían dientes de caballo o monóculos crueles y daban órdenes en un inglés elemental con mucha saliva. Empezaron la guerra porque lo llevaban en la sangre.

Había que bombardear los barcos de la Cruz Roja y ametrallar a los paracaidistas. Sus uniformes estaban rígidos y decorados con calaveras. No perdían el apetito y se reían de las peticiones de clemencia.

No realizaban ningún acto guerrero sin un primer plano de alegría perversa.

Lo que mejor les salía era torturar. Para arrancar secretos, para hacer jabón, para dar ejemplo a ciudades de héroes. Pero, sobre todo, torturaban por diversión, porque lo llevaban en la sangre.

Los tebeos, las películas, los programas de radio giraban en torno al hecho de la tortura. Nada fascina tanto a un niño como un cuento de torturas. Con la conciencia tranquilísima, con una intensidad patriótica, los niños soñaban, hablaban y celebraban orgías de violencia física. Se daba rienda suelta a las imaginaciones para que errasen en misión de reconocimiento desde el Calvario hasta Dachau.

Los niños europeos pasaban hambre, contemplaban cómo se las ingeniaban y morían sus padres. Aquí crecimos con látigos de juguete. Una primera advertencia contra nuestros futuros líderes, los hijos de la guerra.

Tenían a Lisa, tenían el garaje, necesitaban cuerda, cuerda roja por lo de la sangre.

No podían entrar en el oscuro garaje sin cuerda roja.

Breavman se acordó de un rollo.

El cajón de la cocina está a un paso del cubo de la basura, que está a un paso del cubo de basura de la calle, que está a un paso del armazón en forma de armadillo de los camiones automáticos de basura, que están a un paso de los misteriosos montones de basura hedionda a orillas del St. Lawrence.

«¿Quieres un vasito de chocolate milk?»<sup>[1]</sup>

Le gustaría que su madre mostrara respeto por las cosas importantes.

Oh, es el cajón de cocina más perfecto que existe, incluso si tienes una prisa loca.

Además de la caja de cuerdas enmarañadas hay cabos de vela antiquísimos de las noches del *Sabbath*, guardados en avara previsión de tormentas; llaves de cerraduras que ya se han cambiado (es difícil tirar algo tan preciso y trabajado como una llave de metal), plumas con el punto oscurecido por un pegote de tinta que se podrían limpiar si alguien se tomara la molestia de hacerlo (su madre se lo ordenó a la criada), mondadientes que nadie ha usado nunca (sobre todo para los dientes), un par de tijeras rotas (las nuevas se guardaban en otro cajón; diez años más tarde seguían refiriéndose a ellas como «las tijeras nuevas»), arandelas viejas de goma para cubrir conservas caseras (tomates en vinagre, verdes, de mala calidad y piel gruesa), tiradores, tuercas, todos los desechos caseros que protege la avaricia.

Breavman hurgó en la caja de cuerdas a ciegas, porque el cajón nunca se podía abrir del todo.

«Una galletita, un trozo de tarta de miel, hay un paquete entero de almendrados.»

¡Ah!, rojo brillante.

Los verdugones danzan por todo el cuerpo imaginario de Lisa.

«Fresas», dijo su madre a modo de despedida.

Los niños tienen una manera especial de entrar en garajes, establos y desvanes: la misma con la que entran en los grandes salones y en las capillas familiares. Los garajes, establos y desvanes son siempre más antiguos que las casas a las que pertenecen. Tienen el sombrío aspecto reverente de inmensos cajones de cocina. Son museos amistosos.

Dentro estaba oscuro, olía a aceite y hojas del año pasado que se fragmentaban cuando ellos se movían. Brillaban húmedamente trozos de metal, bordes de palas y cubos.

«Tú eres el americano», dijo Krantz.

«No; no quiero», dijo Lisa.

«Tú eres el americano —dijo Breavman—. Dos contra uno.»

El cañón antiaéreo de Breavman y Krantz era muy pesado. Lisa emprendió una atrevida maniobra avanzando en la oscuridad, con los brazos extendidos.

«Ta-ta-ta-ta-ta», tartamudeaban sus ametralladoras.

Estaba tocada.

Entró en un picado espectacular y se lanzó en paracaídas en el último momento. Balanceándose sobre ambos pies descendía del cielo mirando hacia abajo; sabía que no tenía escapatoria.

«Es una bailarina perfecta», pensó Breavman.

Lisa contempló impávida cómo se acercaban los Krauts<sup>[2]</sup>.

«*Achtung. Heil Hitler.* Eres prisionero del Tercer Reich.»

«Me he tragado los planos.»

«Tenemoss métodoss.»

La obligaron a echarse boca abajo en el catre.

«En el trasero sólo.»

«Jolín, son blancas, blanquísimas.»

Le azotaron las nalgas con la cuerda roja sin causarle dolor.

«Date la vuelta», ordenó Breavman.

«Lo convenido era que sólo en el trasero», protestó Lisa.

«Eso fue la última vez», arguyó Krantz, el legalista.

Tenía que quitarse también la ropa de arriba; el catre desapareció bajo su cuerpo y ella flotaba en la oscuridad otoñal del garaje, a dos pies sobre el suelo de piedra.

Oh, Dios; oh, Dios; oh, Dios.

Breavman no utilizó su turno de azotes. Nacían flores blancas en todos los poros del cuerpo de Lisa.

«¿Qué le pasa a éste? Me voy a vestir.»

«El Tercer Reich no tolerará insubordinaciones», dijo Krantz.

«¿La obligamos?», preguntó Breavman.

«Armaría mucho jaleo», contestó Krantz.

Ahora, una vez acabado el juego, les hizo volverse mientras se vestía. La luz del sol que ella dejó pasar al salir convirtió al garaje en un garaje. Se sentaron en silencio; el látigo rojo ya no existía.

«Vámonos, Breavman.»

«Es perfecta, ¿verdad, Krantz?»

«¿Qué tiene de perfecta?»

«Si la has visto. Es perfecta.»

«Hasta luego, Breavman.»

Breavman lo siguió hasta más allá del patio. «Es perfecta, Krantz, ¿no la viste?»

Krantz se tapó los oídos con los índices. Estaban pasando por delante del Árbol de Bertha. Krantz empezó a correr.

«Era realmente perfecta; tienes que admitirlo, Krantz.»

Krantz corría más.

Uno de los primeros pecados de Breavman fue contemplar a escondidas el revólver. Su padre lo guardaba en la mesilla de noche, entre su cama y la de su esposa.

Era un 38, enorme, con una gruesa funda de piel. Nombre, grado y regimiento grabados en el cañón. Mortífero, anguloso, preciso, candente en la oscuridad del cajón, con peligrosa potencia. El metal estaba siempre frío.

El ruido de la maquinaria cuando Breavman amartillaba el percutor era el maravilloso sonido de todos los adelantos científicos mortíferos. ¡Clic!, como el chasquido de los bordes de una rueda dentada.

Las pequeñas balas romas se podían rayar con la uña del pulgar.

Si los alemanes bajaran por la calle...

Cuando su padre se casó, prometió matar a cualquier hombre que se tomara libertades con su mujer. Su madre lo contaba como si se tratara de un chiste. Breavman creía en las palabras. Vislumbraba un montón de cadáveres, todos los hombres que le habían sonreído a su madre.

Su padre tenía un cardiólogo muy caro llamado Farley. Estaba tanto tiempo con ellos que hubieran podido llamarle «tío», si hubieran sido la clase de familia que hace cosas así. Mientras su padre estaba jadeando bajo la campana de oxígeno en el Royal Victoria, el doctor Farley besó a su madre en el vestíbulo de su casa. Fue un beso cariñoso de consuelo para una mujer desgraciada, entre dos personas que han pasado juntas muchas crisis.

Breavman se preguntó si no sería mejor coger el revólver y acabar con él.

Pero entonces, ¿quién cuidaría a su padre?

No hace mucho, Breavman contemplaba cómo su madre leía el *Star*. Ella dejó el periódico y su rostro se suavizó con una sonrisa chejoviana de jardines perdidos. Acababa de leer la esquila mortuoria de Farley.

«Un hombre tan guapo.» Parecía estar pensando en las películas tristes de Joan Crawford. «Quería casarse conmigo.»

«¿Antes o después de que papá muriera?»

«No seas tonto.»

Su padre era muy ordenado: volcaba la cesta de costura de su mujer cuando creía que estaba desarreglada, se enfurecía si las zapatillas no se alineaban cuidadosamente debajo de las camas respectivas.

Era un hombre gordo que se reía fácilmente con todo el mundo, excepto con sus hermanos.

Era tan gordo, y sus hermanos altos y delgados, y no era justo, no era justo. ¿Por qué tenía que morir el gordo, no tenía ya bastante con ser gordo y jadeante; por qué no uno de los guapos?

El revólver demostraba que alguna vez había sido un guerrero.

Los retratos de sus hermanos aparecieron en el periódico en relación con las contribuciones para el esfuerzo bélico. Él le regaló a su hijo el primer libro que éste tuvo, *The Romance of the King's Army*, un grueso volumen de alabanza del Ejército británico.

«K-K-K-K-Katy», cantaba cuando podía.

Lo que le gustaba verdaderamente eran las máquinas. Recorría kilómetros para ver una máquina que cortaba cañerías así en vez de asá. Su familia pensaba que era tonto. Prestaba dinero a amigos y empleados sin preguntar. Le regalaron libros de poesía por su *bar mitzvah*<sup>[3]</sup>. Ahora Breavman tiene los libros de piel y se sorprende ante cada página sin cortar.

«Lee éstos también, Lawrence.»

*Cómo saber si son pájaros.*

*Si son árboles.*

*Si son insectos.*

*Si son piedras.*

Miraba a su padre en la refrescante cama blanca, siempre limpia, siempre oliendo a Vitalis. Había algo agriado dentro de aquel cuerpo reblandecido, algo enemigo, una debilidad del corazón.

Rompió los libros cuando su padre comenzó a debilitarse. No sabía por qué odiaba las cuidadas ilustraciones y las láminas coloreadas. Nosotros sí lo sabemos. Era por desprecio al mundo del detalle, de la información, de la precisión a todo el falso conocimiento que no puede inmiscuirse en la decadencia.

Breavman deambulaba por la casa esperando que sonara el tiro. Eso les enseñaría a ellos, los grandes triunfadores, los oradores elocuentes, los constructores de sinagogas, todos los magníficos hermanos que marchaban en cabeza por el camino de la celebridad. Esperaba la detonación de un 38 que limpiara la casa y provocara un cambio terrible. El revólver estaba justo al lado de la cama. Esperaba que su padre ejecutara a su corazón.

«Alárgame las medallas que están en el cajón de arriba.»

Breavman las puso en la cama. Los rojos y llorados de las cintas se confundían como colores de una acuarela. Con esfuerzo, su padre se las prendió en el jersey.

Breavman se cuadró para recibir las últimas consignas.

«¿Te gustan? Siempre andas mirándolas.»

«Oh, sí.»

«No te pongas tieso como un maldito loco. Son tuyas.»

«Gracias, señor.»

«Bien, vete fuera y juega con ellas. Y dile a tu madre que no quiero ver a nadie, incluidos mis famosos hermanos.»

Breavman bajó y abrió el armario donde estaba el equipo de pescar de su padre. Estuvo horas embelesado, reuniendo las cañas para salmón, enrollando y desenrollando los alambres de cobre, manejando los peligrosos anzuelos y cebos.

¿Cómo podía haber empuñado su padre estas maravillosas armas pesadas, aquel cuerpo blando en las almidonadas sábanas blancas?

¿Dónde estaba el cuerpo con botas de agua que vadeaba los ríos?

Muchos años más tarde, mientras contaba todo esto, Breavman se interrumpió. «Shell, ¿cuántos hombres conocen estas pequeñas cicatrices de tus lóbulos? ¿Cuántos aparte de mí, el primer arqueólogo de lóbulos?»

«No tantos como crees.»

«No me refiero a los dos, o tres o cincuenta que los han besado con sus labios de todos los días. Pero en tus fantasías, ¿cuántos hicieron algo imposible con sus bocas?»

«Lawrence, por favor, estamos aquí acostados juntos. Estás intentado estropear de algún modo la noche.»

«Yo diría que batallones.»

Ella no respondió y su silencio alejó un poco su cuerpo del de él.

«Cuéntame más cosas de Bertha, Krantz y Lisa.»

«Todo lo que te cuente será una coartada de otra cosa.»

«Entonces quedémonos callados los dos.»

«Vi a Lisa antes de esa vez en el garaje. Debíamos de tener cinco o seis años.»

Con los ojos clavados en Shell, Breavman describió la habitación soleada de Lisa, atestada de juguetes caros. Caballos eléctricos que se balanceaban. Muñecas de tamaño natural que andaban. Nada que no chirriase o no se iluminara cuando se le apretaba.

Se ocultaban en la sombra de debajo de la cama, con las manos llenas de secretos y nuevos olores, y pendientes de los criados, contemplando el sol que resbalaba por el linóleo grabado con cuentos de hadas.

Los zapatos de una doncella, gigantescos, patoseaban muy cerca.

«Eso es maravilloso, Lawrence.»

«Pero es mentira. Sucedió, pero es mentira. El Árbol de Bertha es mentira, aunque se cayó de él. Esa noche, después de manosear las cañas de pescar de mi padre, me colé en su dormitorio. Dormían, cada uno en su cama. Había luna. Ambos estaban boca arriba, en la misma postura. Sabía que si gritaba sólo se despertaría uno de ellos.»

«¿Fue la noche que murió?»

«No importa cómo ocurren las cosas.»

Comenzó a besarla en los hombros y el rostro y aunque le hacía daño con las uñas y los dientes, ella no protestó.

«Tu cuerpo no será nunca familiar.»

Después del desayuno, seis hombres entraron en la casa y pusieron el féretro en el salón. Era asombrosamente grande, de madera oscura y veteada, con asas de metal. Había nieve en las ropas de los hombres.

De pronto, la habitación adquirió una solemnidad que Breavman nunca le había conocido. Su madre bizqueaba.

Colocaron el féretro sobre una tarima y empezaron a abrir la tapa, que parecía de escritorio.

«¡Ciérrenlo, ciérrenlo; no estamos en Rusia!»

Breavman cerró los ojos y esperó oír el chasquido de la tapa. Pero esos hombres que trabajan entre la desgracia se mueven silenciosamente. Se habían ido cuando abrió los ojos.

«¿Por qué les hiciste cerrarlo, madre?»

«Ya es bastante.»

Los espejos de la casa estaban empañados, como si el vidrio hubiera sufrido una extraña helada interior a tono con el largo invierno. Su madre se había encerrado en el dormitorio. Breavman se sentó en la cama muy tieso y trató de combatir su ira con una emoción más suave.

El féretro estaba paralelo al sofá.

Grupos susurrantes empezaron a congregarse en el vestíbulo y en la galería.

Breavman y su madre bajaron las escaleras. El vespertino sol invernal resbalaba sobre las medias negras de su madre y arrojaba un reflejo dorado sobre los parientes y amigos agrupados en el vano de la puerta. Por encima de sus cabezas, Breavman vio coches aparcados y nieve sucia.

Se pusieron muy juntos, sus tíos a su lado. Los amigos y los obreros de la fábrica familiar atestaban el vestíbulo, la galería y el sendero de entrada. Sus tíos, altos y solemnes, lo cogían por el hombro con sus bien cuidadas manos.

Pero su madre había sido derrotada. El féretro estaba abierto.

Él estaba cubierto de sedas, envuelto en un plateado *taled*<sup>[4]</sup>. El bigote a floraba orgulloso y negro contra el pálido rostro. Parecía molesto, como si fuera a despertar, a salir de la caja agresivamente adornada y a reanudar su sueño en el sofá, más confortable.

El cementerio recordaba un pueblo alpino, las lápidas eran casitas durmientes. Los sepultureros parecían irrespetuosamente informales con sus ropas de trabajo. Había una alfombra de césped artificial sobre los montículos de fango helado. El féretro descendió por medio de un sistema de poleas.

De vuelta a casa, se sirvieron *bagels*<sup>[5]</sup> y huevos duros, formas de la eternidad. Sus tíos bromeaban con los amigos de la familia. Breavman los odió. Escudriñó tras la barba de su tío abuelo y le preguntó por que no llevaba corbata.



Era el hijo mayor del hijo mayor.

Los familiares se fueron los últimos. Los funerales son tan pulcros. Todo lo que dejaron tras sí fueron platos de bordes dorados salpicados de migas y semillas de alcaravea.

Las yardas de cortinas de encaje retenían algo de luz de la pequeña luna de invierno.

«¿Lo miraste, madre?»

«Claro.»

«Parecía furioso, ¿verdad?»

«Pobre muchacho.»

«Y el bigote auténticamente negro. Como si se lo hubiera pintado con un lápiz de ojos.»

«Es tarde, Lawrence...»

«Es tarde, de acuerdo. Pero nunca más volveremos a verlo.»

«Te prohíbo que uses ese tono con tu madre.»

«¿Por qué les obligaste a cerrarlo? ¿Por qué? Podríamos haberlo visto toda una mañana más.»

«¡Vete a la cama!»

«¡Maldita seas, maldita seas, bastarda, bruja!», improvisó con un alarido.

Durante toda la noche estuvo oyendo a su madre en la cocina, llorando y comiendo.

Es una fotografía en color, la mayor en una pared de antepasados.

Su padre luce un traje inglés y toda la reticencia inglesa que puede encerrar el tejido. Una corbata color vino, con un nudo diminuto y apretado, surge como una gárgola. En la solapa, una insignia de la legión canadiense, sin el brillo de una joya. El rostro, con papada, derrocha razón y decencia victoriana, aunque los ojos castaños son un poco demasiado suaves y descarados, la boca demasiado llena, semítica, dolida.

El bigote orgulloso preside los labios sensitivos como un administrador desconfiado.

La sangre que escupía al morir es invisible, pero aparece en su barbilla cuando Breavman contempla la foto.

Es uno de los príncipes de la religión personal de Breavman, de doble naturaleza y arbitrario. Es el hermano perseguido, el casi poeta, el inocente de los juguetes mecánicos, el suspirante juez que escucha pero no sentencia.

También es la Autoridad Suprema, armado con el Derecho Divino, que ejerce una violencia despiadada contra todo lo que es débil, tabú, anti-Breavman.

Cuando Breavman le rinde homenaje se pregunta si su padre sólo está escuchando o si está estampando su sello sobre los decretos.

Ahora se va asentando más pasivamente dentro del marco dorado y su expresión se ha hecho distante, como las de las fotografías más viejas. Su atuendo comienza a parecer fecho y de época. Puede descansar en paz. Breavman ha heredado todas sus preocupaciones.

Al día siguiente del funeral, Breavman descosió una de las severas pajaritas de su padre y metió en ella un mensaje. Después la enterró en el jardín, bajo la nieve, al lado de la valla por donde se introducen en verano los lirios del valle tic la casa vecina.

Lisa tenía el pelo negro y lacio de Cleopatra, que ondeaba en gavillas cobre sus hombros cuando corría o saltaba. Sus piernas eran largas y bien formadas, embellecidas por el ejercicio. Tenía ojos grandes, de párpados pesados, soñadores.

Breavman pensaba que quizás ella soñaba lo mismo que él, con intrigas y grandes hazañas; pero no, sus grandes ojos vagabundeaban imaginando la casa tan bien amueblada que iba a ser suya, los niños que tendría, el hombre al que iba a rodear de cariño.

Se cansaron de jugar en el campo, al lado del Árbol de Bertha. Ya no les gustaba apretujarse bajo un porche, para jugar a la pizpirigaña. No les gustaba andar a la pata coja por el hospital del juego del marro. No querían trazar el círculo mágico y marcarlo con un punto. Til-infan. Monos-vá. Les daba igual a quien tocara.

Preferían los juegos de la carne, del amor, de la curiosidad. Dejaron atrás el «Run Sheep Run» para ir hasta el parque, y se sentaban en un banco cerca del estanque, donde las niñeras charlaban y los niños hacían navegar sus barcos de juguete.

Él quería saberlo todo de ella. ¿Le dejaban escuchar *The Shadow*? («El árbol del crimen produce amargos frutos. ¿Quién conoce el mal que anida en el corazón del hombre? Sólo *The Shadow*, je-je-je-je-je».) ¿A que Alan Young era estupendo? Sobre todo el personaje de la voz frívola: «Estoy aquí, estoy aquí, ven a coger los capullos de mi cabello.» ¿Verdad que la única parte decente del programa de Charlie McCarthy era cuando aparecía Mortimer Snerd? ¿Conocía *Gangbusters*? ¿Quería oír cómo imitaba el coche de Green Hornet, conducido por su fiel servidor filipino, Cato, o *The Whistler*? ¿A que era una canción muy bonita?

¿La habían llamado alguna vez sucia judía?

Se quedaban callados y las niñeras y sus niños rubios reafirmaban su control del universo.

¿Y cómo se sentía uno sin padre?

Te hacía sentirse mayor. Trinchabas el pollo, te sentabas donde se sentaba él.

Lisa escuchaba, y por primera vez Breavman se sentía dignificado, o más bien dramatizado. La muerte de su padre le daba un halo de misterio, un contacto con lo desconocido. Podía hablar con más autoridad de Dios y del infierno.

Las niñeras recogieron niños y barcos y se marcharon. La superficie del estanque volvió a alisarse. Las manecillas del reloj del Chalet giraron hacia la hora de la cena, pero ellos siguieron hablando.

Se cogieron las manos, se besaron una vez cuando el sol estaba bajo y un resplandor dorado se filtraba por los arbustos espinosos. Volvieron lentamente a casa, sin cogerse de la mano, pero chocando uno contra otro.

Breavman se sentó a la mesa tratando de comprender por qué no tenía hambre. Su madre ponía por las nubes las chuletas de cordero.

Siempre que podían jugaban a su gran juego, el del soldado y la prostituta. Jugaban en cualquier habitación. Él estaba de permiso y ella era una prostituta de DeBullion Street.

«Pom, pom», la puerta se abría lentamente.

Se daban la mano y él le cosquilleaba en la palma con el índice.

Así participaban en esta misteriosa actividad cuyos detalles eran tan celosamente encubiertos por los adultos tras palabras francesas, palabras *yiddish*, palabras deletreadas; ese ritual de disimulos en el que basaban sus chistes los cómicos de salas de fiesta; ese saber inaccesible que el adulto guarda como garantía de su autoridad.

Las palabras sucias y los malos tratos estaban excluidos de su juego. Nada sabían acerca del lado sórdido de los burdeles y ¿quién sabe si lo hay? Creían que eran una especie de palacios del placer, lugares que se les prohibían tan arbitrariamente como los cines de Montreal.

Las prostitutas eran el ideal femenino, como los soldados eran el ideal masculino.

«Págame ahora.»

«Aquí tienes todo mi dinero, requeteguapa.»

Desde los siete a los once años hay un trozo muy grande de vida, lleno de oscurecimiento y olvido. Se supone que vamos perdiendo lentamente el don de hablar con los animales, que los pájaros no se posan ya en el antepecho de nuestra ventana para charlar. A medida que nuestros ojos se acostumbran a mirar, se pertrechan contra el prodigio. Flores que una vez tuvieron el tamaño de los pinos, vuelven a sus macetas. Hasta el terror se empequeñece. Los gigantes que llenaban nuestra habitación de niños se achican en maestros malhumorados y padres humanos, Breavman olvidó todo lo que había aprendido del pequeño cuerpo de Lisa.

Ay, cómo se habían vaciado sus vidas desde los tiempos en que salían a gatas de debajo de la cama y se levantaban sobre sus piernas traseras.

Ahora estaban deseando saber, pero desnudarse era pecado. Por eso, tenían gran afición a las postales y revistas pornográficas, erotismo casero que corría de mano en mano en los vestuarios del colegio. Adquirieron grandes conocimientos de escultura y pintura. Conocían todos los libros de la biblioteca que tenían las mejores reproducciones, las más reveladoras.

¿Cómo era el cuerpo?

La madre de Lisa le regaló un libro muy morigerado y ellos lo exploraron en vano en busca de información directa. Había frases como «el templo del cuerpo humano», que podía ser verdad, pero ¿dónde estaba aquello con su pelo y sus pliegues? Querían ilustraciones claras, no una página en blanco con un punto en el centro y un pie imperativo: «¡Piénsalo! El espermatozoide es 1.000 veces menor que este punto.»

Llevaban ropa ligera. Él, unos pantalones cortos de color verde, que a ella le gustaban por su finura. Ella, un traje amarillo que era el preferido de Breavman. Esta situación dio origen a la gran frase lírica de Lisa.

«Mañana te pondrás los pantalones verdes, y yo, el traje amarillo; así será mejor.»

La privación es la madre de la poesía.

Breavman estaba a punto de pedir un libro anunciado en una revista de confesiones femeninas, que prometían enviar en un envoltorio discreto, cuando, en una de sus búsquedas periódicas por los cajones de la doncella, encontró el visor estereoscópico.

Era de fabricación francesa y contenía una película de unos sesenta centímetros. Se ponía contra la luz, se hacía girar el pequeño botón redondo y se veía todo.

No tenemos más remedio que alabar esta película, que desapareció con la doncella en las inmensidades canadienses.

Su título, en inglés, era de una seductora sencillez: «Treinta maneras de joder.» Las escenas no tenían nada de las películas pornográficas que Breavman vio y combatió más tarde, con hombres y mujeres desnudos y saltarines interpretando sus sórdidas y artificiosas historias.

Los actores eran guapos, y estaban contentos de actuar en el cine. No eran los

desechos esqueléticos, viciosos, desesperadamente alegres que actúan en lugares sólo para hombres. No había ninguna sonrisa lasciva a la cámara, ni un guiño, ni relamerse de labios, ni ultrajes al órgano femenino con cigarrillos o botellas de cerveza, ni acoplamientos antinaturales y rebuscados.

Cada escena derrochaba ternura y placer apasionado.

Si esta diminuta cinta de celuloide se proyectara algún tiempo en los cines canadienses, quizá revitalizaría a los tediosos matrimonios que, según es fama, abundan tanto en nuestro país.

¿Dónde estás, joven trabajadora de recursos supremos? The National Film Board te necesita. ¿Estás envejeciendo en Winnipeg?

El film terminaba con una manifestación de la práctica democrática y universal del amor físico. Había parejas de indios, chinos, negros, árabes, todos sin sus trajes nacionales.

Vuelve, doncella, rompe una lanza en favor de la Federación Mundial.

Apuntaron el visor hacia la ventana y solemnemente pasaron la película hacia delante y hacia atrás.

Sabían que tenía que ser así.

La ventana daba a la cuesta de Murray Park, que descendía del centro comercial, hacia el St. Lawrence, con la cordillera americana al fondo. Cuando no era su turno, Breavman contemplaba el panorama. ¿Por qué estaba todo el mundo trabajando?

Eran dos niños abrazándose en una ventana, embelesados con su nueva sabiduría.

No iban a lanzarse allí y entonces. Podían ser interrumpidos. Y no sólo eso; los niños tienen un sentido muy desarrollado del rito y de las formas. Aquello era importante. Primero tenían que decidir si estaban enamorados. Porque si algo enseñaba la película, era que había que estar enamorados. Ellos creían estarlo, pero dejarían pasar una semana para asegurarse.

Se unieron de nuevo en lo que pensaban que sería su último abrazo vestidos.

¿Cómo hubiera podido Breavman tener remordimientos? Lo que intervenía era la naturaleza misma.

Tres días antes del jueves, el día libre de la doncella, se reunieron en su lugar preferido, el banco junto al estanque del parque. Lisa era tímida, pero se decidió por una actitud clara y honesta, de acuerdo con su modo de ser.

«No podemos hacerlo.»

«¿No se van tus padres?»

«No es eso. Anoche tuve la regla.»

Tocó con orgullo la mano de Breavman. «Oh.»

«¿Sabes lo que quiero decir?»

«Claro.»

No tenía ni la más remota idea.

«Pero a pesar de eso podremos, ¿no?»

«Pero ahora puedo tener hijos. Mamá me lo explicó anoche. Ya lo tenía todo

preparado: pañitos, un cinturón para mí sola, todo.»

«¿De verdad?»

¿De qué estaba hablando? La Regla sonaba como una intrusión celestial en su placer.

«Me lo explicó todo, igual que en el visor.»

«¿Le dijiste lo del visor?»

No se podía confiar en nada, en nadie, en el mundo.

«Me prometió no decírselo a nadie.»

«Era un secreto.»

«No te pongas triste. Hablamos mucho tiempo. También le hablé de nosotros. Compréndelo, ahora tengo que comportarme como una mujer. Las chicas tenemos que actuar más sensatamente que los chicos.»

«¿Quién ha dicho eso?»

Ella se recostó en el banco y le cogió una mano.

«Pero —rió— ¿no estás contento porque tengo la regla? ¡La tengo en este mismo momento!»

Pronto se sumergió en los ritos de la feminidad adolescente. Cuando volvió del campo de vacaciones le sacaba media cabeza a Breavman y su pecho contorneaba incluso los jerseys más anchos.

«Hola, Lisa.»

«¿Cómo estás, Lawrence?»

Había quedado con su madre en el centro; iba en avión a Nueva York para comprar vestidos. Vestía con aquella austeridad que puede hacer de cualquier chica de trece años una belleza conmovedora. Nada de las feas extravagancias a las que son tan aficionados actualmente los judíos y los gentiles de Westmount.

Adiós.

La veía separarse de él, no con tristeza, sino con admiración. A los quince años era una gran señora con los labios suavemente retocados, y con permiso para fumar un cigarrillo de vez en cuando.

Breavman se sentaba ante la vieja ventana y veía a los muchachos mayores que iban a recogerla en los coches de sus padres. Se maravillaba de haber besado alguna vez aquellos labios que ahora sostenían cigarrillos. Viéndola entrar en los grandes coches conducidos por hombres jóvenes con blancas bufandas, viéndola sentarse como una duquesa en su carroza, mientras ellos cerraban la portezuela, daban la vuelta por delante del coche y se acomodaban con aires importantes en el asiento del conductor, tenía que convencerse a sí mismo de que alguna vez había disfrutado aquella belleza y aquella gracia.

Oye, se te olvidó en mi pulgar una de tus suaves fragancias.



Guantes de piel en el solárium.

Durante algunos años, el solárium, que no era más que una galería corrida detrás de la casa, se utilizó para guardar los trajes de invierno.

Breavman, Krantz y Philip entraron en esa habitación sin motivo determinado. Desde la ventana contemplaron el parque y los tenistas.

Se oía el sonido acompasado de las pelotas botando a uno y otro lado de la red y el sonido histérico de una mosca casera golpeándose contra el vidrio de la ventana.

El padre de Breavman había muerto, el de Krantz casi no paraba en casa, pero el de Philip era severo. No le dejaba peinarse con un gran bucle hacia delante. Tenía que llevar el pelo pegado con un producto decimonónico.

Aquella tarde histórica, Philip miraba alrededor, y lo que descubrió fue nada menos que un par de guantes de piel.

Se puso uno, se sentó sobre una pila de mantas.

Breavman y Krantz, niños muy perspicaces, comprendieron que el guante de piel no era una parte indispensable de aquella práctica.

Coincidieron en que olía a lejía. Philip lo lavó en el fregadero.

«Los católicos lo consideran pecado», informó.

Breavman y Shell estaban junto al lago. La niebla nocturna se amontonaba en la otra orilla como dunas de arena. Estaban dentro de un saco de dormir doble, cerca del fuego encendido con los leños que aquella tarde habían recogido en la orilla. Él quería contárselo todo.

«Yo todavía lo hago.»

«Yo también», dijo ella.

«He leído que Rousseau lo hizo hasta el final de su vida. Creo que cierto tipo de personas creativas son así. Trabajan todo el día para disciplinar su imaginación; por eso se encuentran allí a sus anchas. Ninguna mujer real y corpórea puede proporcionarles tanto placer como sus propias creaciones. Shell, no te asustes por esto que te digo.»

«¿Pero esto no nos separa por completo?»

Se cogieron fuertemente las manos y miraron las estrellas de la zona oscura del cielo; las próximas a la luna no se veían. Ella le dijo que lo amaba.

Un somorgujo alborotaba en mitad del lago.

Después de aquel verano distinguido de trajes amarillos y pantalones verdes, Lisa y Breavman se vieron raras veces. Pero una vez, durante el invierno siguiente, lucharon sobre la nieve.

Para Breavman el episodio aparece rodeado de un círculo, una especie de marco negro que lo separa de todos los demás recuerdos que tiene de ella.

Fue al salir de la escuela hebrea. Sin haberlo planeado, se encontraron volviendo a casa juntos. Atajaron por el parque. Había una luna casi llena, que arrancaba destellos plateados de la nieve.

La luz parecía provenir del interior de la nieve. Cuando la corteza se rompía bajo sus botas, la nieve blanda que quedaba al descubierto era más brillante.

Intentaron caminar sin romper la capa superior. Ambos llevaban sus libros hebreos, fragmentos escogidos de la Tora que estaban estudiando en aquella época.

Del juego de caminar suavemente por la corteza pasaron a otros: peloteos con nieve, pruebas de equilibrio sobre las zonas heladas, empujones y finalmente un combate cuerpo a cuerpo que empezó entre risas pero acabó en serio.

Estaban en la pendiente de la colina, cerca de una fila de álamos. Breavman recuerda la escena como si fuera un Brueghel: dos pequeñas figuras, embutidas en abrigo y entrelazadas, su pequeña batalla entrevista a través de las ramas heladas.

En un momento determinado, Breavman supo que no iba a ganar. Hacía esfuerzos por derribarla; no era capaz. Notó que resbalaba. Aún sostenían sus libros hebreos. Él dejó caer los suyos en un último y desesperado esfuerzo, pero no le sirvió de nada y se vino abajo.

La nieve no estaba fría. Lisa se erguía ante él con un aire extraño de hembra triunfante. Él comió un poco de nieve.

«Y ahora tienes que besar el *Siddur*.»<sup>[6]</sup>

Era obligatorio besar un libro santo cuando se caía al suelo.

«¡Y una mierda!»

Se arrastró hacia sus libros, los amontonó despectivamente y se puso en pie.

Lo que Breavman recuerda más claramente de la lucha es la fría luz de la luna y los árboles retorcidos, y la humillación de una derrota no sólo amarga, sino antinatural.

Leía todo lo que encontraba sobre hipnotismo. Escondía los libros detrás de una cortina y estudiaba con una linterna.

Éste sí era el mundo real.

Había una parte muy larga, «Cómo hipnotizar animales». Ilustraciones terroríficas de gallos de ojos vidriosos.

Breavman se imaginaba a sí mismo como un San Francisco militante, dominando el mundo con sus leales rebaños y manadas. Monos como obedientes sátrapas. Bandadas de palomas dispuestas a suicidarse contra los aviones enemigos. Hienas guardaespaldas. Triunfales coros masivos de ruiseñores.

Tovarich, bautizado antes del pacto Hitler-Stalin, dormía en el porche bajo la soleada luz del atardecer. Breavman se puso en cuclillas ante él e hizo oscilar el péndulo que se había fabricado con una moneda de dólar horadada. El perro abrió los ojos, olfateó para asegurarse de que no era comida, y se volvió a dormir.

Pero ¿era un sueño normal?

Los vecinos tenían una caricatura de basset llamado Cognac. Breavman arrancó una mirada de esclavitud de los ojos color oro.

¡Aquello marchaba!

¿O era sólo la perezosa tarde húmeda?

Tuvo que trepar la valla para llegar al foxterrier de Lisa, y lo obligó a sentarse a pocos centímetros de un tazón de comida.

Serás altamente honrado, perro de Lisa.

Después de su quinto éxito, la excitación de poseer ese oscuro poder lo transportó a lo largo de la calle, riendo y corriendo sin rumbo.

¡Una calle entera de perros hipnotizados!

La ciudad estaba a sus pies. Tendría un agente en cada casa. Todo lo que tendría que hacer era silbar.

Quizá le dejaría un distrito a Krantz.

Silbar, eso era todo. Pero tampoco había que amenazar su futuro con una prueba tan tosca. Se metió las manos en los bolsillos y entre nubes volvió a casa con el secreto de su revolución.

En esa edad oscura, la primera adolescencia, la mayoría de sus amigos casi le sacaban una cabeza.

Pero fueron sus amigos los que quedaron humillados cuando él se tuvo que subir a un taburete para ver por encima del púlpito mientras cantaba su *bar mitzvah*. No importaba la manera de colocarse frente a los fieles: su bisabuelo había construido la sinagoga.

Se suponía que los chicos bajos tenían que elegir chicas bajas. Era la regla. Él sabía que las chicas altas e inquietas que él quería podían ser tranquilizadas fácilmente con historias y charla.

Sus amigos insistían en que su corta estatura era una terrible desgracia, y lo convencieron. Lo convencieron a base de centímetros de carne y hueso.

No lograba comprender por qué factor misterioso habían crecido sus cuerpos, cómo actuaban a su favor el aire y la comida. ¿De qué modo habían adulado al universo? ¿Por qué el cielo era tan duro con él?

Empezó a imaginarse a sí mismo como El Diminuto Conspirador, El Enano Astuto.

Trabajó frenéticamente en un par de zapatos. Le había arrancado los tacones a unos viejos y trataba de clavarlos sobre los nuevos. Los clavos no sujetaban bien la goma. Tendría que andar con cuidado.

Esto ocurría en el oscuro sótano de su casa, taller tradicional de fabricantes de bombas y alteradores del orden social.

Allí se irguió, un par de centímetros más alto, entre avergonzado y satisfecho de su destreza. No hay nada como una buena mollera, ¿eh? Se deslizó al compás de un vals por el suelo de hormigón y cayó de bruces.

Había olvidado completamente la desesperación de unos minutos antes, pero ahora volvía a sentirla, mientras se sentaba penosamente en el suelo, y contemplaba una bombilla en lo alto. El tacón suelto que le había derribado acechaba como un roedor unos centímetros más allá, con los clavos sobresaliendo como colmillos afilados.

La fiesta empezaba un cuarto de hora más tarde. Y Muffin salía con un grupo de gente mayor y, por consiguiente, más alta.

Se había corrido el rumor de que Muffin rellenaba sus sostenes con algodones. Breavman decidió adoptar la misma técnica. Cuidadosamente colocó en cada zapato una base de algodón, a modo de plantilla. Sus talones quedaron casi a la altura del borde del zapato. Se bajó un poco más los pantalones.

Unos cuantos giros por el suelo de hormigón y quedó convencido de que podría desenvolverse. El pánico cedió. La ciencia triunfaba de nuevo.

Las luces fluorescentes, escondidas en una moldura falsa, iluminaban el techo. Había el clásico bar de espejos con botellas en miniatura y baratijas de cristal. Un

sofá forrado se alineaba contra una de las paredes decorada con un mural al pastel de bebedores de diferentes nacionalidades. Los Breavman no veían con buenos ojos los sótanos sofisticados.

Bailó bien durante media hora y después empezaron a dolerle los pies. Los algodones se habían arrugado bajo el arco. Al cabo de dos discos más, apenas podía andar. Se fue al cuarto de baño e intentó aplastar los algodones, pero se habían convertido en dos pelotas duras. Pensó quitarlos, pero se imaginó la mirada de sorpresa y terror de su pareja cuando lo viera aparecer empujando.

Introdujo la mitad del pie en el zapato, colocó la pelota entre el talón y la plantilla, la prensó enérgicamente y se ató el zapato. Los calambres de dolor le subían por los tobillos.

En el «Bunny Hop<sup>[7]</sup>» casi se desmaya. En medio de aquella fila, aplastado entre la chica, cuya cintura agarraba y la que agarraba su cintura, la música estrepitosa y repetitiva, todo el mundo cantando uno, dos, uno-dos-tres, perdido el control de sus pies por el dolor, pensó: el infierno debe ser una cosa así, un «Bunny Hop» eterno, con los pies llagados, del que nunca puedes escapar.

Ella, con sus tetas falsas, yo con mis pies falsos, maldita pareja de algodón.

Una de las luces fluorescentes empezó a guiñar. Hasta las paredes parecían sufrir un sarpullido. A lo mejor todos los que estaban allí, todos los de la fila ondulante, llevaban un relleno de algodón. A lo mejor algunos tenían narices de algodón y orejas de algodón y manos de algodón. La depresión se apoderó de él.

Ahora venía su canción favorita. Quería bailarla con Muffin muy cerca, sus ojos contra el pelo de ella, que estaba recién lavado.

*... la chica a la que llame mía  
vestirá de satén y encaje y olerá a colonia.*

Pero apenas podía sostenerse en pie. Tenía que ir desplazando el peso de un pie a otro para repartir el dolor a partes iguales. Generalmente esos desplazamientos no correspondían al ritmo de la música y le comunicaban a su ya imperfecto estilo de bailarín una calidad espasmódica adicional. Como su cojera empezaba a ser cada vez más ostensible, tenía que apretar más y más a Muffin para conservar el equilibrio.

«Aquí no», le susurró ella al oído. «Mis padres volverán tarde a casa.»

Ni siquiera esta amable invitación pudo mitigar su malestar. Agarrándose a ella maniobró hacia una parte de la pista abarrotada de gente, donde podía justificar la limitación de sus movimientos.

«¡Oh, Larry!»

«¡Ése sí que va deprisa!»

Incluso para las sofisticadas normas de aquel grupo de chicos mayores, él bailaba atrevidamente pegado. Aceptó el papel de galán que su dolor le asignaba y mordió

una oreja de Muflío porque había oído que las orejas se muerden.

«Librémonos de las luces», gruñía a todos los hombres intrépidos.

Cuando se marcharon de la fiesta, el paseo fue una marcha forzada de dimensiones épicas. Andaba muy pegado a Muffin para transformar su cojera en demostraciones de cariño. En las cuestas, los algodones se le desplazaron otra vez hacia el arco de los pies.

El sonido de una sirena del río llegaba hasta Westmount; lo hizo estremecerse.

«Tengo que decirte algo, Muffin. Después tú también tendrás que decirme algo.»

Muffin no quería sentarse en el césped, porque se le estropeaba el vestido, pero a lo mejor él le iba a pedir que se hicieran novios. Ella no pensaba aceptar, pero sería un fin de fiesta maravilloso. La confesión que iba a hacer aceleraba la respiración de Breavman, y le hizo confundir su miedo con amor.

Se quitó los zapatos y extrajo las pelotas de algodón, y las depositó, como un secreto, en el regazo de la chica.

La pesadilla de Muffin no había hecho más que empezar.

«Ahora saca los tuyos.»

«¿Qué estás diciendo?», preguntó ella con una voz que sorprendió a Breavman por lo que se parecía a la de su madre.

Señaló el corazón de Muffin.

«No te dé vergüenza. Quítatelos.»

Alargó la mano hacia los botones del traje de la chica y recibió en plena cara el pelotazo de sus algodones.

«¡Lárgate!»

Breavman decidió dejarla correr. Su casa no quedaba tan lejos. Agitó los dedos de los pies y se frotó las plantas. Después de todo no estaba condenado al «Bunny Hop», no con esa gente. Arrojó los algodones en la cuneta y se dirigió rápidamente a su casa con los zapatos en la mano.

Se desvió por el parque y corrió sobre la hierba húmeda hasta que el panorama le hizo detenerse. Colocó los zapatos como pulcros lugartenientes junto a sus pies.

Contempló sobrecogido el espacioso follaje verdenoche, las luces austeras de la ciudad, el resplandor mate del St. Lawrence.

Una ciudad era una gran hazaña; construir puentes estaba muy bien. Pero en último término, las calles, los puertos, las torres de piedra se perdían en la cuna mucho más amplia de la montaña y el cielo.

Producía un escalofrío sentirse parte del misterioso mecanismo de la ciudad y de las negras montañas.

Padre, soy un ignorante.

Aprendería las reglas y las técnicas de la chirlad, cómo se escogían las calles de dirección única, cómo funcionaba la bolsa, qué hacían los notarios.

No era un «Bunny Hop» infernal si se sabía el verdadero nombre de las cosas. Estudiaría las hojas y las cortezas y visitaría canteras, lo mismo que había hecho su

padre.

Adiós, mundo de algodones.

Recogió los zapatos, atravesó los arbustos, trepó por la valla que separaba su casa del parque.

Líneas negras, como un dibujo a plumilla de una tormenta, se desplomaban del cielo en su ayuda, podría haberlo jurado. La casa en la que entró era tan importante como un museo.



Krantz tenía fama de desenfrenado: de vez en cuando se le veía fumando dos cigarrillos al mismo tiempo por las calles oscuras de Westmount.

Era pequeño y nervudo, con una cara triangular y ojos casi achinados. Un retrato del comedor de su casa, pintado por el mismo artista que «hizo el del Gobernador general» como su madre gusta de explicar a la gente, muestra un muchacho de aire travieso, orejas puntiagudas, pelo negro y rizado, labios de mariposa como en un Rosetti, y una expresión de amigable superioridad, una indiferencia (incluso a esa edad) tan sosegada que no molesta a nadie.

Se sentaron una noche en el césped de un jardín: dos talmudistas gozando de su dialecto que era una máscara del amor. Era una charla furiosa, la charla de dos muchachos que descubren lo bueno que es no estar solos.

«Krantz, sé que odias este tipo de cuestiones, pero si te molestaras en hacer una declaración espontánea, sería justamente apreciada. Según tu criterio, es decir, a nivel de tus conocimientos, ¿existe algún ser en este mundo cuya estupidez sea pareja a la del primer ministro canadiense?»

«¿El rabino Swort?»

«Krantz, ¿opinas con toda honestidad que el rabino Swort, que, como todo el mundo sabe, no es exactamente el Mesías ni siquiera un profeta menor de la Redención, crees seriamente que el rabino Swort se acerca a la total y absoluta pesadez de nuestro líder nacional?»

«Lo creo, Breavman; lo creo.»

«Supongo que tendrás tus razones, Krantz.»

«Las tengo; ya sabes que las tengo.»

En un tiempo hubo gigantes en la tierra.

Juraron que no se dejarían engañar ni por los grandes coches, ni por el amor cinematográfico, ni por la amenaza comunista, ni por *The New Yorker*.

Gigantes en sepulcros sin inscripciones.

De acuerdo: es estupendo que la gente no pase hambre, que las epidemias sean controladas, que se editen los clásicos en cómic, pero ¿qué pasa con los grandes valores de siempre: la verdad y la diversión?

La maniquí de moda no respondía a su idea de la belleza, ni la Bomba a su idea del poder, ni el servicio del *Sabbath* a su idea de Dios.

«Krantz, ¿es cierto que somos judíos?»

«Eso es lo que dicen, Breavman.»

«¿Te sientes judío, Krantz?»

«De pies a cabeza.»

«¿Tus dientes se sienten judíos?»

«Sobre todo mis dientes, para no hablar de mi huevo izquierdo.»

«En realidad, no debemos bromear; lo que acabamos de decir me recuerda las

películas de los campos.»

«Cierto.»

¿No partían de la base de que eran un pueblo santo consagrado a la pureza, al servicio, a la honestidad espiritual? ¿No eran una nación aparte?

¿Por qué la idea de una santidad celosamente defendida había degenerado en un disimulado desprecio a los gentiles, carente de autocrítica?

Los padres eran unos traidores.

Habían vendido su concepto del destino por una victoria israelí en el desierto. La caridad se había convertido en una competición social en la que nadie daba nada que necesitase realmente, ni un solo centavo, siendo los premios el reconocimiento de la riqueza y un lugar destacado en el libro de donantes.

Traidores satisfechos de sí mismos que se creían haber realizado espiritualmente, porque Kinstein y Heifetz eran judíos.

Si por lo menos ellos pudieran encontrar las chicas adecuadas. Entonces podrían intentar arrastrarse fuera del fango. No chicas de algodón.

Breavman se pregunta cuántas millas de Montreal debió recorrer con Krantz, en coche y andando, en busca de las dos mujeres que les habían sido designadas cósmicamente como compañeras-amantes.

En las calurosas tardes de verano estudiaban a las multitudes en la Fontaine Park, mirando inquisitivamente a los ojos de las hembras jóvenes, seguros de que en cualquier momento dos hermosuras avanzarían hacia ellos de entre la multitud y caerían en sus brazos. Krantz al volante del Buick de su padre, conduciendo entre los montones de nieve apilada a los lados de las estrechas calles de la parte oriental de la ciudad, a paso de tortuga, porque estaba cayendo una ventisca, y ambos convencidos de que dos figuras saldrían tiritando de un portal, golpearían tímidamente en las heladas ventanillas del coche, y serían ellas.

Si escogían bien los asientos en la montaña rusa, el pelo de las chicas azotaría sus caras. Si iban a esquiar un fin de semana y elegían bien el hotel, oirían el maravilloso sonido de las chicas desvistiéndose en la habitación de al lado. Y si caminaban doce millas por St. Catherine Street, ni que decir tiene a quién encontrarían.

«Esta noche tengo el Lincoln, Breavman.»

«Magnífico. Vamos a dar una vuelta.»

«De acuerdo. A dar vueltas.»

Conducían como turistas americanos a ver lo que sale, hundidos materialmente en los asientos delanteros de los enormes coches de los Krantz, hasta que todo el mundo se iba a casa y las calles se quedaban vacías. Y aun así seguían merodeando un rato, porque las chicas que esperaban quizá preferían las calles desiertas. Al fin, cuando no quedaba ninguna duda de que esa noche no vendrían, se dirigían a la orilla del lago y daban vueltas alrededor del agua negra del lago St. Louis.

«¿Qué se sentirá cuando uno se ahoga, Krantz?»

«Parece que te desmayas después de haber tragado muy poca cantidad de agua.»

«¿Cuánta?»

«Parece que puedes ahogarte en una bañera.»

«En un vaso de agua, Krantz.»

«En un trapo mojado, Breavman.»

«En un algodón húmedo. Oye, Krantz, ésa sería una manera estupenda de matar a un tipo, con agua. Coges al tipo y le aplicas un cuentagotas, una chorretada cada vez. Lo encuentran ahogado en su estudio. Misterio insoluble.»

«No sirve, Breavman. ¿Cómo lo sujetas mientras tanto? Le encontrarían contusiones o señales de la cuerda.»

«Pero imagínate que funcionara. Encuentran al tipo desplomado sobre su mesa y nadie sabe cómo murió. El forense dictamina que ha muerto ahogado y eso que nadie lo ha visto acercarse al mar en diez años.»

«Los alemanes usaban mucho el agua para torturar. Le enchufaban al tipo una manguera en el culo para hacerle hablar.»

«Maravilloso, Krantz. Los japoneses hacían algo parecido. Le hacían comer al tipo un montón de arroz crudo y después le obligaban a beberse un galón de agua. El arroz empezaba a hincharse y...»

«Sí, lo he oído contar.»

«Pero, Krantz, ¿quieres oír la peor de todas? Y fue obra de los americanos. Escucha: cogieron a un japonés en el campo de batalla y le obligaron a tragarse cinco o seis cartuchos de fusil. Después le hicieron correr y saltar. Los cartuchos le desgarraron el estómago. Murió de hemorragia interna. Soldados americanos.»

«¿Y qué me dices de ensartar niños en el aire para practicar con las bayonetas?»

«¿Quién hizo eso?»

«Los dos bandos.»

«Eso no es nada, Krantz, ya estaba en la Biblia: “Feliz el que estrella a sus hijos contra la roca”.»

Diez mil conversaciones. Breavman recuerda unas ocho mil. Peculiaridades, horrores, prodigios. Todavía siguen manteniéndolas. A medida que pasaban los años, los horrores se hacían mentales, las particularidades sexuales, los prodigios religiosos.

Y mientras hablaban el coche recorría a toda velocidad las estropeadas carreteras de la comarca, el «disc-jockey» de la Noche Musical hacía girar los discos del deseo y una a una las parejas desaparecían de Edgewater, Maple Leaf y El Paso. Las peligrosas corrientes del Lac St. Louis se encrespaban sobre la cuota de ahogados de fin de semana entre los navegantes aficionados de los clubes marítimos, y la perspectiva amenazante de los padres a la espera hacía más dulces los últimos minutos de conversación. Las paradojas, las frustraciones, los problemas se disolvían en una dialéctica fascinante.

No existía nada imposible.

Suspendida del centro del techo, una esfera giratoria de espejos arrojaba erupciones de viruelas de una a otra pared del enorme Palais d'Or de Stanley Street.

A su paso, las paredes parecían enormes quesos suizos agusanados.

En el estrado, una formación de músicos con brillantina se sentaba tras pesados atriles rojos y blancos y tocaba las adaptaciones de siempre.

*Mi único sitio está  
cerca de ti.  
Es un paraíso vivir  
cerca de ti.*

La música reverberaba entre unas pocas parejas dispersas. Breavman y Krantz habían llegado demasiado pronto. No había muchas probabilidades de que sucediera el milagro.

«Vaya una birria de sala de baile, Breavman.»

A las diez la pista estaba abarrotada de parejas vistosamente engalanadas y, vistas desde la galería del primer piso, sus vaivenes y sacudidas parecían alimentarse directamente de las vibraciones de la música, cuya potencia ahogaban como amortiguadores. El sonido del bajo, del piano y la percusión se introducía casi en silencio en sus cuerpos y se conservaba allí como movimiento.

Solamente el trompeta, inclinado hacia atrás, arqueado lejos del micrófono y apuntando con su instrumento a la esfera giratoria, conseguía dejar un agudo grito en el aire denso, enrollándose como un cabo salvavidas por encima de las figuras oscilantes. Luego se desvanecía también en la algarabía del coro.

«Pues no está mal esta sala de baile, Krantz.»

En aquellos días de merodeo despreciaban muchos espectáculos públicos, pero el Palais d'Or les gustó. Era demasiado grande. No había nada de superficial en aquel millar de personas profundamente inmersas en un ritual de galanteo, con destellos fragmentados y oscilantes de luz ámbar, verde y violeta barriendo sus rostros inmóviles y sus ojos cerrados. No podían sustraerse a la impresión, a la fascinación de toda aquella violencia canalizada, de toda aquella organización voluntaria.

¿Por qué bailan al ritmo de la música —se preguntaba Breavman desde la galería—, por qué se someten a su dictado?

Al comienzo de cada melodía se disponían en la pista, obedecían al tempo, rápido o lento, y cuando la pieza terminaba se desintegraban de nuevo en desorden, como un batallón dispersado por una mina.

«¿Qué les obliga a escuchar, Krantz? ¿Por qué no rompen en pedazos el estrado?»

«Bajemos a buscar chicas.»

«Un momento.»

«¿Qué miras?»

«Estoy planeando una catástrofe.»

Contemplaron silenciosamente a la gente que bailaba y oyeron la voz de sus padres.

Todos los que bailaban eran católicos, franco-canadienses, antisemitas, antibritánicos, beligerantes. Le contaban todo al cura, estaban atemorizados por la Iglesia, se arrodillaban en capillas tristes de olor cerúleo decoradas con sucias muletas y cabestrillos. Todos trabajaban para un patrón judío al que odiaban y estaban esperando el momento de vengarse. Tenían dientes cariados porque se alimentaban de gaseosas y pasteles de chocolate Mae West. Las chicas eran criadas u obreras. Llevaban vestidos demasiado brillantes y se les veían los tirantes del sostén a través del endeble tejido. Pelo rizado y perfume barato. Jodían como conejos y el cura los absolvía en confesión. Eran gentuza. Dales una oportunidad y te queman la sinagoga. Frogs<sup>[8]</sup>. Franchusma.

Breavman y Krantz sabían que sus padres eran unos fanáticos, por eso intentaron echar abajo todas sus opiniones. No lo consiguieron del todo. Querían compartir aquella vitalidad, pero sentían algo vagamente sucio en su alegría, los sobes de las chicas, las risotadas, las gansadas.

Las chicas podían ser bonitas, pero todas llevaban dientes postizos.

«Krantz, creo que somos los únicos judíos que hay aquí.»

«No, he visto a algunos del colé de ligue hace un par de minutos.»

«Bueno, pues somos los únicos judíos de Westmount.»

«Berni está aquí.»

«Vale, Krantz. Soy el único judío de Wellgreen Avenue. Dime algo a eso.»

«Vale. Eres el único judío de Wellgreen Avenue en el Palais d'Or.»

«Las puntualizaciones son importantes.»

«A ver si encontramos alguna chica.»

En una de las puertas del vestíbulo principal había un grupo de gente joven. Charlaban alegremente en francés, dándose empujones, palmeándose las espaldas y jeringándose con botellas de Coca-Cola.

Se aproximaron al grupo e inmediatamente cambiaron las risas. Los chicos franceses se echaron un poco hacia atrás y Krantz y Breavman invitaron a dos chicas. Hablaron en francés, pero no engañaron a nadie. Las chicas intercambiaron miradas entre sí y con los demás miembros del grupo. Uno de los muchachos franceses puso magnánimamente el brazo en el hombro de la chica a la que Breavman se había dirigido y la empujó suavemente en su dirección, al tiempo que le palmoteaba también a él la espalda.

Bailaron muy tiesos. Ella tenía la boca llena de empastes. Breavman sabía que podría estar oliéndola toda la noche.

«¿Vienes a menudo por aquí, Yvette?»

«De vez en cuando, para divertirme.»

«Yo también. *Moi aussi*.»

Le contó que iba al colegio superior, que no trabajaba.

«¿Eres italiano?»

«No.»

«¿Inglés?»

«Soy judío.»

No añadió que era el único de Wellgreen Avenue.

«Mis hermanos trabajan para judíos.»

«¿Sí?»

«Se trabaja bien con ellos.»

El baile no resultó una maravilla. La muchacha no era atractiva, pero su misterio racial incitaba a la indagación. La llevó otra vez con sus amigos. También Krantz había terminado de bailar.

«¿Qué tal era, Krantz?»

«No lo sé. No hablaba inglés.»

Deambularon un poco más por allí, bebiendo Orange Crush acodados en la galería, haciendo comentarios sobre la multitud que se movía abajo. Ahora el ambiente estaba lleno de humo. La orquesta tocaba piezas frenéticas o foxtrots lentos, nada más. Después de cada baile la multitud rondaba con impaciencia a la espera del próximo.

Ya era tarde. Las chicas sin pareja y los grupos de muchachos solos ya no esperaban el milagro. Se alineaban a lo largo de tres paredes mirando la compacta masa de bailarines con ojos fijos e indiferentes. Algunas chicas recogían sus abrigos y se iban a casa.

«Sus blusas nuevas han resultado inútiles, Krantz.»

Observado desde arriba, el movimiento de la pista había adquirido caracteres frenéticos. Muy pronto el trompeta elevaría su instrumento hacia el aire enrarecido, tocaría lo último de Hoagy Carmichael y todo habría terminado. Cada pulsación de la orquesta tenía que ser atesorada desde ahora contra el final de la noche y el silencio. Había que empaparse hasta al fondo, con las mejillas juntas y los ojos cerrados, con las melodías soñolientas; acumular ese alimento en el boogie-woogie como si fuera maná; amasarlo entre los cuerpos que se juntaban y se separaban.

«Vamos a bailar otra, Breavman.»

«¿Las mismas chicas?»

«¿Por qué no?»

Breavman se inclinó sobre la barandilla un segundo y se imaginó lanzando un discurso histórico a la compacta muchedumbre de abajo.

«... y debéis saber, amigos, desconocidos, que estoy enlazando las generaciones unas con otras. Oh, gente menuda de calles sin número, ladrar, ladrar, ulular, moriros;

vuestras largas escaleras se enroscan en mi corazón como una enredadera...»

Bajaron y hallaron a las chicas en el mismo grupo. Había sido un error, se dieron cuenta en seguida. Yvette dio un paso adelante, como si fuera a decirle algo a Breavman, pero uno de los muchachos la empujó hacia atrás.

«Os gustan las chicas, ¿eh?», dijo el fanfarrón del grupo. Su sonrisa era triunfante más que amistosa.

«Claro que nos gustan. ¿Tiene eso algo de malo?»

«¿Dónde vivís?»

Breavman y Krantz sabían lo que querían oír. Westmount es un conjunto de grandes casas de piedra y de árboles frondosos en la cima de la montaña, especialmente concebido para humillar a los pobres.

«Westmount», dijeron a una sola voz.

«¿No tenéis chicas en Westmount?»

No les dio tiempo a contestar. Un segundo antes de que cayeran de espaldas sobre los cómplices arrodillados detrás habían detectado una señal en sus ojos.

El cabecilla y un compañero se echaron sobre ellos y los empujaron. Breavman perdió el equilibrio y cuando caía, el compinche de detrás se levantó y la caída se convirtió en una vuelta de campana. Aterrizó violentamente sobre la tripa; una pareja de chicas con las que había chocado gritaban encima de él. Miró hacia arriba y vio a Krantz de pie, el puño izquierdo en la cara de alguien y el derecho amartillado detrás, dispuesto a dispararse; Breavman estaba a punto de levantarse cuando un muchacho gordo decidió impedirselo y saltó sobre él.

«*Reste là, maudit juif!*<sup>[9]</sup>»

Forcejeaba bajo las capas de grasa intentando no tanto derrotar al chico gordo como escapar de debajo de él para continuar la batalla en una postura más honrosa. Logró salir con dificultad. ¿Dónde estaría Krantz?

Debía de haber veinte personas pegándose. Aquí y allá podía ver chicas de puntillas, como aterradas por ratones, y muchachos luchando entre ellas por el suelo.

Giró en redondo esperando un ataque. El muchacho gordo estaba asfixiando a otro. Le lanzó un puñetazo a un desconocido. Él era una gota en el mar de la historia, anónimo, exaltado, libre.

«¡Oh, amigos, yupi, crash, oscuros luchadores, shazam, plaf!», gritó lleno de felicidad.

Por las escaleras bajaban a toda velocidad dos forzudos de la empresa; empezaba a suceder lo que ellos temían más. La batalla se ampliaba hasta la pista de baile. La orquesta estaba tocando una ruidosa melodía romántica, pero ya se empezaba a oír un escándalo desorganizado oponiéndose a la música.

Breavman lanzaba puñetazos a diestro y siniestro, acertando pocas veces. Los forzudos estaban en la zona contigua, separando a los combatientes. Al otro extremo de la sala aún había parejas que bailaban apretada y pacíficamente, pero en el lado de Breavman el ritmo se había convertido en brazos que volaban, puñetazos ciegos,

embestidas y chillidos de mujer.

Los forzudos continuaban su tarea como enérgicas amas de casa ante una mancha enorme e irradiante, agarrando a los luchadores por el cuello de la camisa y apartándolos a un lado mientras se adentraban por la pista en el fragor de la pelea.

Un hombre se encaramó en el estrado de la orquesta y le gritó algo al director, que miró alrededor y se encogió de hombros. Se apagaron las grandes luces y las curiosas paredes coloreadas desaparecieron. La música se interrumpió.

Todo el mundo despertó. Se escuchó un ruido parecido a un gemido de duelo nacional, al mismo tiempo que los que se pegaban invadían la sala como moléculas entrópicas liberadas. Observar cómo la masa de bailarines se convertía en una masa de luchadores era lo mismo que ver cómo un animal enorme y altamente organizado sucumbía entre convulsiones.

Krantz cogió a Breavman.

«¿Mr. Breavman?»

«Krantz-stone, supongo.»

Se dirigieron a la salida principal, que ya estaba abarrotada de refugiados. Ninguno se preocupó del abrigo.

«No lo vayas a decir, Breavman.»

«De acuerdo, Krantz, no lo diré.»

Salieron justo cuando llegaban los policías, unos veinte en automóvil y un coche celular. Entraron con una facilidad milagrosa.

Ellos esperaron en el asiento delantero del Lincoln. A la chaqueta de Krantz le faltaba una solapa. El Palais d'Or comenzaba a vaciarse de víctimas.

«Pobres tipos los que se quedaron dentro, Breavman —y añadió rápidamente al ver que Breavman ponía su cara mística—: Y no lo digas.»

«No lo diré, Krantz; ni siquiera susurraré que lo había planeado todo desde la galería y que lo puse en práctica por el sencillo método de la hipnosis masiva.»

«Tenías que decirlo, ¿eh?»

«Se mofaron de nosotros, Krantz. Agarramos las columnas y destruimos el templo de los filisteos.»

Krantz cambió a segunda con un gesto de hastío exagerado.

«Sigue, Breavman. Tienes que decirlo.»



Le hubiera encantado oír a Hitler o a Mussolini bramando en su balcón de mármol, haber visto a los partisanos colgándolo patas arriba; ver a la multitud de espectadores de hockey linchar al delegado de deporte; a las hordas negras o amarillas vengarse de los pequeños fortines de sus enemigos coloniales; al lloroso pueblo campesino aclamando a los peones camineros de fuertes mandíbulas; a los forofos del fútbol derribando porterías; haber visto a los asustados espectadores cinematográficos precipitarse sobre los niños de Montreal en el famoso incendio; ver a quinientas mil personas saludar de la forma que sea; ver filas infinitas de traseros de árabes apuntando a Occidente; ver los cálices de los altares temblar con el amén de los congregantes.

Y a él le hubiera gustado estar:

*en el balcón de mármol*  
*en la tribuna de la prensa*  
*en la sala de cine*  
*en el estrado de la revista militar*  
*en el minarete*  
*en el Sanctasanctórum<sup>[10]</sup>.*

Y en cada uno de estos casos, rodeado de guardianes-policías armados hasta los dientes, bizcos, crueles, leales, altísimos, con chaquetas de cuero y lavado técnico de cerebro, los más poderosos que se pudieran conseguir con dinero.

¿Hay algo más hermoso que una joven con Laúd?

No era laúd. Heather, la criada de los Breavman, intentaba tocar el ukelele. Era de Alberta, hablaba con acento gangoso, cantaba siempre elegías y ensayaba cantos a la tirollesa.

Los acordes eran demasiado difíciles. Breavman le cogía la mano y comentaba que las cuerdas le iban a destrozar los dedos. Ella sabía todo lo que puede saberse de los actores de películas de vaqueros y coleccionaba sus autógrafos.

Era una muchacha de veinte años, fornida y de agradable aspecto, con las mejillas coloreadas como las de una muñeca de porcelana. Breavman la escogió como primera víctima del hipnotismo.

Una auténtica campesina canadiense.

Él intentó que su oferta pareciera atractiva.

«Te sentirás maravillosamente cuando te despiertes.»

Seguro; ella hizo un guiño y se acomodó en el sofá del sótano atestado de trastos. Ojalá aquello funcionara.

Breavman hacía oscilar lentamente, como un péndulo, el lápiz amarillo delante de sus ojos.

«Los párpados te pesan como plomo sobre las mejillas...»

El lápiz osciló durante diez minutos. Sus grandes párpados parecían cada vez más lentos y más cerrados. Seguía con dificultad el movimiento del lápiz.

«Y tu respiración, pesada y regular...»

Al poco rato dejó escapar un suspiro, aspiró profundamente y adoptó la respiración de un borracho, trabajosa y exhausta.

Ahora apenas movía las pestañas. Él no podía creer que lo hubiera conseguido. A lo mejor estaba bromeando.

«Te estás cayendo para atrás, eres un cuerpo diminuto que cae hacia atrás, cada vez más pequeño, más pequeño, y no oyes nada excepto mi voz...»

Su aliento era suave y él sabía que olería como el aire. Se sentía como si hubiera metido las manos debajo del jersey de Heather, bajo su piel y sus costillas, y estuviera manipulando los pulmones; los sentía como balones de seda.

«Estás dormida», le ordenó con un susurro.

Tocó su cara incrédulamente.

¿De verdad era un maestro? Debía de estar bromeando.

«¿Estás dormida?»

El sí salió como una espiración, ronco, informe.

«No sientes nada. Absolutamente nada. ¿Entiendes?»

El mismo sí.

Le traspasó el lóbulo de la oreja con una aguja. Su nuevo poder le producía vértigo. Toda la energía de ella a su disposición.

Quería correr por las calles con una campana y congregar a toda la cínica ciudad. En el mundo había un nuevo mago.

No le interesaban las orejas traspasadas por agujas.

Había estudiado los libros. No se le puede obligar a un individuo a hacer algo que, despierto, considera indecente. Pero había maneras. Por ejemplo, se podía conseguir que una mujer honesta se quitase la ropa delante de un montón de hombres si el hipnotizador podía situarla en una circunstancia en la que ese acto fuera natural, como el de bañarse en su casa a solas o tomar el sol desnuda en un lugar húmedo y desierto.

«Hace calor, nunca has tenido tanto calor. El jersey te pesa toneladas. Estás sudando como un cerdo...»

Mientras ella se desnudaba, Breavman se acordó de las ilustraciones de los manuales sensacionalistas del tipo «Usted puede hipnotizar» que se sabía de memoria. Hombres vehementes inclinados sobre sonrientes mujeres dormidas. Rayos en zigzag salían de debajo de sus cejas o de la punta de sus dedos, suspendidos sobre pianos imaginarios.

Oh, lo era, sí que lo era, era maravillosa.

Nunca había visto una mujer tan desnuda. Recorrió todo su cuerpo con la mano. Estaba atónito, feliz, y temblaba ante todas las autoridades espirituales del universo. No podía arrancarse la idea de que estaba celebrando una misa negra. Sus pechos eran extrañamente planos porque estaba boca arriba. El montículo del pubis fue una sorpresa y lo abarcó admirado. Cubrió su cuerpo con dos manos temblorosas, como detectores de minas. Después se sentó para contemplarla, como Cortés ante el nuevo océano. Era lo que tanto tiempo había esperado ver. No estaba defraudado ni nunca lo ha estado. La luz del tungsteno era igual que la de la luna.

Se desabrochó la bragueta y le dijo que estaba sosteniendo un palo. El corazón le golpeaba.

Está intoxicado de alivio, de victoria, de culpa, de experiencia. Semen en su ropa. Le dijo a Heather que el despertador acababa de sonar. Era por la mañana, tenía que levantarse. Le alargó la ropa y ella empezó a vestirse lentamente. Le dijo que no recordaría nada. Rápidamente la sacó de su sueño. Quería estar solo y saborear su triunfo.

Tres horas más tarde oyó una risa procedente del sótano y pensó que Heather estaría con unos amigos allá abajo. Pero escuchando más atentamente se dio cuenta de que no eran risas de cumplido.

Bajó las escaleras a toda velocidad. Gracias a Dios, su madre había salido. Heather estaba en el centro de la habitación, con las piernas separadas, agitada por una risa histérica de pánico. Tenía los ojos desorbitados y en blanco, con la cabeza echada hacia atrás, y parecía a punto de caerse. Breavman la zarandeó. No hubo respuesta. La risa se convirtió en un terrible ataque de tos.

La había vuelto loca.

Se preguntó qué pena podría caerle por eso. Iba a ser condenado por su orgasmo ilegal y sus poderes oscuros. ¿Debía llamar a un médico y hacer ya público su pecado? ¿Alguien podría curar a Heather?

Al borde del pánico, la llevó al sofá y la sentó. Quizá debería esconderla en un armario. Encerrarla en un baúl y olvidarse de todo. Aquellos baúles enormes con las iniciales de su padre estarcidas en pintura blanca.

La abofeteó dos veces, una con cada lado de la mano, como un policía de la Gestapo. Ella contuvo la respiración, sus mejillas enrojecieron y empalidecieron luego como si sólo se hubiera ruborizado, y estalló de nuevo en toses y carcajadas. Tenía saliva en la barbilla.

«¡Tranquila, Heather!»

Ante su gran sorpresa, reprimió la tos.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que seguía hipnotizada. Le ordenó que se tendiera y cerrara los ojos. Restableció el contacto con ella. Estaba profundamente dormida. Había intentado hacerla volver en sí demasiado deprisa y no lo había conseguido. Lentamente comenzó de nuevo a despertarla del todo. Tenía que sentirse alegre y refrescada. No tenía que recordar nada.

Esta vez volvió en sí correctamente. Estuvo un rato charlando con ella para asegurarse. De pronto, ella se levantó con una expresión de desconcierto y se tocó las caderas.

«¡Eh, mis bragas!»

Caídas entre el sofá y la pared estaban las bragas rosa. Breavman se había olvidado de dárselas cuando se estaba vistiendo.

Se las puso modesta y hábilmente.

Él esperaba el castigo antinatural, la humillación del maestro, la ruina de su poderosa casa.

«¿Qué has estado haciendo? —dijo con voz astuta, pellizcándole la barbilla—. ¿Qué pasó cuando estaba dormida? ¿Eh?»

«¿Qué recuerdas?»

Ella se puso en jarras y le sonrió abiertamente.

«Jamás creí que se pudiera hacer eso. Jamás de los jamases.»

«No pasó nada, Heather. Te lo juro.»

«¿Y qué diría tu madre? Vete buscando otro trabajo, eso diría.»

Recorrió el sofá con la mirada y contempló a Breavman con auténtica admiración.

«Judíos —suspiró—. Educación.»

Poco después de la violación imaginaria, Heather se largó con un soldado desertor. El hombre vino solo a recoger las cosas de ella y Breavman contempló con envidia cómo se llevaba la maleta de cartón y el ukelele. Una semana más tarde la Policía Militar visitó a Mrs. Breavman, pero ella no sabía nada.

¿Dónde estás, Heather; por qué no te quedaste para iniciarme en esos importantes y cálidos ritos? Podía haberme enmendado. Lejos de la poesía, convertido en un

magnate de la industria, me habría librado de los libros de bolsillo sobre estabilización del nivel de rechazo escritos por adinerados analistas de Nueva York. ¿A que te sentiste bien cuando te desperté?

A veces a Breavman le gusta pensar que ella está en alguna parte no del todo despierta, hipnotizada por sus poderes. Y que un hombre con uniforme andrajoso le pregunta:

«¿Dónde estás, Heather?»

## LIBRO II

# 1

A Breavman le gusta la pintura de Henry Kousseau, su forma de detener el tiempo.

Siempre es la palabra que hay que utilizar. El león olfateará siempre el traje de la gitana dormida, pero no habrá ataque, no habrá despojos en la arena. El encuentro total está expresado. La luna, aunque condenada a moverse continuamente, nunca se extinguirá sobre esa escena. El laúd abandonado no reclamará una mano que lo toque. Está henchido de música y no necesita más.

En medio de la selva, el leopardo derriba a una víctima humana, que cae más lentamente que la torre de Pisa. No llegará al suelo mientras lo estás mirando, ni tampoco si te vuelves. Está cómodo en su desequilibrio. Hojas y ramas intrincadas sustentan las figuras ni maligna ni benignamente, sino con naturalidad, como flores o frutas. Pero no porque su función sea natural disminuye su misterio. ¿Cómo se han conectado la carne animal y la carne vegetal?

En otro lugar, las raíces apadrinan la boda de una pareja o enmarcan a una familia. Tú eres el fotógrafo, pero no puedes salir nunca de debajo de la capucha negra, ni apretar la pera de goma ni perder la imagen en la lente congelada. Hay violencia e inmovilidad. Los humanos están integrados, igualmente a gusto en las dos. No es su selva; sus vestidos son de ciudad, pero sin ellos la selva sería estéril.

El centro del cuadro se sitúa allí donde aparece la violencia o la calma. No importa lo minúscula que sea o lo escondida que esté. Basta que las tapes con el pulgar, para que toda la vegetación muera.

## 2

En su primer año de universidad, en un bar llamado Shrine, Breavman alzó su vaso con este brindis:

«Las chicas judías no son más apasionadas que las gentiles de cualquier región económica dada. Las judías tienen unas piernas muy feas. Desde luego, estoy generalizando. De hecho, las judías americanas de hoy están desarrollando hermosas y largas piernas.

»Las chicas negras son tan calientes como las demás. No son mejores que las blancas, exceptuando, claro está, las anglosajonas de Upper Westmount; pero incluso las ovejas drogadas son mejores que ellas. Sus lenguas no son más ásperas ni poseen ninguna cualidad especial en sus zonas húmedas. La segunda mejor mamada del mundo la hace una negra que conozco. Tiene una boca tic cuarenta y siete mil dólares.

»La mejor mamada del mundo (técnicamente hablando) la hace una prostituta franco-canadiense llamada Yvette. Su número de teléfono es Château dos-cero-tres-tres. Tiene una boca de noventa mil dólares.»

Levantó su vaso turbio.

«Me congratulo de darla a la publicidad.»

Se sentó entre los vítores de sus compañeros, repentinamente cansado de su propia voz. Le esperaban para cenar, pero no había telefonado a su madre. Obedientemente, el nuevo latigazo de Pernod se volvió blanco.

Krantz le susurró al oído:

«Bonito discurso para un virgo de dieciséis años el que nos arreaste.»

«¿Por qué no me obligaste a sentarme?»

«Les encantaba.»

«¿Por qué no me interrumpiste?»

«Interrúmpete tú, Breavman.»

«Vámonos, Krantz.»

«¿Puedes andar?»

«No.»

«Yo tampoco. Vámonos.»

Caminaron apoyándose el uno en el otro a lo largo de sus calles y callejuelas favoritas. Se les caían una y otra vez sus libros y carpetas. Gritaban histéricamente a los taxis que pasaban demasiado cerca. Destrozaron un manual de economía y lo quemaron como sacrificio en la puerta de un banco de Sherbrooke Street. Se prosternaron en el pavimento. Krantz fue el primero en levantarse.

«¿Por qué no rezas, Krantz?»

«Viene un coche.»

«Gítale.»

«Es de la Policía.»



Huyeron por una estrecha callejuela. Los detuvo un delicioso aroma que se escapaba a través del ventilador de la cocina de un restaurante de lujo. Orinaron entre los cubos de basura.

«Breavman, no vas a creer en lo que he estado a punto de orinarme.»

«¿Un cadáver? ¿Una peluca rubia? ¿Una conferencia cumbre de los sabios de Sión? ¿Una cartera abandonada llena de culos flácidos?...»

«Shhh. Ven. Con cuidado.»

Krantz encendió una cerilla y los ojos metálicos de una rana mugidora brillaron entre los desperdicios. Los tres saltaron al mismo tiempo. Krantz la metió en el pañuelo y lo anudó.

«Debe haberse escapado de una salsa de ajo.»

«Volvamos y liberémoslas a todas. Llenemos las calles de ranas. ¡Eh, Krantz, traigo mi estuche de anatomía!»

Se decidieron por una solemne ceremonia al pie del monumento a los caídos.

Breavman extendió unas hojas de cuaderno sobre el libro de zoología. Sostenía a la rana por las verdes patas traseras.

Krantz intervino:

«Esto nos va a estropear la noche. Estaba siendo una noche estupenda y esto nos la va a arruinar.»

«Tienes razón, Krantz.»

Se quedaron callados. La noche era inmensa. Las luces brillantes iluminaban Dorchester Street. Desearon no estar allí, desearon estar en una fiesta con miles de personas. La rana incitaba tanto a ser destripada como un viejo despertador.

«¿Manos a la obra, Krantz?»

«Manos a la obra.»

«Somos los encargados de la tortura esta noche. Los torturadores oficiales están descansando.»

Breavman golpeó la cabeza limpiamente contra la piedra grabada. El chasquido del tejido vivo era más fuerte que todo el tráfico.

«Por lo menos eso la aturde.»

Colocó a la rana sobre las hojas blancas y la sujetó por las extremidades con alfileres. Atravesó con el escalpelo el abdomen de claros colores. Sacó las tijeras del estuche y practicó una larga incisión vertical, primero en la capa externa de la piel y luego en la interna.

«Podríamos parar ahora, Krantz. Podríamos buscar hilo y arreglar la cosa.»

«Sí, podríamos», dijo Krantz lejanamente.

Breavman sujetó la elástica piel hacia atrás con alfileres. Hurgaron en el interior, echándose el aliento de borrachos.

«Esto es el corazón.»

Levantó el órgano con la punta del escalpelo.

«Así que esto es el corazón.»

El saco gris-lechoso subía y bajaba; lo contemplaron admirados. Las piernas de la rana parecían de mujer.

«Supongo que hay que seguir.»

Sacó los órganos uno a uno: los riñones, los pulmones. En el estómago descubrieron un guijarro y un escarabajo no digerido. Breavman expuso los músculos de las delicadas ancas.

Ambos, operador y espectador, se movían como en trance. Por último, sacó el corazón, que ya parecía trabajado y viejo, color saliva de anciano, el primer corazón del mundo.

«Si lo metes en agua salina continuará latiendo un rato.»

Krantz se despertó.

«¿Sí? Vamos a hacerlo. ¡Deprisa!»

Mientras corría, Breavman arrojó el libro con la rana vacía en una papelería de alambre. Sostenía el corazón en la mano ahuecada, temiendo estrujarlo. El restaurante estaba a un minuto.

No te mueras.

«¡Aprisa, por amor de Dios!»

Había una segunda oportunidad si conseguían salvarla.

Eligieron un rincón en el iluminado restaurante. ¿Dónde estaba la maldita camarera?

«Mira. Todavía late.»

Breavman lo colocó en un plato con tibia agua salada. La delicada masa se elevó once veces más. Las contaron una a una y luego permanecieron callados un rato, la cara pegada a la mesa, inmóviles.

«Ahora no parece nada», dijo Breavman.

«¿A qué crees que se va a parecer un corazón de rana muerta?»

«Supongo que así ocurren todas las cosas perversas, como esta noche.»

Krantz le cogió por el hombro; su cara se había iluminado súbitamente.

«¡Es brillante, lo que acabas de decir es brillante!»

Palmeó ruidosamente la espalda de su amigo.

«¡Eres un genio, Breavman!»

Breavman se sorprendió al ver cómo Krantz salía de la depresión, por la tangente. En silencio reconstruyó su anterior declaración.

«¡Tienes razón! ¡Tienes razón, Krantz! ¡Y tú también... por haberlo notado!»

Se cogían del hombro y se palmeaban las espaldas por encima de la mesa de arborita, gritando cumplidos y felicitaciones.

«¡Eres genial!»

«¡Tú sí que eres genial!»

Derramaron el agua con sal, pero qué importaba. Volcaron la mesa. ¡Eran genios! Sabían lo que era ser eso.

El encargado preguntó si serían tan amables de marcharse.

### 3

Lo primero que vio fue el pesado marco dorado del retrato de su padre. Parecía otra ventana.

«Vas a pasarte la vida en la cama. Estás cambiando la noche en día», gritó su madre tras la puerta.

«¿Quieres dejarme en paz? Acabo de levantarme.»

Contempló la librería durante un rato, siguiendo el movimiento del sol desde el Chaucer en piel hasta el Wordsworth en piel. Buen sol, en armonía con la historia. Pensamiento reconfortante a primera hora de la mañana, sólo que ya es mediodía.

«¿Cómo puedes pasarte la vida en la cama? ¿Cómo puedes hacerme esto?»

«Tengo un ciclo diferente. Me acuesto tarde. Por favor, márchate.»

«Con el sol que hace. Estás arruinando tu salud.»

«Duermo mis siete horas, sólo que las duermo en un período distinto al que tú duermes las tuyas.»

«Con el sol que hace», gemía, «el parque, podías estar paseando.»

¿Por qué discutir con ella?

«Pero, madre, estuve paseando por el parque anoche. Es el mismo parque, por la noche.»

«Conviertes la noche en día, estás malgastando tu tiempo, tu salud.»

«¡Déjame en paz!»

Ella está de mal humor, lo que quiere es hablar, utilizará cualquier deber maternal para iniciar un extenso debate.

Breavman se acodó en el antepecho de la ventana y dejó que el panorama se desplegara en su pensamiento. Parque. Lilas. Niñeras de blanco hablando al lado de verdes ramas o empujando oscuros cochecitos. Niños dirigiendo barquitos de blancas velas desde el borde asfaltado del estanque azul, rezando para que hubiera viento, o una travesía segura o un naufragio espectacular.

«¿Qué quieres de merienda-desayuno? ¿Huevos solos, revueltos, salmón, hay filetes muy buenos, le diré que te haga una ensalada, cómo la quieres, con salsa rusa, cómo quieres los huevos, hay pastel de moka recién hecho, la nevera está llena, en esta casa siempre hay comida, nadie pasa hambre gracias a Dios, hay naranjas de California, quieres un zumo?»

Él abrió la puerta y habló suavemente.

«Soy consciente de lo afortunados que somos. Tomaré un zumo cuando tenga ganas. No molestes a la criada ni a nadie.»

Pero su madre ya estaba en la barandilla gritando:

«Mary, Mary, prepárale al señorito un zumo de naranja, exprímele tres. ¿Cómo quieres los huevos, Lawrence?»

Le deslizó la última pregunta como una trampa.

«¿Quieres dejar de meterme la comida con embudo? ¡Acabas dando náuseas con

tu maldita comida!»

Dio un portazo.

«Le cierra la puerta en las narices a su madre», subrayó amargamente desde el pasillo.

Todo estaba manga por hombro. Los trajes, tirados por aquí y por allá. La mesa era una confusión de apuntes, libros, ropa interior, fragmentos de esculturas esquimales. Intentó meter una sextina medio acabada en el cajón, pero estaba abarrotado de chatarra acumulada, sobres amontonados, periódicos atrasados.

Lo que necesitaba la habitación era un buen fuego purificador. No pudo encontrar su bata; se tapó con *The New York Times* y atravesó corriendo el pasillo hacia el cuarto de baño.

«Muy bonito. Se viste con periódicos.»

Logró deslizarse escaleras abajo, pero su madre lo acechaba en la cocina.

«¿Esto es todo lo que vas a tomar? ¿Un zumo de naranja, con la casa llena de comida y media humanidad luchando por desperdicios?»

«No empieces, madre.»

Ella abrió la puerta de la nevera de par en par.

«Mira», desafió. «Mira todo esto, los huevos que no quieres, mira qué tamaño, queso, Gruyère, Oka, danés, Camembert, un poco de queso y galletas saladas, y quién se va a beber todo ese vino, es una lástima, Lawrence, míralos, mira cómo pesa este pomelo, tenemos mucha suerte, y carne, de tres clases, te la haré yo misma, mira como pesa...»

Intenta ver la poesía, Breavman, el bello catálogo.

«Mira esto, mira cómo pesa...»

Tiró el grueso filete a los pies de su madre; el papel encerado se rompió sobre el linóleo.

«¿No tienes otra cosa que hacer en tu vida que restregarme la comida por la cara? No soy ningún hambriento.»

«Así habla un hijo a su madre», informó al mundo.

«¿Me quieres dejar en paz de una vez?»

«Así habla un hijo, debería verte tu padre, debería estar aquí para verte, tirando la carne al suelo, ni un tirano se comportaría así, sólo un ser malvado, hacerle esto a una madre...»

La siguió fuera de la cocina.

«Yo sólo quiero que me dejes en paz, que no me despiertes.»

«Malvado, una rata no trataría así a su madre, malvado, como si fueras un extraño, quién tiraría la carne, y yo con los tobillos hinchados, bofetadas, tu padre te daría de bofetadas, un hijo malvado...»

La siguió por la escalera.

«Me vas a poner malo con tus gritos.»

Ella cerró de un portazo la puerta de su trasero. Breavman se quedó allí y la oyó

abrir y cerrar los grandes cajones.

«¡Vete! Un hijo hablarle así a su madre, un hijo puede matar a su madre, lo sé todo, ya he oído todo lo que tenía que oír, un traidor, no un hijo, hablarle así a su madre, nadie me ha hablado así nunca...»

Breavman la oyó abrir la puerta corrediza del vestidor. Empezó a hacer trizas las mangas de las batas viejas. Tropezó con un montón de perchas. Después la emprendió con un traje negro bastante caro que se había comprado en Nueva York.

«Para qué sirven, para qué sirven, cuando un hijo está matando a su madre...»

Breavman oía cada uno de los ruidos, la mejilla apoyada contra la madera.

Por la noche, el parque se convertía en su territorio.

Recorría los campos de deportes y las colinas como un hacendado paranoico a la espera de cazadores furtivos. Los lechos de flores, las terrazas de césped, tenían una gravedad invisible a la luz del día. Los árboles eran más altos y más viejos. El campo de tenis, con sus altas alambradas, parecía una jaula para gigantescas criaturas sin alas que se habían escapado de algún modo. Los estanques estaban calmos y letalmente negros. Las luces flotaban en ellos como lunas múltiples.

Cuando paseaba más allá del Chalet recordaba el olor masculino del equipo y de la ropa interior de hockey, el ruido sordo de los patines sobre el entarimado.

El campo vacío de béisbol estaba sombreado de espectaculares fantasmas deslizantes. Se podía oír la ausencia de aplausos. El castaño y la valla de alambre parecían extrañamente solos, sin bicicletas apoyadas contra ellos.

¿Cuántas hojas tienen que frotarse para registrar el susurro del viento? Breavman intentaba distinguir la diferencia entre el sonido de la acacia y el sonido del arce.

Más allá del verde se levantaban las grandes casas de piedra de Westmount Avenue. En ellas, los jugadores de béisbol alimentaban sus cuerpos con el sueño, descansaban sus voces. Breavman imaginaba que podía distinguirlos confusamente a través de las paredes de los pisos altos, o más bien lo que distinguía eran las sábanas que los envolvían, flotando unas sobre otras en la calle, como una colonia de capullos de gusanos de seda en un árbol iluminado por la luna. Los muchachos de su edad, rubios y cristianos, soñando con sexo judío y brillantes carreras de banqueros.

El parque alimentaba a todos los que dormían en las casas vecinas. Era el corazón verde. Proporcionaba arbustos peligrosos y campos heroicos a los niños para que pudieran imaginarse la valentía. Proporcionaba paseos sinuosos a las niñeras y criadas para que pudieran imaginarse la belleza. Proporcionaba bancos medio ocultos para besuquearse, y vistas de fábricas, a los delfines de la industria, para que pudieran imaginarse el poder. Proporcionaba cuadros de sendas escocesas, por donde paseaban parejas de enamorados, a los agentes comerciales jubilados para que pudieran acodarse sobre sus bastones e imaginarse la poesía. Allí transcurrían los mejores momentos de la vida de todo el mundo. Nadie va a un parque con propósitos sórdidos, excepto algún maníaco sexual quizás, y ¿quién puede afirmar que no está pensando en las rosas eternas cuando se abre la gabardina delante de la Beatriz que salta a la comba?

Breavman llegó hasta el estanque japonés para comprobar el buen estado de las carpas doradas. Cruzó los arbustos espinosos y trepó por la pared para inspeccionar la cascada en miniatura. Lisa no estaba allí. Bajó dando saltos mortales por la colina para ver si todavía era tan inclinada. Sería divertido que Lisa, de entre todas las personas del mundo, estuviera esperando al pie. Cribó un puñado de arena para defenderse de la polio. Intentó deslizarse por el tobogán y se sorprendió de que le

apretara las caderas. Como si fuera a levantar acta del panorama, lo abarcó desde el mirador.

«Mi ciudad, mi río, mis puentes, mierda para vosotros, no, no quise decir eso.»

Había que recorrer las bases<sup>[11]</sup>, había que examinar los estanques por si hubiera veleros hundidos, niños abandonados o blancas niñeras violadas. Tocar los troncos de los árboles para estimularlos.

Tenía sus deberes para con la comunidad, con la nación.

En cualquier momento aparecerá una muchacha desde uno de los macizos de flores. Tendrá aspecto de haber estado nadando y se dará cuenta de mi gran dedicación.

Se tumbó bajo las lilas. Apenas tenían ya flores, parecían diagramas moleculares. El cielo era inmenso. Cúbreme de fuego negro. Tíos, ¿por qué parecéis tan seguros cuando rezáis? ¿Es porque os sabéis las palabras? Cuando se descorren las cortinas del Tabernáculo y se despliega la Tora cubierta de oro, y todos los hombres en el altar visten de blanco, ¿por qué no apartáis los ojos del ritual, por qué no sucumbís a un ataque de epilepsia delirante? ¿Por qué son tan fáciles vuestras confesiones?

Odiaba a los hombres que flotaban en sueños en las enormes casas de piedra. Porque sus vidas eran ordenadas y sus habitaciones immaculadas. Porque se levantaban todas las mañanas y se iban a sus trabajos. Porque no iban a dinamitar sus fábricas ni a celebrar fiestas desnudos en el fuego.

Había luces en el St. Lawrence del tamaño de estrellas y una quietud impaciente en el aire. Árboles tan frágiles como patas de ciervos a la escucha. En cualquier momento el sol aparecería desplomándose sobre los tejados como un puño cerrado, y extraería obreros diligentes y coches de una sola dirección hasta abarrotar las calles. Esperaba no tener que ver las manadas de tráfico de Westmount Avenue. Cambiar la noche en día.

«¿Qué hay?»

Un hombre corpulento, de unos treinta años, con uniforme de la Air Forcé, estaba ante él. Pocos días antes había sido el centro de atención del parque. Algunas niñeras se habían quejado de que acariciaba a los niños con excesivo entusiasmo. Un policía lo había acompañado hasta la calle y lo había invitado a largarse.

«Creí que se le había prohibido estar aquí.»

«No hay nadie. Tenía ganas de hablar.»

El uniforme estaba cuidadosamente planchado. Verdaderamente, todo él estaba demasiado limpio para esa hora de la mañana, de la noche o de lo que fuera. Breavman percibió el olor de la loción de afeitar por encima del de las lilas. Se levantó.

«Hable. Le doy mi permiso, yo me voy a casa.»

«Creí...»

Breavman miró hacia atrás sobre su hombro y gritó:

«¡Hable! ¿Por qué no lo hace? ¡Todo es suyo, el parque está vacío!»

En su calle había barrenderos con uniformes ajados. Se llamaban unos a otros mientras barrían, nombres italianos todos. Breavman contempló las escobas hechas con ramas atadas con alambres. Debía ser bonito utilizar algo tan real.



«Breavman, no grites tanto o retírate un poco. No entiendo ni una palabra de lo que dices.»

«¡He dicho Bertha! ¡Acabo de verla! ¿Está en la ciudad?»

«¿Bertha qué?»

«Serás idiota y desmemoriado. La Bertha de nuestra infancia, la del Árbol, la que se destrozó en nuestras narices.»

«¿Qué pinta tiene?»

«Tiene una cara preciosa, Krantz, de verdad, era muy bonita.»

«¿Dónde la viste?»

«En un autobús.»

«Hasta luego, Breavman.»

«No cuelgues, Krantz. Te juro que era ella. No te voy a decir que estuviera sonriendo. Era un rostro rubio, franco, sin ninguna característica familiar, puedes creer lo que te dé la gana.»

«Vete tú a seguir al autobús, Breavman.»

«No, ella me vio. Esperaré aquí hasta que el autobús dé la vuelta otra vez. Ella movió los labios.»

«Hasta luego, Breavman.»

«Krantz, esta cabina en la que estoy pasando el día es de lo más agradable. Sherbrooke Street es un desfile de toda la gente que he conocido. Voy a merodear por aquí a fondo. Hoy me los van a entregar a todos, Bertha, Lisa. Nadie, ni un nombre, ni una pierna, acabará en el camión de la basura.»

«¿De dónde desenterraste esos viejos nombres?»

«Yo soy el guardián. Soy el viejo verde y sentimental frente al aula de los niños.»

«Hasta luego, Breavman, ahora en serio.»

Era una cabina muy bonita. Olía a pintura fresca primaveral y a clavos nuevos. El sol calentaba a través de los cristales de marcos metálicos. Era el guardián, era el centinela.

¡Bertha, que se había caído del Árbol por él! ¡Bertha, que tocaba «Greensleeves» con más dulzura de la que él podría conseguir nunca! ¡Bertha, que cayó entre manzanas y se dislocó las piernas!

Introdujo otra moneda y esperó la música.

«Krantz, acaba de volver...»

## 6

Calma, calma, calma. Todo iba tan despacio.

La montaña liberaba a la luna, como una burbuja que no pudiese contener por más tiempo, de mala gana y con dolor.

Ese verano, Breavman tenía el extraño sentimiento de que el tiempo estaba aminorando su velocidad.

Era como una película, y la manivela de la cámara giraba lenta, cada vez más lentamente.

Ocho años más tarde se lo contó a Shell, pero no del todo, porque no quería que ella pensase que la veía de la misma manera que a la chica de la que le hablaba, un cuerpo iluminado por la luna en una lenta película sueca, y desde muy lejos.

¿Cómo se llamaba?, se preguntó a sí mismo.

Lo he olvidado. Era un dulce apellido judío que significaba madreperla o bosque de rosas.

¿Cómo es posible que lo hayas olvidado?

Norma.

¿Cómo era?

No importa cómo era normalmente. Sólo importa cómo fue en ese decisivo segundo. Eso sí lo recuerdo y te lo contaré.

¿Cómo era normalmente?

En realidad, tenía la cara aplastada y la nariz demasiado ancha. Una de sus abuelas debía de haber sido secuestrada por los tártaros. Siempre parecía estar a horcajadas sobre algo, una barandilla o un trampolín, agitando sus brazos morenos, los ojos perdidos en la risa, galopando hacia un banquete o una masacre. Era un poco fofa.

¿Por qué era comunista?

Porque tocaba la guitarra. Porque los «polis» habían matado a Joe Hill. Porque *no tenemos ni aviones ni cañones*<sup>[12]</sup> y todos sus amigos habían muerto en el Jarama. Porque el general Mac Arthur era un asesino y gobernaba Japón como si fuera un reino particular. Porque los *Wobblies* cantaban entre gases lacrimógenos. Porque Sacco quería a Vanzetti. Porque Hiroshima quemaba sus ojos y estaba recogiendo firmas para un documento de condena de la bomba atómica y porque a menudo le decían que se largara a Rusia.

¿Cojeaba?

Se le notaba cuando estaba muy cansada. Generalmente llevaba una larga falda mejicana.

¿Y el anillo mejicano?

Sí, estaba prometida a un contable. Ella me aseguraba que el novio era progresista. Pero ¿cómo es posible que alguien que trabaja por la revolución sea

contable? Me gustaría saberlo. ¿Y cómo ella, con su idea de la libertad, podía someterse a un matrimonio convencional?

«Tenemos que ser eficaces en la sociedad. Los comunistas no somos bohemios. Ese lujo está reservado a Westmount.»

¿La querías?

Me gustaba besar sus pechos, las pocas veces que me dejó.

¿Cuántas veces, cuántas veces?

Dos. Y me dejó acariciarla. Brazos, estómago, pelo del pubis, casi llegué al tesoro de mi lista, pero los vaqueros le iban demasiado ajustados. Era cuatro años mayor que yo.

¿No estaba prometida?

Pero yo era joven. Me decía que era un bebé. Por eso nada de lo que hacíamos era realmente importante. Le ponía conferencias a su novio todas las noches. Yo estaba a su lado mientras hablaban. Hacían planes sobre la boda y el piso. Era el prosaico mundo de los adultos, el museo del fracaso, y yo no tenía nada que ver con eso.

¿Y qué me dices de su cara cuando hablaba con él?

Creo que se le transparentaba la culpa.

Mentiroso.

Los dos nos sentíamos culpables, de verdad. Por eso trabajábamos duro para reunir más firmas. Pero nos gustaba estar juntos al lado del fuego. Nuestro diminuto círculo de luz parecía tan lejos de todo. Yo le contaba historias. Ella escribió un blues titulado «Mi maravilloso y burgués amor dorado vendió su casa por mí». No, eso es mentira.

¿Qué hacíais durante el día?

Hicimos «auto-stop» por los Laurentians. Bajábamos a la playa abarrotada de bañistas y empezábamos a cantar. Estábamos bronceados, teníamos buen oído, a la gente le gustaba escucharnos incluso sin abrir los ojos. Después yo hablaba.

«No hablo ni de Rusia ni de América. Ni siquiera de política. Hablo de vuestros cuerpos, los que están tumbados en esta playa, los que acabáis de embadurnar con cremas solares. Unos son demasiado gordos, otros demasiado delgados, algunos constituyen un motivo de orgullo. Todos conocéis vuestros cuerpos. Los habéis mirado en el espejo y habéis esperado que os los halagaran u os los tocaran con amor. ¿Queréis que lo que besáis se convierta en un cáncer? ¿Queréis que el pelo se caiga a puñados de las cabezas de vuestros niños? Como veis, no estoy hablando ni de Rusia ni de América. Estoy hablando de vuestros cuerpos, que es todo lo que tenemos, y ningún Gobierno puede devolveros ni un dedo, ni un diente, ni un milímetro de piel que se os pierdan por la contaminación de la atmósfera...»

¿Te escuchaban?

Sí, y la mayoría de ellos firmaba. Sabía que podía llegar a primer ministro por cómo me escuchaban con los ojos. No importaba lo que dijera con tal de que usara palabras conocidas y un viejo ritmo musical; los podría haber incitado a un ritual de

inmersión...

Deja ahora esa fantasía. ¿Cómo eran los cuerpos en la playa?

Feos y blancos y arruinados por las oficinas.

¿Qué hacíais por la noche?

Me ayudaba a descubrirle los pechos y el contorno cubierto de su cuerpo.

Sé más concreto, ¿quieres?

La montaña liberaba la luna, como una burbuja que no pudiese contener por más tiempo, de mala gana y con dolor. Era como una película, y la manivela de la cámara giraba lenta, lentamente.

Un murciélago se abalanzó por encima de las llamas y acabó golpeándose contra los pinos. Norma cerró los ojos y apretó la guitarra contra ella. Emitió un acorde menor que atravesó la columna vertebral de Breavman y penetró en el bosque.

América estaba perdida; la gobernaban canallas; los rascacielos cromados nunca se rendirían, pero Canadá estaba aquí, sueño inocente, las estrellas altas, brillantes y frías y los enemigos débiles, fáciles e ingleses.

La luz del fuego pasaba sobre ella revelando una mejilla, una mano, para perderse luego ondeando en la oscuridad.

La cámara los toma de lejos, se mueve a través del bosque, capta el destello de los ojos de los mapaches, examina el agua, los juncos, las cerradas flores acuáticas, se funde en la niebla y las rocas.

«Échate a mi lado», la voz de Norma, quizá la de Breavman.

Primer plano súbito de su cuerpo palmo a palmo, desplazamiento lento por la curva de sus muslos, que aparecen inmensos y en sombras, la dura tela azul ajustada sobre la carne. El abanico de pliegues entre sus muslos. La cámara busca en su chaqueta, el contorno de los pechos. Ella extrae un paquete de cigarrillos. La actividad es estudiada atentamente. Los dedos se mueven como tentáculos. Manipulación diestra y sugerente del cigarrillo. Los dedos son lentos, violentos, capaces de sostener cualquier cosa.

Él lanza la mirada como si pescara con mosca y recoge enseguida la forma que ha atrapado. Ella hace una «o» con los labios y empuja con la lengua un anillo de humo.

«Vamos a nadar.»

Se levantan, caminan, colisionan en un sonoro espasmo de ropas. Uno frente al otro, con los ojos cerrados. La cámara enfoca sus rostros, el uno tras el otro. Se besan a ciegas, sin acertar con las bocas, encontrándolas mojadas. Los envuelve un ruido de grillos y respiración.

«No, es demasiado serio ahora.»

La cámara los capta tendidos en silencio.

Hay espacios entre cada palabra.

«Entonces vamos a nadar.»

La cámara los sigue hasta la orilla. Caminan dificultosamente por entre los árboles, el público ha olvidado hacia dónde van, es un largo caminar, las ramas no les

dejan.

«Déjame verte.»

«Sin ropa no soy tan bonita. Estáte quieto ahí.»

Ella se desliza al otro lado de una mata de juncos que ahora cruzan cada plano como líneas de lluvia. La luna es una piedra preciosa que algún afortunado ha encontrado en la orilla.

Emerge mojada, la piel erizada por la carne de gallina, y toda la brillante pantalla lo abarca a él, lentes y maquinaria incluidas.

«No, no me toques. Así será mejor. No te muevas. Nunca le he hecho esto a nadie.»

Su pelo mojado sobre el estómago de él. La cabeza de Breavman estalló en postales.

Querido Krantz

Lo que ella hizo lo que ella hizo lo que ella hizo.

Querida Bertha

Debes cojear como ella o incluso parecerte yo sé que no se perdió nada.

Querido Hitler

Llévate las antorchas no soy culpable tenía que hacerlo.

«¿Me acompañas al pueblo? Prometí telefonarle y debe de ser tarde.»

«¿Vas a telefonarle ahora?»

«Le dije que lo haría.»

«¿Después de esto?»

Ella le tocó la mejilla.

«Sabes que sí. Tengo que hacerlo.»

«Te esperaré junto al fuego.»

Cuando se fue, Breavman dobló el saco de dormir. No pudo encontrar su mocasín derecho, pero qué importaba. Vio un mazo de impresos de peticiones de prohibición de la bomba que sobresalían de su mochila. Se acurrucó junto al fuego y garabateó firmas.

I. G. Farben

Míster Universo

Joe Hill

Wolfgang Amadeus Jolson

Ethel Rosenberg

Tío Tom

Little Boy Blue  
Rabino Sigmund Freud

Deslizó los impresos en el saco de dormir de ella y se dirigió a la carretera, atravesada por los faros. *Nada podía evitar el aire.*

¿Qué aspecto tenía ella en ese segundo crucial?

En mi recuerdo ella aparece sola, aislada de los detalles secundarios. El color de su piel era sorprendente, como el blanco de una rama tierna cuando arañamos lo verde. Pezones del color de labios desnudos. Pelo mojado como un ejército de brillantes lanzas sobre sus hombros.

Estaba hecha de carne y pestañas.

Pero tú dijiste que era coja, ¿de una caída como Bertha quizá?

No lo sé.

¿Por qué no puedes contárselo a Shell?

Mi voz la deprimiría.

Shell tocó la mejilla de Breavman. «Cuéntame el resto de la historia.»

Tamara tenía largas piernas, sólo Dios sabe lo largas que eran. A veces, en las reuniones ocupaba tres sillas. Tenía el cabello negro y enmarañado. Breavman intentaba seleccionar un mechón y seguirlo hasta donde se enredaba. Le hacía sentir en los ojos lo mismo que si hubiera estado andando en un armario lleno de telarañas sin polvo.

Breavman y Krantz usaban un atuendo especial para la caza de muchachas comunistas. Trajes oscuros, chaquetas abotonadas hasta arriba, guantes y paraguas.

Asistían a todas las reuniones del Club comunista. Se sentaban majestuosamente entre los miembros sin corbata, que devoraban los bocadillos del almuerzo directamente de la bolsa de papel.

Durante un aburrido discurso sobre la guerra bacteriológica americana, Krantz susurró: «Breavman, ¿por qué son tan feas las bolsas de papel llenas de pan blanco?»

«Me alegra que me lo preguntes, Krantz. Son anuncios sobre la fragilidad del cuerpo. Si un drogadicto llevara la aguja hipodérmica prendida en la solapa, experimentarías exactamente la misma desazón. Una bolsa abultada de comida es en cierto sentido una tripa visible. Sólo un bolchevique luciría su aparato digestivo en la manga.»

«Ya basta, Breavman. Pensaba que lo sabrías.»

«¡Mírala, Krantz!»

Tamara se apropió de otra silla para sus misteriosas extremidades. En ese mismo instante, el presidente interrumpió al orador y señaló con su martillo en dirección a Breavman y Krantz.

«Si esos dos graciosos no se callan, ya pueden largarse.»

Se pusieron en pie para presentar sus excusas.

«Sentaros, sentaros, pero no habléis.»

Corea hervía de insectos yanquis. Arrojan bombas llenas de mosquitos contagiosos.

«Ahora soy yo quien tiene algunas preguntas que hacerte, Krantz. ¿Qué pasa debajo de esas blusas campesinas y esas faldas que lleva siempre? ¿A qué altura llegan sus piernas? ¿Qué pasa cuando sus muñecas se hunden en las mangas? ¿Dónde empiezan sus pechos?»

«Para eso estás tú aquí, Breavman.»

Tamara había asistido a la misma escuela superior que Breavman, pero entonces él no se había fijado en ella porque estaba gorda. Seguían el mismo camino para la escuela, pero no la había visto. La lujuria entrenaba sus ojos para que excluyeran todo lo que no pudiera besar.

Pero ahora era alta y espigada. El borde de su labio inferior se curvaba sobre sí mismo. Sin embargo, se movía pesadamente, como si sus extremidades estuvieran todavía ligadas a la masa de carne que ella recordaba con amargura.

«¿Sabes una de las razones principales por la que la quiero?»

«Sé la razón principal.»

«Estás equivocado, Krantz. Es porque vive sólo una calle más abajo. Me pertenece por la misma razón que el parque.»

«Estás mal de verdad.»

Un minuto más tarde, Krantz dijo:

«Esta gente tiene bastante razón en lo referente a ti, Breavman. Eres un imperialista emocional.»

«Has estado pensando en eso un buen rato, ¿verdad?»

«Un rato.»

«No está mal.»

Se estrecharon la mano solemnemente. Intercambiaron los paraguas. Se ajustaron el nudo de la corbata mutuamente. Breavman besó a Krantz en las dos mejillas a la manera de un general francés imponiendo medallas.

El presidente golpeó con el mazo para salvar la reunión.

«¡Fuera! ¡No nos interesan los espectáculos de vodevil! ¡Iros a representarlo a la montaña!»

La montaña era Westmount. Decidieron aceptar el consejo. Ejecutaron un zapateado de vodevil en el mirador, encantados de su propia absurdidad. Breavman nunca conseguía dominar los pasos, pero le gustaba hacer girar el paraguas.

«¿Sabes por qué me gustan tanto las muchachas comunistas?»

«Sí, Breavman.»

«Te equivocas de nuevo. Me gustan porque no creen en el mundo.»

Se sentaron sobre el muro de piedra, de espaldas al río y a la ciudad.

«Muy pronto, Krantz, muy pronto voy a estar en una habitación con ella. Vamos a estar en una habitación. Va a haber una habitación alrededor de nosotros.»

«Hasta luego, Breavman. Yo me voy a estudiar.»

La casa de Krantz estaba cerca. Lo había dicho de verdad, se iba. Era la primera vez que Krantz había...

«¡Eh! —llamó Breavman—. Interrumpiste la conversación.»

Krantz ya no podía oírlo.



«¿No lo ves, Tamara, no ves que los dos bandos están siempre utilizando la guerra bacteriológica?»

Estaba paseando con ella por el parque de detrás de su casa, hablando de la naturaleza de los conflictos, de los hábitos de la carpa nocturna y de por qué los poetas son los legisladores secretos del mundo.

Después estaba en una habitación desnudándola. No podía creer en sus manos. La misma sorpresa que cuando el papel de plata se desprende entero del triángulo de Gruyère.

Entonces ella dijo no y apretó sus ropas contra sus pechos.

Breavman se sintió como un arqueólogo contemplando desmoronarse el arenal. Ella se puso el sostén. La ayudó a abrochárselo para demostrarle que no era un maniaco.

Después preguntó cuatro veces por qué.

Luego se quedó en pie delante de la ventana.

Dile que la quieres, Breavman. Es lo que quiere oír. Volvió y le pasó la mano por la espalda.

Ahora empezó a trabajarle la parte baja de la espalda.

Dile te quiero. Díselo. Uno, dos, tres: ahora.

Estaba logrando introducir un dedo casual bajo el elástico.

Ella cruzó las piernas y pareció apretar los muslos con un algo de placer solitario. Este gesto hizo estremecer la espina dorsal de Breavman.

Luego se sumergió en sus muslos, que estaban húmedos y laxos. La carne chapoteaba. Utilizó los dientes. No sabía si la humedad era sangre, saliva o perfume lubricante.

Después, extrañas voces tensas que se habían convertido en susurros, precipitados y jadeantes, como si el tiempo corriera contra ellos y pusiera a sus padres y a la Policía frente a la cerradura.

«Mejor me pongo algo.»

«Me temo que estoy cerrada.»

«Es maravilloso que estés cerrada.»

¿Quién era ella, de quién era su cuerpo?

«Ves, estoy cerrada.»

«Oh, sí.»

Felicitaciones, como confeti cayendo lentamente, cubrían de sueño su cabeza, pero alguien elijo:

«Recítame una poesía.»

«Déjame que te vea primero.»

«Déjame que te vea yo también.»

Después la acompañó a casa. Eran sus horas privadas de la mañana. El sol

comenzaba a amenazar por el este. Muchachos vendedores de periódicos se arrastraban cojeando con sus bolsas grises. Las aceras parecían nuevas.

Entonces le cogió las manos y habló con grave agradecimiento.

«Gracias, Tamara.»

Ella le abofeteó con la mano que tenía la llave.

«Eso suena fatal. Como si te hubiera dejado coger algo. Como si hubieras sacado algo de mí.»

Lo dijo a gritos, hasta que un hilillo de sangre apareció en la mejilla de Breavman.

Después se abrazaron y lo perdonaron todo.

Cuando entró en su casa apoyó la boca sobre el cristal de la puerta y se besaron a través de él. Breavman quería que fuera ella la primera en irse, y ella, que fuera él. Confió que tuviera buen aspecto de espaldas.

¡Arriba todo el mundo! Exultaba camino de su casa, miembro recién ingresado en la comunidad de adultos. ¿Por qué no estaban todos los durmientes en las ventanas para aclamarlo? ¿Es que no admiraban su ritual de amor y engaño? Se encaminó a su parque, y desde la colina de las niñeras contempló toda la ciudad hasta el río gris. Por fin se había confundido con los durmientes, los hombres que iban al trabajo, los edificios, los comercios.

Después se fue a tirar piedras a la ventana de Krantz, porque no tenía ganas de irse a la cama.

«Roba un coche, Krantz. Es la hora de la sopa china.»

Breavman le contó todo en tres minutos y después condujeron en silencio. Apoyó la cabeza en la ventanilla, creyendo que el cristal estaría frío, pero no lo estaba.

«Sé por qué estás deprimido. Porque me lo has contado.»

«Sí. Me he deshonrado dos veces.»

Pero era peor que eso. Quería amarla, debía de ser maravilloso amarla y decírselo no una ni cinco veces, sino siempre y siempre, porque sabía que iban a pasar mucho tiempo juntos en habitaciones.

Y en cuanto a las habitaciones, ¿no eran todas la misma? ¿No había sabido siempre cómo sería? ¿No eran todas las habitaciones iguales? Cada vez que una mujer se tendía, incluso un bosque era una habitación de cristal. ¿Y no era como con Lisa cuando jugaban bajo la cama al soldado y la prostituta?, ¿no era lo mismo, incluso en los ruidos amenazadores que oían?

Seis años más tarde, Breavman contó de nuevo esta historia a Shell, pero esta vez no se deshonró. En una ocasión que se separó de Shell un corto intervalo de tiempo le escribió:

«Creo que si el carro de Elías o el de Apolo, o cualquier otro vehículo celestial de la mitología llegara hasta mi puerta, sabría exactamente dónde sentarme, y cuando fuéramos por el cielo reconocería con deliciosa familiaridad todas las nubes y constelaciones que atravesásemos.»

Tamara y Breavman alquilaron una habitación en el extremo oriental de la ciudad. Dijeron a sus familias que iban a visitar a unos amigos que vivían fuera.

«Estoy acostumbrada a estar sola», dijo la madre de Breavman.

La última mañana se acodaron en la ventana, alta y pequeña, los hombros muy juntos, contemplando la calle.

Los despertadores se disparaban por toda la pensión. Rebosantes cubos de basura hacían guardia en las sucias aceras. Los gatos se movían entre ellos.

«No querrás creerlo, Tamara, pero hubo un tiempo en que hubiera podido hipnotizar a cualquiera de esos gatos de la acera.»

«Muy útil un gato hipnotizado.»

«Ahora no puedo conseguir que las cosas ocurran tan fácilmente. Las cosas me pasan a mí. Ni siquiera pude hipnotizarte anoche.»

«Eres un fracaso, Larry, pero me siguen volviendo loca tus huevos. Mmmm...»

«Tengo los labios llagados de tanto besarte.»

«Yo también.»

Se besaron suavemente y ella le pasó la mano por los labios. Solía ser muy tierna y siempre le sorprendía porque no se lo había pedido.

En los últimos cinco días casi no habían salido de la cama. Incluso con la ventana abierta de par en par, el aire de la habitación olía como la cama. Los edificios de primera hora de la mañana llenaban a Breavman de nostalgia y no lo pudo comprender hasta que se dio cuenta de que tenían exactamente el mismo color que sus viejas zapatillas de tenis.

Tamara frotó el hombro contra su barbilla para sentir la barba. Él la miró. Había cerrado los ojos para saborear la brisa de la mañana sobre sus párpados.

«¿Frío?»

«No mientras estés ahí.»

«¿Hambre?»

«No puedo enfrentarme con otra anchoa, que es lo único que tenemos.»

«No debíamos haber comprado una cosa tan cara. No va con la habitación, ¿verdad?»

«Tampoco nosotros —dijo ella—. Parece que en la casa se está levantando todo el mundo para ir a trabajar.»

«Y nosotros aquí, refugiados de Westmount. Has traicionado tu recién estrenada herencia socialista.»

«Puedes decir lo que quieras si me dejas olerte.»

Los cigarrillos estaban aplastados. Breavman enderezó uno y se lo encendió. Ella inyectó una bocanada de humo en la mañana.

«Fumar desnuda es tan..., tan lujoso.»

Pronunció la palabra con intensidad. Él la besó en la nuca y reanudaron su ociosa

contemplación a través de la ventana.

«¿Frío?»

«Estaría así un año entero», dijo ella.

«A eso se le llama matrimonio.»

«Ahora no te vayas a asustar ni te pongas arisco.»

Había ocurrido algo muy importante.

Observaron a un viejo con una gabardina muy grande que estaba en un portal al otro lado de la calle, apretado contra la puerta, como si se escondiera.

Decidieron vigilarlo para ver qué hacía.

Se inclinó hacia delante, miró a ambos lados y, satisfecho al comprobar que la calle estaba vacía, se ciñó al cuerpo todo el vuelo de la gabardina y echó a andar por la acera.

Tamara sacudió la ceniza del cigarrillo por la ventana. Cayó como una pluma y luego se desintegró en el viento. Breavman observó el pequeño gesto.

«No puedo resistir la belleza de tu cuerpo.»

Ella sonrió y apoyó la cabeza en su hombro.

El viejo con la gabardina ceñida se arrodilló y husmeó debajo de un coche aparcado. Se levantó, se sacudió las rodillas y miró a su alrededor.

El viento se movía por el pelo de Tamara, escogiendo y haciendo flotar un mechón. Ella deslizó el brazo entre ambos y lanzó la colilla al aire. Él hizo lo mismo con la suya. Caían como pequeños paracaidistas predestinados a la muerte.

Entonces, como si las colillas hubieran sido una señal, todo empezó a suceder más rápidamente.

El sol se inmovilizó súbitamente entre dos edificios, dejando en una oscuridad intensa el rompecabezas de las chimeneas.

Un hombre subió a su coche y se marchó.

Un gato surgió a pocos centímetros de donde se encontraba el viejo y cruzó frente a él orgulloso, hambriento, elástico. Agitando su gabardina, el viejo dio un salto hacia el animal. El gato cambió de dirección sin esfuerzo y suavemente descendió las escaleras de piedra de un sótano. El hombre tosió y lo siguió, se detuvo confundido y subió otra vez a la calle con las manos vacías.

Lo habían contemplado distraídamente, como la gente contempla el agua, pero ahora se centraron en su observación.

«Tienes carne de gallina, Tamara.»

Ella se alisó un mechón de cabello flotante. Breavman estudió el movimiento de los dedos. Los recordaba en distintas partes de su propio cuerpo.

Pensó que sería feliz si lo condenaran a vivir ese momento durante el resto de su vida. Tamara desnuda y joven, sus dedos trenzando un mechón de pelo. El sol enredado en antenas de televisión y chimeneas. La brisa de la mañana desplazando la neblina de la montaña. Un viejo misterioso, cuyo misterio no le importaba descubrir. ¿Para qué iba a buscar momentos mejores?

No podía conseguir que las cosas ocurrieran.

En la calle, el viejo estaba tumbado de bruces debajo del parachoques de un coche, intentando atrapar un gato que había conseguido arrinconar entre el bordillo y la rueda. Agitaba las piernas nerviosamente, tratando de agarrar al gato por las patas traseras y aguantando arañazos y mordiscos. Por fin lo consiguió. Sacó al gato de las sombras y lo elevó por encima de su cabeza.

El gato se agitaba y se retorció como una banderola en un vendaval.

«Dios mío —dijo Tamara—. ¿Qué va a hacer, con él?»

Se olvidaron el uno del otro y se inclinaron sobre la ventana.

El viejo se tambaleaba ante las furiosas acometidas del enorme gato, hundía la cara en el pecho para librarse de sus zarpazos. Recuperó el equilibrio. Empuñando al gato como un hacha, con los pies bien separados, lo estrelló contra la acera. Breavman y Tamara oían desde la ventana al choque de la cabeza. Se estremecía como un pez recién pescado.

Tamara volvió la cabeza.

«¿Qué está haciendo ahora?», quiso saber.

«Lo está metiendo en un saco.»

El viejo, arrodillado al lado del gato, que se contraía espasmódicamente, había sacado una bolsa de papel de su enorme gabardina. Intentaba meter el gato dentro.

«Siento náuseas —dijo Tamara. Escondía la cara en el pecho de Breavman—. ¿No puedes hacer algo?»

Breavman no había pensado que pudiera intervenir en la acción.

«¡Eh, tú!»

El viejo miró hacia arriba rápidamente.

«*Oui! Toi!*»

El viejo se detuvo. Miró su gato. Las manos le temblaban indecisas. Se largó calle abajo, tosiendo y sin botín.

Tamara gorgoteó. «Me estoy poniendo mala.» Corrió al lavabo y vomitó.

Breavman la llevó a la cama.

«Anchoas», dijo ella.

«Estás tiritando. Voy a cerrar la ventana.»

«Échate a mi lado.»

Su cuerpo estaba flácido, como si acabara de sufrir una derrota. Él tuvo miedo.

«Quizá no debimos ahuyentarlo», dijo.

«¿Qué quieres decir?»

«Probablemente estaría hambriento.»

«¿Se lo iba a *comer*?»

«Bueno, nosotros protegemos nuestro delicado paladar.»

Ella se apretó con fuerza contra él. No era el tipo de abrazo que a Breavman le gustaba. No había nada de carne, sólo dolor.

«No hemos dormido mucho. Intenta dormir ahora.»

«¿Vas a dormir tú también?»

«Sí. Los dos estamos cansados.»

El mundo de la mañana había desaparecido, los agudos sonidos del tráfico quedaban al otro lado de la ventana cerrada, distantes como la historia. Eran dos personas en una habitación y no había nada que mirar. Acarició los cabellos de Tamara con una mano y le cerró los párpados. Recordaba la labor miniaturessca del viento deshaciendo y agitando sus mechones de pelo. Una semana es mucho tiempo.

Los labios de Tamara temblaron.

«¿Lawrence?»

Sé lo que vas a decir y sé lo que voy a decir y sé lo que vas a decir...

«No te enfades.»

«No.»

«Te quiero», dijo ella sencillamente.

Esperaré aquí.

«No tienes que decir nada», dijo ella.

«Gracias», dijo él.

«¿Quieres besarme?»

La besó en la boca suavemente.

«¿Te has enfadado conmigo?»

«No sé qué quieres decir», mintió.

«Por lo que he dicho. Sé que te duele en cierto modo.»

«No, Tamara. Me hace sentirme más cerca de ti.»

«Me alegro de habértelo dicho.»

Ella se volvió a acomodar y se acercó a él no por sensualidad, sino buscando calor y protección. Él la abrazó fuerte, no como a una amante, sino como a una niña desvalida. La habitación se había caldeado. Sus manos sudaban.

Ahora estaba dormida. Breavman se aseguró. Cuidadosamente se desasíó de su abrazo. Si por lo menos no fuera tan bonita cuando dormía. ¿Cómo podía huir de ese cuerpo?

Se vistió como un ladrón.

Un sol redondo ardía encima de los tejados cubiertos de hollín. Todos los coches aparcados se habían marchado ya. Unos cuantos viejos, escoba en mano, guiñaban los ojos entre los cubos de basura. Uno de ellos intentaba coger al gato muerto con el mango de la escoba, porque no quería tocarlo.

Corre, Westmount, corre.

Necesitaba poner distancias entre él y la cálida habitación en la que no podía conseguir que ocurrieran las cosas. ¿Por qué había tenido que hablar? ¿No podía haberlo dejado como estaba? El olor de su carne se le había metido en la ropa.

El cuerpo de ella iba con él y dejó que su recuerdo se opusiera a la huida.

Estoy corriendo en medio de una nevada que son sus muslos, dramatizó retórico. Sus muslos llenan la calle. Amplios como una nevada, como enormes zepelines

descendiendo, sus muslos húmedos se posan en los tejados angulosos y en los balcones de madera. Las veletas imprimen figuras de gallos y veleros en la piel. Rostros de esculturas famosas conservadas como bajorrelieves...

Luego se puso a pensar en unos determinados muslos en una habitación determinada. El compromiso era opresivo, pero el pensamiento de la soledad de la carne era peor.

Tamara estaba despierta cuando abrió la puerta. Se desnudó rápidamente y recuperó lo que había estado a punto de perder.

«¿Estás contento de haber vuelto?»

Tamara fue su amante durante tres años, hasta que él cumplió los veinte.

En su tercer año de Universidad, Breavman se fue de casa. Él y Krantz alquilaron un par de habitaciones en el centro de la ciudad, en Stanley Street.

Cuando Breavman informó a su madre que se proponía dormir fuera varias noches por semana, pareció aceptarlo pacíficamente.

«Te hará falta una tostadora, ¿verdad? Tenemos dos.»

«Gracias, madre.»

«Y cubiertos, necesitarás cubiertos.»

«No; en realidad, no vamos a cocinar gran cosa...»

«Necesitarás toda una cubertería, Lawrence.»

Anduvo de cajón en cajón por la cocina, seleccionando accesorios y acumulándolos en la mesa delante de él.

«Madre, no necesito una batidora.»

«¿Cómo lo sabes?»

Vació sobre la mesa un cajón de cubiertos de pescado de plata. Luchó con el cajón de la cuerda, pero no lo pudo sacar.

«Madre, todo esto es ridículo.»

«Llévatelo todo»

La siguió hasta el salón. Ahora se había subido, tambaleándose, en una silla tapizada, y mientras trataba de conservar el equilibrio iba desenganchando al mismo tiempo unas pesadas cortinas bordadas.

«¿Qué estás haciendo?»

«No necesito nada en una casa vacía. ¡Llévatelo todo!»

Empujó con el pie en dirección a Breavman las cortinas desenganchadas y se enredó en los pliegues. Él corrió en su ayuda. Su madre parecía muy pesada.

«¡Vete, no necesito nada, cógelo todo!»

«¡Basta, madre, por favor!»

Al subir las escaleras descolgó una miniatura persa montada en terciopelo y se la arrojó.

«Allí habrá paredes, ¿no?»

«Por favor, madre, vete a la cama.»

Comenzó a vaciar el armario de ropa blanca, arrojando pilas de sábanas y mantas a sus pies. De puntillas, empezó a revolver en un montón de mantelerías. Una se desdobló cuando la estaba sacando y cayó sobre ella como la sábana de un fantasma. Se debatió intentando librarse. Breavman intentó ayudarla, pero ella lo rechazó desde dentro de la mantelería.

Retrocedió y la miró debatirse; un estremecimiento invadía todo su cuerpo.

Cuando por fin se liberó, extendió cuidadosamente el mantel en el suelo y se arrastró de una punta a otra para doblarlo. Tenía el pelo desordenado y no podía contener el resuello.



Él seguía cada uno de sus movimientos con una intensa concentración soporífera. Mentalmente había doblado diez veces el mantel antes de que ella se arrodillara triunfante junto al blanco rectángulo immaculado.

La casa había sido construida a principios de siglo. Todavía quedaban algunos cristales de color en los paneles de las ventanas. La ciudad había instalado modernas luces fluorescentes en la calle Stanley, que arrojaban una luz fantasmal de color amarillo. A través de los cristales victorianos azules y verdes, el resplandor se convertía en un brillo lunar intenso y artificial que daba apariencia de lozanía y frescura a la carne de cualquier mujer.

La guitarra estaba siempre a mano. Sentía el frescor de la madera de cedro contra el estómago. El interior olía como las cajas de puros que su padre solía fumar. El sonido era excelente en medio de la noche. En esas horas la pureza de la música lo sorprendía y casi lo convencía de que estaba creando una relación sacramental entre la mujer, la ciudad y él mismo.

Breavman y Tamara eran crueles el uno con el otro. Utilizaban la infidelidad como un arma de dolor y un incentivo de pasión. Y seguían volviendo a la cama de Stanley Street y a la extraña luz que parecía restituir la inocencia a sus cuerpos. Allí se tendían durante horas, incapaces de tocarse o de hablar. A veces lograba consolarla y otras veces ella lo consolaba a él. Utilizaban sus cuerpos, pero aquello se volvía cada vez más difícil. Vivían uno a costa del otro, tenían sistemas para destriparse recíprocamente. Las razones eran demasiado profundas y originales para que él pudiera descubrirlas.

Breavman recuerda terribles silencios y llantos a los que no pudo acostumbrarse. No había nada que pudiera hacer, y menos que nada vestirse y marcharse. Se odiaba a sí mismo por hacerle daño y la odiaba a ella por agobiarlo.

Aquella mañana brillante debería haber seguido huyendo.

Ella lo dejaba desvalido. Se hicieron mutuamente desvalidos.

Breavman le daba a leer a Tamara algunas notas de una larga historia que estaba escribiendo. Los personajes se llamaban Tamara y Lawrence, y la acción se desarrollaba en una habitación.

«Qué ardiente eres —decía Tamara teatralmente—. Esta noche eres mi apasionado amante. Esta noche somos distinguidos y bestias salvajes, pájaros y lagartos, cieno y mármol. Esta noche somos gloriosos y degenerados, condecorados y aplastados, bellos y repugnantes. El sudor es perfume. Los jadeos son campanas. No cambiaría esto por el asalto del cisne más bello. Será por eso que habré venido a ti desde el principio. Por eso habré dejado a los otros, los cientos que querían cogermelo del tobillo con manos paralíticas mientras corría hacia ti.»

«Mierda», dije.

Se desprendió de mis brazos y se puso en pie sobre la cama. Pensé en los muslos de los colosos de piedra, pero no dije nada.

Extendió los brazos hacia arriba.

«Cristo de los Andes», proclamó.

Me arrodillé a sus pies y hociqué en su delta.

«Cúrame, cúrame», dije con sonsonete de plegaria.

«Cúrame tú a mí.» Rió y cayó sobre mí, apoyó su cabeza en mi vientre.

Cuando estuvimos tranquilos dije: «Mujer, estás libre de tu enfermedad.»

Deslizó las piernas hacia el suelo, se acercó bailando a la mesa y encendió una vela de mi diminuto candelabro mexicano. Sosteniendo la luz por encima de su cabeza como una insignia religiosa volvió bailando hasta el borde de la cama y me cogió de la mano.

«Ven conmigo, mi bestia, mi cisne —cantó—. ¡El espejo, eunucos, el espejo!»

Nos situamos delante del espejo.

«¿Quién se atrevería a decir que no somos bellos?», desafió.

«Sí.»

Durante un minuto o dos examinamos nuestros cuerpos. Bajó el candelabro. Nos abrazamos.

«La vida no nos ha pasado por alto», dijo, poniendo voz nostálgica.

«Ah. Ay. Dolor. Luna. Amor.»

Intentaba ser divertido. Esperaba que nuestra broma sentimental no la empujara a una reflexión seria. Eso era algo que no podía aceptar.

Me senté en una silla frente a la ventana y se acomodó en mis rodillas.

«Somos amantes —comenzó, como si estuviera formulando los axiomas geométricos antes de pasar a la proposición—. Si una de esas personas que están ahí abajo mirara para arriba, alguien con muy buena vista, vería a una mujer desnuda en brazos de un hombre desnudo. Esa persona se excitaría inmediatamente, ¿verdad?, de la misma manera que todos nos excitamos cuando leemos en una novela una descripción sexual provocativa.»

Me estremecí ante la palabra sexual. No existe un término más inadecuado para los amantes.

«Y de esa misma manera —continuó— tratan de mirarse la mayoría de amantes, incluso después de haber sido íntimos durante mucho tiempo.»

Íntimos. Era otro de esos términos.

«Es un gran error —dijo—. La emoción de lo prohibido, la emoción de lo perverso se agotan rápidamente y pronto los amantes se aburren el uno del otro. Sus identidades sexuales se hacen cada vez más borrosas, hasta que terminan perdiéndose.»

«¿Cuál es la alternativa?» Estaba empezando a picarme.

«Es hacer excitante aquello que está permitido. El amante debe familiarizarse totalmente con su amada. Tiene que conocer cada uno de sus movimientos: el vaivén de sus nalgas cuando camina, la dirección de cada diminuto terremoto cuando su pecho exhala un suspiro, la manera en que sus muslos se expanden como lava cuando se sienta. Debe conocer la súbita contracción de su estómago justo antes del

comienzo del clímax, cada vergel de cabello, rubio o negro, la ruta de los poros de la nariz, la red de vasos de los ojos. La debe conocer tan completamente que, de hecho, ella se convierta en su propia creación. Que sea él quien haya proyectado la forma de sus piernas, quien haya destilado su perfume. Éste es el único tipo positivo de amor sexual: el amor del creador por su creación. En otras palabras, el amor del creador por sí mismo. Éste amor no puede nunca cambiar.»

A medida que hablaba, su voz se iba haciendo cada vez más tensa. Las últimas palabras las formuló en una especie de trance. Yo había dejado de acariciarla. Su vocabulario clínico me ponía malo.

«¿Qué pasa?», preguntó. «¿Por qué me sueltas?»

«¿Por que haces siempre lo mismo? Acabo de hacerte el amor. ¿No es bastante? ¿Tienes que iniciar una operación, una autopsia? ¡Sexual, destilar, íntimos... Dios! ¡Prefiero no sabérmelo todo de memoria! Prefiero ser sorprendido de vez en cuando. ¿Dónde vas?»

Se irguió ante mí. La luz del candelabro dibujaba su boca con un duro gesto de rabia.

«¡Sorprendido! Eres idiota. Como la docena de hombres con los que he estado. Que querían hacer el amor en la oscuridad, en silencio, con los ojos cerrados, con los oídos tapados. Hombres que se cansaron de mí y yo de ellos. Y tú te subes a la parra, porque quiero algo diferente para nosotros. No conoces la diferencia entre creación y masturbación. Y hay diferencia. No has comprendido una palabra de lo que he dicho.»

«Palabras ambiguas», grité. «Palabras ambiguas de doble sentido.»

Me tapé la cara farfullando. ¿Cómo había llegado a esta habitación?

«No sabemos lo que decimos», dijo ella ya sin rabia.

«¿Por qué no puedes estar en mis brazos simplemente?»

«¡No tienes arreglo!», estalló. «¿Dónde están mis cosas?»

Contemplé cómo se vestía; mi cabeza estaba aturdida, vacía. Terminó de vestirse cubriendo una parte tras otra de su cuerpo, y el aturdimiento aumento e inundó mi garganta como una inhalación de éter. Parecía que mi piel se disolvía y me confundía con el aire de la habitación.

Se dirigió hacia la puerta. Esperé oír el ruido del picaporte. Hizo una pausa, la mano en el pestillo.

«Quédate. Por favor.»

Corrió hacia mí y nos abrazamos. La textura de su ropa resultaba extraña contra mi piel. Me mojó el cuello y las mejillas con sus lágrimas.

«No tenemos tiempo para herirnos», susurró.

«No llores.»

«No podemos cansarnos el uno del otro.»

Durante su llanto yo me había recuperado. Muchas veces en mi vida he comprobado que sólo ante las explosiones de emoción de los demás puedo conseguir

mi propia estabilidad. Su dolor me devolvió a mí mismo, me dio valor y compasión.

La llevé a la cama.

«Eres bella», dije. «Siempre lo serás.»

Se durmió enseguida entre mis brazos. Su cuerpo era más pesado que otras veces. Parecía cargado e hinchado de pena. Soñé con una enorme capa que arrojaba sobre mis hombros un hombre lloroso montado en un carro volador.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, se había ido, como de costumbre.

Tamara lo leyó atentamente.

«Pero yo no hablo así», dijo suavemente.

«Ni yo», respondió Breavman.

El acto de escribir había terminado cuando le alargó el manuscrito. Ya no era su dueño.

«Sí, Larry. Tú hablas como los dos personajes.»

«De acuerdo, hablo como los dos personajes.»

«No te enfades, por favor. Estoy tratando de comprender por qué has escrito esto.»

Estaban acostados en la eterna habitación de Stanley Street. Las luces fluorescentes de la calle proporcionaban el claro de luna.

«No me importa saber por qué lo he escrito. Simplemente lo he escrito, eso es todo.»

«Y me lo has dado.»

«Sí.»

«¿Por qué? Sabías que me haría daño.»

«Se supone que te interesas en mi trabajo.»

«Larry, tú sabes que sí.»

«Por eso te lo he dado.»

«Parece que somos incapaces de hablar.»

«¿Qué quieres que diga?»

«Nada.»

Comenzó el silencio. La cama era como una cárcel rodeada de tendido eléctrico. Breavman no podía salir de ella, ni siquiera moverse. Le atormentaba el pensamiento de que éste era su lugar, justo esa cama vendada de silencio. Era lo que se merecía, lo único para lo que servía.

Se dijo que debía sencillamente abrir la boca y hablar. Sencillo. Simplemente pronunciar palabras. Romper el silencio con alguna observación. Hablar sobre su historia. Si por lo menos pudiera atacar el silencio. Entonces podrían hacer el amor de un modo cálido y amistoso y hablar como extraños hasta la mañana.

«¿Era para decirme que quieres terminar con lo nuestro?»

Ha hecho un avance valiente. Ahora tengo que intentar responderle. Le diré que quería desafiar a su amor con una exhibición de veneno. Dirá, oh, eso es lo que quería

oír, y me abrazará para demostrarme que el veneno no ha surtido efecto.

Todo lo que tengo que hacer es obligarme a separar los dientes, hacer funcionar los ejes de mi mandíbula, hacer vibrar las cuerdas vocales. Una palabra lo conseguirá. Una palabra se adentrará en el silencio y lo partirá en pedazos.

«Intenta decir algo, Larry. Ya sé que es difícil.»

Un ruido, Breavman; un ruido, un ruido, un ruido cualquiera.

Utilizando el cerebro a modo de grúa, levantó una mano de veinte toneladas y la hizo descender sobre el pecho de Tamara. Dirigió sus dedos entre los ojales. Su piel le calentaba las puntas.

La quería porque estaba caliente.

«Oh, ven», dijo ella.

Se desnudaron como si los estuvieran persiguiendo.

Breavman intentaba paliar su silencio con la lengua y los dientes. Ella tuvo que apartarle suavemente la cara de sus pezones. Breavman elogiaba sus caderas con una sinfonía de gemidos.

«Por favor, di algo esta vez.»

Breavman sabía que si tocaba sus mejillas las encontraría mojadas de lágrimas. Se quedó muy quieto. Pensaba que no querría moverse nunca más. Estaba dispuesto a quedarse así durante días, catatónico.

Tamara se movió para tocarlo y su gesto lo liberó como un muelle. Esta vez no lo detuvo. Se resignó a su entumecimiento. Él hablaba todo lo que podía con el cuerpo.

Permanecieron en silencio.

«¿Te sientes bien?», preguntó Breavman, y súbitamente comenzó a hablar por los codos.

Repasó detalladamente todos sus planes de oscura gloria y rieron. Recitó poemas y llegaron a la conclusión de que iba a ser un genio. Tamara le compadecía al ver el coraje con el que describía los demonios que llevaba dentro.

«Largaos, viejos verdes.» Y lo besó en el cuello.

«También hay algunos en mi estómago.»

Al cabo de un rato, Tamara se durmió. Era lo que él había intentado evitar. Su sueño era como una deserción. Siempre pasaba cuando se sentía más despierto. Cuando estaba dispuesto a hacer declaraciones inmortales.

La mano de Tamara descansaba sobre su brazo, como la nieve sobre las hojas, pronta a deslizarse en cuanto él se moviera.

Estaba junto a ella como un insomne con visiones de inmensidad. Veía extensiones desérticas tan enormes que ningún Pueblo Elegido podría atravesarlas. Empezó a contar los granos de arena como si fueran ovejas, y sabía que este trabajo podría durar eternamente. Vio paisajes aéreos de trigales tan altos que no se podía distinguir hacia qué lado el viento inclinaba los tallos. Territorios árticos y distancias de trineo.

Kilómetros que nunca recorrería porque jamás podría abandonar esta cama.

Breavman y Krantz aún paseaban a menudo durante toda la noche. Escuchaban las melodías populares de las emisoras locales o las clásicas de las de Estados Unidos. Se dirigían al norte, hacia los Laurentians, o al este, a los Townships.

Breavman imaginaba el coche visto desde arriba. Una pequeña bolita negra arrojándose por la superficie de la tierra. Libre como un meteoro y tal vez predestinada también a la muerte.

Atravesaban paisajes de nieve azul. La corteza helada conservaba un rayo de luna, igual que el agua ondulante. La calefacción estaba al máximo. No tenían nada que hacer por la mañana, sólo las clases, y eso no contaba. Por encima de la nieve todo era negro, árboles, cabañas, pueblos enteros.

A esa velocidad no les ataba nada. Podían catar todas las posibilidades. Pasaban como un relámpago al lado de árboles que habían tardado cientos de años en crecer. Atravesaban ciudades dentro de las cuales vivían hombres una vida entera. Sabían que el país era viejo; las montañas, las más antiguas de la tierra. Lo recorrían todo a ochenta millas por hora.

Había algo desdeñoso en su velocidad, desdeñoso con los miles de años que habían sido necesarios para suavizar las montañas, con las generaciones de músculos que habían labrado los campos, con el trabajo empleado en la construcción de la moderna carretera por la que circulaban. Eran conscientes de su desdén. Los bárbaros debieron de cabalgar por las vías romanas con la misma sensación. Ahora tenemos el poder. ¿Qué importa de dónde venimos?

Y había algo de miedo en su velocidad. Allá detrás, en la ciudad, sus familias crecían como sarmientos. Las amantes impartían una tristeza que había dejado de ser lírica para hacerse claustrofóbica. La comunidad adulta insistía en que eligieran de entre las bellas generalidades alguna fea cosa en concreto. Huían de su mayoría de edad, del verdadero *bar mitzvah*, de su iniciación real, de la auténtica y cruel circuncisión que la sociedad esperaba infligir a través de los límites y la monótona rutina.

Hablaban educadamente a las chicas francesas de los restaurantes donde paraban. Eran patéticas, deleznable y tenían dientes postizos. Las olvidarían dentro de veinte millas. ¿Qué hacían detrás de los mostradores de arborita? ¿Soñar con un Montreal de neón?

La carretera estaba vacía. Eran los únicos que huían por ella, y esta conciencia estrechaba su amistad todavía más. Aquello exaltaba a Breavman. Decía: «Krantz, todo lo que descubrirán de nosotros será un reguero de aceite en el suelo del garaje, sin reflejos irisados siquiera.» Últimamente, Krantz hablaba muy poco, pero Breavman estaba seguro de que pensaban lo mismo. Todos los que conocían o que los amaban estaban durmiendo millas atrás del tubo de escape. Si oían un «rock-and-roll» por la radio comprendían su ansiedad; si era un concierto de Haendel,

comprendían su majestad.

En algún momento de esos paseos, Breavman se hizo a sí mismo una propuesta de la siguiente forma: Breavman, estás capacitado para muy diversas experiencias en este mundo, que es el mejor de los mundos posibles. Hay muchos poemas maravillosos que escribirás y por los que serás aplaudido, muchos días desérticos en que no serás capaz de apoyar la pluma en el papel. Muchos coños maravillosos en los que estar, diferentes colores de piel que besar, diversos orgasmos que experimentar y muchas noches en que pasearás tu sensualidad solo y amargo. Habrá cumbres de emoción, intensos ocasos, percepciones gloriosas, dolor creador y muchas llanuras mortíferas de indiferencia en las que ni siquiera será tuya tu propia desesperación. Habrá muchas bazas de poder que puedas jugar con crueldad o benevolencia, muchos vastos cielos bajo los que tenderte y felicitarte de tu humildad, mucho remar en galeras de sofocante esclavitud. Eso es lo que te espera.

Ahora, Breavman, ésta es la propuesta: supongamos que pudieras pasar el resto de tu vida exactamente como en este mismo instante, en este coche lanzándose hacia el campo cubierto de matojos, justo en esta parada de la carretera pegada a la fila de blancos indicadores, pasando siempre por ellos a ochenta, oyendo vibrar esta canción de máquina tocadiscos que habla de rechazo, con este determinado cielo de nubes y estrellas, y dentro de tu mente esta sección en concreto de tu memoria, ¿qué escogerías? ¿Cincuenta años más en este coche o cincuenta más de logros y fracasos?

Breavman nunca dudó en la elección.

Que siga todo como ahora. Que la velocidad no disminuya nunca. Que la nieve permanezca. Que nunca desaparezca la comunión con mi amigo. Que nunca encontremos otras cosas que hacer. Que nunca nos taseemos el uno al otro. Que la luna permanezca en este lado de la carretera. Que las chicas sigan siendo una impresión dorada en mi mente como el halo de la luna o el brillante resplandor de neón sobre la ciudad. Que el ordenado latido de la guitarra eléctrica siga declarando:

*Cuando perdí a mi amor  
casi pierdo la cabeza.*

Que los bordes de las colinas estén a punto de brillar. Que las hojas no oculten los árboles. Que las negras ciudades duerman en una larga noche como la amante de Lesbia. Que los monjes de monasterios medio derruidos sigan con su plegaria en latín de las cuatro de la madrugada. Que Pat Boone se mantenga en el primer puesto del «hit parade» y que le diga a los turnos de noche de las fábricas:

*Fui a ver a una gitana  
y me dijo la buenaventura.*



Que la nieve dignifique siempre los cementerios de coches de la carretera de Ayer's Cliff. Que las barracas selladas de los vendedores de manzanas no exhiban nunca frutos brillantes ni rastro de sidra.

Pero que yo siga recordando lo que ahora recuerdo de los pomares. Que conserve mi décima de segundo de fantasías y reminiscencias con todas las capas al descubierto, como en una muestra geológica. Que el Caddie o el VW corran como un milagro, como una bomba, que vuelen. Que la melodía haga esperar eternamente al anuncio comercial:

*Bueno, puedo decíroslo,  
la noticia no era tan buena.*

La noticia es fabulosa. La noticia es triste, pero, como es una canción, no está tan mal. Pat está haciendo todos mis poemas en mi lugar. Llega a un millón de personas. Es todo lo que yo quería decir. Pat ha destilado el dolor, lo ha glorificado en una cámara de ecos. No necesito la máquina de escribir. No es lo que de pronto recordaría que no había incluido en mi equipaje. Nada de lápices, de bolígrafos, de cuartillas. Ni siquiera quiero escribir en la niebla de un parabrisas. Puedo ir inventando sagas todo el camino, hasta Baffin Island, pero no tengo por qué escribirlas. Pat, me has robado el puesto, pero eres un buen tipo, americano triunfador de los viejos tiempos, vencedor magnífico e ingenuo, está bien así. Los agentes de relaciones públicas me han convencido de que eres un tipo humilde. No puedo tomármelo a mal. Mi única crítica es: sé más desesperado, arranca sonidos más agónicos o tendremos que buscar un negro para que te sustituya:

*Dijo que tu chica te ha dejado,  
esta vez se ha ido para siempre.*

No dejes que las guitarras aflojen la marcha como ruedas de locomotora. No dejes que el locutor de la CKVL me diga lo que acabo de oír. Dulces sonidos, no me rechacéis. Que las palabras continúen como el paisaje del que nunca vamos a salir:

*ido para siempre*

Que perdure la última sílaba. Es la décima de segundo por la que cambiaría todas las presidencias. Los postes telefónicos trenzan complicados juegos con los cables que pasan a toda velocidad. La nieve se amontona como el Mar Rojo a cada lado del

parachoques. Nadie nos espera ni nos echa de menos. Gastamos en gasolina todo el dinero, vamos repletos como camellos del Sahara. El coche lanzado, los árboles, la luna y su luz sobre los campos de nieve, los resignados y trabajados acordes de la melodía, todo guarda un perfecto equilibrio para la rápida congelación, la caja eterna en el museo astral.

*empre*

Hasta la vista, señor, señora, rabino, doctor. Adiós. No olvide su cartera de viajante con las muestras de aventuras. Mi amigo y yo seguiremos aquí, en nuestra banda de velocidad limitada. ¿Verdad, Krantz, verdad, Krantz, verdad, Krantz?

«¿Quieres que paremos a tomar una hamburguesa?», dice Krantz como si estuviera meditando sobre una teoría abstracta.

«¿Ahora o uno de estos días?»

Breavman y Tamara estaban blancos. Toda la gente en la playa estaba morena. Krantz estaba descaradamente bronceado.

«Me siento superdesnuda», dijo Tamara, «como si se me hubiera quitado una capa de piel con el traje. Ojalá los demás hubieran hecho lo mismo.»

Se tendieron en la arena caliente, mientras Krantz supervisaba el baño general. Se sentó en una torrecilla de madera pintada de blanco, el megáfono en una mano y el silbato en la otra.

El agua estaba plateada, llena de cuerpos en movimiento. Su silbato perforaba gritos y risas y de repente la orilla quedaba en silencio. Daba una orden y los niños se emparejaban y hacían desde el agua una seña con las manos cogidas cuando llegaba su turno.

Entonces, en sucesión, los celadores situados a lo largo del embarcadero gritaban bruscamente: «¡Revisión!» Ciento cincuenta niños se inmovilizaban.

Una vez hecha la comprobación, Krantz volvía a tocar el silbato y se reinstauraba el estrépito general.

En su papel disciplinario, Krantz sorprendió a Breavman. Sabía que Krantz había trabajado muchos veranos en un campamento infantil, pero lo imaginaba siempre (ahora que lo pensaba) como uno de los niños, o mejor dicho, como el niño principal, inventando grandes estratagemas nocturnas, primera figura de un juego de sigue-al-jefe en medio del bosque.

Y sin embargo aquí estaba, señor de la playa, bronceado y hermético, absoluto. Los niños y el agua le obedecían. Deteniendo y poniendo en marcha el ruido y la risa, y chapoteando con el silbato, Krantz parecía interrumpir la progresión natural del tiempo, como una película detenida en una imagen y puesta de nuevo en movimiento. Breavman nunca le hubiera sospechado semejante poder.

Breavman y Tamara tenían el color blanco de la ciudad, y eso los separaba de los cuerpos morenos, como si fueran leprosos inocuos de segundo grado.

Breavman se sorprendió al descubrir que Tamara tenía en el muslo diminutos pelos rubios. Su negro pelo estaba suelto y el sol intenso le arrancaba destellos metálicos.

No era sólo que estuvieran blancos, estaban blancos juntos, y su blancura parecía denunciar un oscuro y cotidiano ritual de interior compartido entre ambos.

«Cuando los negros tomen el poder», dijo Breavman, «así es cómo nos vamos a sentir todo el tiempo.»

«¿Verdad que Krantz está maravilloso?»

Ambos lo miraron como si fuera la primera vez que lo veían.

Quizá fuera la curiosa fractura del tiempo que Krantz conseguía con el silbato lo que hizo que se deslizara Breavman en la película a cámara lenta que siempre se estaba rodando en alguna parte de su cabeza.

Se contempla a sí mismo desde una perspectiva muy lejana. El silbato ha acallado los ruidos de la playa. Incluso las golondrinas parecen inmóviles, en equilibrio, suspendidas en la cima de escaleras aéreas.

Esta parte de la película tiene demasiada luz. Le lastima los ojos recordarla, pero le gusta contemplarla fijamente.

Demasiada exposición y doble exposición. Detrás de cada una de las imágenes brilla el sol veraniego de los Laurentian, y eso las convierte unas veces en una silueta y otras en una brillante transparencia gelatinosa.

El buceador es Krantz. Se curva como una navaja en el aire, por encima del agua, mitad negro, mitad plateado. Las salpicaduras saltan lentamente tras los pies que desaparecen, como plumas expulsadas por un negro cráter.

Un bravo se eleva entre los chiquillos cuando trepa por el embarcadero. Todos sus movimientos poseen intensidad, el gesto más pequeño entraña una potencia de primer plano. Los niños lo rodean y tratan de tocarle los hombros mojados.

«¿Verdad que Krantz está maravilloso?»

Ahora Krantz corre hacia sus amigos, la arena pegada a las plantas de los pies. Les da la bienvenida con una sonrisa.

Ahora Tamara no está en contacto con Breavman; estaba echada a su lado, pero ahora nada de ella le roza.

Tamara se pone en pie automáticamente y los ojos de Krantz y sus ojos invaden la pantalla y cambian de la bienvenida a la sorpresa, a la pregunta, al deseo (aquí la película se detiene en seco, tatuada de pequeños soles), y anulan todos los demás cuerpos en la arena, durante un largo instante se apresuran sólo el uno hacia el otro.

Las golondrinas vuelven a volar con naturalidad y el caos habitual regresa cuando Krantz se ríe.

«Ya era hora de que me hicierais una visita.» Los tres se abrazaron y charlaron desenfrenados.

Tamara y Breavman se graduaron en la universidad. Ya no existía ninguna armazón alrededor de su deteriorada unión, así que se vino abajo. Tuvieron la suerte de una separación sin amargura. Ambos estaban hartos de dolor. Se habían acostado con una docena de personas y habían utilizado cada nombre como un arma. Era un catálogo-tortura de amigos y enemigos.

Se separaron en la mesa de un café. Allí se podía conseguir vino en tazas de té si se conocía a la dueña y se le pedía en francés.

Desde siempre, Breavman había sabido que nunca la había conocido y que nunca la conocería. No basta adorar unos muslos. Nunca se preocupó de saber quién era Tamara; sólo vio lo que representaba. Se lo confesó y hablaron durante tres horas.

«Lo siento, Tamara; quiero tocar a la gente como si fuera un mago, para cambiarlos o para hacerles daño, dejarles mi marca, embellecerlos. Quiero ser el hipnotizador, que no corre nunca el riesgo de terminar él hipnotizado. Quiero besar manteniendo un ojo abierto. Más bien, he querido todo eso; ahora ya no.»

A ella le encantaba su manera de hablar.

De vez en cuando volvían a la habitación de Stanley, de manera no oficial. Un veinteañero puede ser muy tierno con una antigua amante.

«Sé que no te vi nunca. Todo el mundo resulta borroso en mi vida personal. Nunca oigo su propia música...»

Al cabo de cierto tiempo, el psiquiatra de Tamara le recomendó que no volviera a verlo.

Breavman consiguió una beca para hacer su tesis de licenciatura en inglés en Columbia, pero decidió no aceptarla.

«No, Krantz, no hay nada que huelga tanto a matadero como un seminario de graduados. La gente sentada en las mesas de las pequeñas aulas, con las manos ensangrentadas de comas. Se hacen viejos, y la edad de los poetas continúa siendo la misma, veintitrés, veinticinco, diecinueve.»

«Eso te da cuatro años como máximo, Breavman.»

Se publicó su libro de historias de Montreal y fue bien acogido. Empezó a verlo en las bibliotecas de sus amigos y parientes y se tomaba a mal que lo tuvieran. No era asunto suyo enterarse de cómo lucían los pechos de Tamara a la luz de la luna artificial de Stanley Street.

Los canadienses se vuelven locos por un Keats. Los anglófilos expresan su pasión por medio de reuniones literarias. Breavman leyó sus historias en pequeñas asociaciones, en grandes grupos de universitarios, en brillantes reuniones eclesiásticas. Se acostó con todas las bellas presidentas que pudo. Abandonó la conversación. Se limitaba a citarse a sí mismo. Era capaz de mantener un opresivo silencio en las mesas a las que se le invitaba para que la adorable hija de la familia pensase que estaba rumiando sobre su espíritu.

La única persona con la que podía reírse era con Krantz.

El mundo estaba siendo estafado mediante una disciplinada melancolía. Todas sus historias hacían del anhelo una virtud. Lo único necesario para ser ampliamente estimado era publicar las propias ansiedades. El objetivo esencial del arte era un despliegue calculado de sufrimiento.

Paseaba con chicas pálidas y rubias por Westmount Boulevard. Les decía que contemplaba como ruinas las casas de piedra. Les insinuaba que podrían hallarse a sí mismas a través de él. Podía apoyarse en una chimenea con toda la ambigua tragedia de un Sansón ciego apoyado en los pilares del templo.

Entre ciertos comerciantes judíos resultaba sospechoso, pero no podía ser condenado categóricamente. Les desalentaba la posibilidad de que pudiera conseguir un triunfo económico con lo que estaba haciendo. Esto agudizaba sus úlceras de estómago. Su nombre aparecía en los periódicos. Quizá no era un miembro ideal de la comunidad, pero tampoco lo eran Disraeli o Mendelssohn, cuyas apostasías han sido siempre perdonadas por los judíos en atención a sus éxitos. Además, el acto de escribir es parte esencial de la tradición judía, y ni siquiera puede destruirla una situación tan degradada como la contemporánea. Durante una generación o dos seguirá manteniéndose el respeto por los libros y los artistas. No puede durar siempre si no vuelve a ser consagrado.

Entre ciertos gentiles, Breavman resultaba sospechoso por otras razones. Con su barbarie semítica escondida bajo el manto del Arte, se inmiscuía en sus cócteles

rituales. Estaban comprometidos con la Cultura (como buenos canadienses), pero Breavman era una amenaza para la pureza de sangre de sus hijas. Lo hacían sentirse tan vital como un negro. Mantenía largas conversaciones con los agentes de la bolsa sobre el exceso de pureza racial y la pérdida de vitalidad creadora. Salpicaba sus discursos con expresiones *yiddish* que jamás hubiera utilizado en otro sitio. En los salones, sin ninguna razón que lo justificara, solía improvisar pequeñas danzas hasídicas alrededor de la mesita de té.

Incorporó Sherbrooke Street a sus dominios generales. Creía comprender su elegante tristeza mejor que nadie en la ciudad. Cuando entraba en alguno de sus comercios era consciente siempre de que estaba en lo que una vez había sido el salón de una elegante mansión de la ciudad. Exhalaba un suspiro histórico por las mansiones convertidas en cervecerías y en oficinas centrales de compañías de seguros. Se sentaba en las escaleras del museo y contemplaba a las mujeres elegantes que entraban flotando en las tiendas de moda o paseaban sus costosos perros frente al Ritz. Observaba a la gente que hacía cola para el autobús, que subía y desaparecía rápidamente. Siempre encontraba misterio en estas cosas. Se paseaba por bancos con aspecto de cuartos de baño y se preguntaba qué haría allí la gente. Estudiaba los frontones con sus vides esculpidas. Las gárgolas en la piedra color marrón de la iglesia. Los complicados balcones de madera justo al este de Park. La roseta de otra iglesia defendida con clavos para impedir que las palomas anidaran. Todo el viejo hierro, cristal, piedra.

No tenía planes para el futuro.

Una mañana temprano, Breavman y Krantz (no se habían acostado la noche anterior) se sentaron en un muro bajo de piedra en la esquina de Mackay y Sherbrooke, y arengaron a las muchedumbres trabajadoras de las ocho y media.

«Se acabó el juego», gritaba Breavman. «Todo ha terminado. Volved a vuestras casas. No sigáis. Marchaos. No aspiréis a reunir doscientos dólares. Iros derechos a vuestras casas. Volved a la cama. ¿No veis que todo ha terminado?»

«*Consummatum est*», apostillaba Krantz.

Más tarde, Breavman preguntó: «En realidad tú no te lo crees, ¿verdad, Krantz?»

«No tan a fondo como tú.»

No tenía planes para el futuro.

Podía posar la mano en un vestido escotado y a nadie le importaba. Era una especie de Dylan Thomas dócil, talento y conducta modificados para el paladar canadiense.

Se sentía como si hubiera aparecido masturbándose en la televisión. Estaba desprovisto de vida privada, de límites, de discreción.

«¿Sabes lo que soy, Krantz?»

«Sí, y no me recites el catálogo.»

«El semental de las mujeres desgraciadas. Un figón crepuscular de ruinas victorianas. Un burgués experto en canciones sindicales destinadas al fracaso. Un

exhibicionista de la raza perseguida luciendo permanentemente su circuncisión. Un perro faldero que se refugia en la falda.»

Por eso, y de acuerdo con las tradiciones de su clase, emprendió un trabajo para hacer penitencia.

En uno de sus paseos por la zona ribereña de Montreal pasó por una fundición de cobre, una pequeña empresa que fabricaba piezas para cuarto de baño. Había una ventana abierta y miró dentro.

La atmósfera estaba llena de humo. Estrépito incesante de maquinaria. Contra la pared se amontonaban montículos de arena de color terroso.

Al fondo de la fundición se calentaban crisoles de piedra en profundos hornos. Los hombres estaban cubiertos de tizne. Levantaban pesados moldes de arena. A través del humo parecían figuras de uno de esos viejos grabados del purgatorio.

Vio que sacaban del horno un crisol al rojo vivo por medio de un sistema de poleas y lo dirigían, balanceándose, hacia la hilera de moldes. Tras dejarlo en el suelo, procedieron a quitarle la escoria de la superficie a paletadas.

Entonces intervino un hombre gigantesco cubierto con un mandil de amianto y anteojeras. Dirigió el crisol hacia los moldes. Por medio de un mecanismo de palancas inclinó el crisol de piedra y vació el cobre líquido en los orificios de los moldes.

Breavman se maravilló con el brillo del metal líquido. Era del color que debería tener el oro. Era tan bello como la carne. Era del color que imaginaba cuando leía la palabra oro en oraciones y poemas. Amarillo vivo y chillón. Caía en un arco de humo y blancos chisporroteos. Contempló al hombre que se movía entre las hileras, distribuyendo aquella maravilla. Parecía un ídolo monolítico. No, era un auténtico sacerdote.

Éste era el trabajo que Breavman quería, pero no el que consiguió: sacar cables eléctricos. No especializado. El jornal era de setenta y cinco centavos la hora. La jornada era de siete y media a cinco y media, con media hora para comer.

El tamaño del alma del cable eléctrico determina el del orificio de la canilla. Ésta se hace de arena cocida, que cubre el alambre en toda su longitud. Se coloca entre las dos mitades del molde, y el cobre lo rodea y crea el orificio. Cuando se rompen los moldes y se saca el vaciado de las canillas, contienen todavía el alambre sobre el que se suspendieron las almas.

Su trabajo consistía en sacar esos alambres. Se sentaba sobre un cajón no muy lejos de las largas mesas bajas de tambor en las que se colocaban los moldes para el llenado. A su lado había una pila de canillas calientes con las almas de los cables asomando por los extremos. Las cogía una a una con la mano izquierda, cubierta con un guante, y sacaba de un tirón el alambre torcido con unos alicates.

Sacaba varios miles de alambres por semana. Sólo paraba para contemplar cómo vertían el cobre. Resultó que el moldeador era negro. Era imposible saberlo por la mugre que se depositaba en las caras. Aquélla sí que era una auténtica historia de



proletarios heroicos.

Saca tu alambre, Breavman.

La belleza del cobre no disminuyó nunca.

Ocupaba su puesto en el fuego y en el humo y en la arena. La fundición no tenía aire acondicionado, gracias a Dios. En las manos le salieron callos, que a las chicas obreras les resultaban ordinarios, pero que otras acariciaban como medallas.

Se sentaba en su puesto y miraba alrededor. Había encontrado el trabajo ideal. Las máquinas cortadoras y el rugido de los hornos componían la música adecuada para la expiación. El sudor y la mugre en las espaldas granujientas de un hombre era todo un cuadro para darle perspectiva a la carne. La atmósfera era hedionda: el aire aspirado tras un nostálgico suspiro llenaba la garganta de escoria de metal. La visión de viejos y jóvenes condenados a sus montones de arena añadía una nueva y excelente dimensión a su visión de corderos, bestias y niños. Las ventanas del techo dejaban pasar rayos sucios de sol que desaparecían al final entre la humareda general. Trabajaban en una oscuridad teñida de rojo por el fuego. Breavman se había integrado ya en el grabado del infierno que había entrevisto pocas semanas antes.

La empresa no estaba sindicada. Breavman pensó intentar la sindicación y contribuir a organizar a los obreros, pero no estaba allí para eso. Estaba allí por aburrimiento y penitencia. Le descubrió Walt Whitman a un inmigrante irlandés y lo animó a asistir a la escuela nocturna. Hasta allí llegó su labor social.

El aburrimiento lo mataba. El trabajo manual no liberó a su mente para que vagabundease a voluntad. Logró adormecer su mente, pero la anestesia no fue lo bastante potente como para librarlo de la consciencia. Todavía podía reconocer su cautiverio. De pronto se daba cuenta de que había estado tarareando la misma melodía durante una hora. Cada alambre representaba una pequeña crisis y cada extracción un pequeño triunfo. No fue capaz de pasar por alto este absurdo.

Cuanto más aburrido estaba, más inhumana era la belleza del cobre. Brillaba demasiado para poder mirarlo. Había que usar gafas. Estaba demasiado caliente para permanecer a su lado. Había que utilizar mandil. Muchas veces al día contemplaba cómo vertían el metal, y el calor llegaba hasta su puesto. El arco de líquido llegó a representar una intensidad que él nunca conseguiría.

Durante un año estuvo fichando todas las mañanas.

Su amigo se iba de Montreal para estudiar en Inglaterra.

«Pero, Krantz, lo que dejas es Montreal, Montreal es el umbral mismo de la grandeza, como Atenas, como Nueva Orleáns.»

«Los *Frogs* son malvados», afirmó. «Los judíos son malvados, los ingleses son absurdos.»

«Por eso somos grandes, Krantz. Fertilización cruzada.»

«De acuerdo, Breavman; quédate aquí para ser el cronista del Renacimiento.»

Era una tarde de verano en Stanley Street. Breavman llevaba trabajando un mes en la fundición. Las chicas que pasaban tenían los brazos desnudos.

«Krantz, brazos, pechos, nalgas. ¡Oh, maravilloso catálogo!»

«Efectivamente, han salido todas.»

«Krantz, ¿sabes por qué Sherbrooke Street es tan cochinemente bonita?»

«Porque quieres acostarte.»

Breavman pensó durante un segundo.

«Tienes razón, Krantz.»

Era estupendo volver a dialogar con Krantz; no se habían visto mucho las últimas semanas.

Pero Breavman sabía que la calle era bonita por otras razones. Porque había tiendas y viviendas en los mismos edificios. Cuando sólo hay comercios, sobre todo los de fachada moderna, se produce un hedor terrible a fría ganancia de dinero. Cuando sólo hay viviendas, o mejor dicho, cuando las viviendas están demasiado lejos de los comercios, exudan algún secreto venenoso, como una plantación o un matadero.

Pero lo que había dicho Krantz era verdad. No, no acostarse. Belleza en la punta de los dedos.

Una joven volvió la esquina de Sherbrooke a media manzana de distancia. Iba sola.

«¿Te acuerdas, Krantz? Hace tres años la hubiéramos seguido con toda una serie de sueños carnales.»

«Y hubiéramos huido si miraba hacia atrás.»

La joven pasó bajo un farol y la luz resbaló entre las ondas de su pelo. Breavman empezó a silbar «Lili Marlene».

«Krantz, esto es una película europea. Nosotros somos antiguos oficiales que vamos a hacer algo importante. Sherbrooke es una ruina. ¿Por qué parece como si una guerra acabara de terminar?»

«Porque tú quieres acostarte.»

«Vamos, Krantz, dame una oportunidad.»

«Breavman, si te doy una oportunidad, lloriquearás todas las noches del verano.»

«¿Sabes lo que voy a hacer, Krantz? Me voy a llegar hasta esa chica y muy

amable y cortésmente le pediré que nos unamos para dar un pequeño paseo por el mundo.»

«Hazlo, Breavman.»

Aligeró el paso y se puso a su lado. Esto saldría. Toda la compasión de los extraños. La joven volvió la cara y lo miró.

«Perdón», dijo Breavman y se detuvo. «Me he confundido.»

La joven se alejó; Breavman esperó a Krantz.

«Era un callo, Krantz. No hubiéramos podido dedicarle un brindis. Era todo lo que no es una mujer guapa.»

«No es nuestra noche.»

«Quedan multitud de noches.»

«Me tengo que levantar temprano para el barco.»

Pero no volvieron directamente a Stanley. Pasearon lentamente por las calles que les llevaban a casa: University, Metcalfe, Peel y McTavish. Bautizadas con nombres distinguidos de las islas británicas.

Pasaron por las casas de piedra y las negras verjas de hierro. Muchas de las casas habían sido ocupadas por la Universidad o se habían transformado en pensiones, pero aquí y allá vivía aún un coronel o una vieja dama que arreglaban el césped y los macizos y todavía subían las escaleras de piedra como si todos los vecinos fueran nobles. Erraron a través del campus.

La noche, como el tiempo, daba a los edificios una profunda dignidad. Ahí estaba la biblioteca, con su abrumadora carga de palabras, oscuridad y piedra.

«Krantz, vámonos de aquí. Los edificios están empezando a reclamarme.»

«Se lo que quieres decir.»

Cuando volvían a Stanley, Breavman ya no se sentía en una película. Todo lo que quería era volverse hacia Krantz y desearle suerte, toda la suerte del mundo. No se le puede decir más a una persona.

Los taxis empezaban a amontonarse frente a los centros turísticos. Media manzana más abajo podía beberse whisky en tazas de café en un sudo lugar disfrazado de club de bridge. Contemplaron a los taxistas, que maniobraban y cambiaban de sentido en la calle de dirección única: amigos de la Policía.

Conocían a todas las patronas, propietarios y camareras. Eran ciudadanos del corazón de la ciudad. Y Krantz iba a despegar como un gran pájaro.

«¿Sabes, Breavman? No eres el doliente siervo de Montreal.»

«Sí que lo soy, indudablemente. ¿No me ves crucificado en un arce en la cima de Mount Royal? Los milagros están empezando a producirse. Me queda el suficiente aliento para decirles: “Ya os lo dije, crueles bastardos”.»

«Breavman, eres un idiota.»

Y pronto iba a quebrarse su diálogo. Estaban silenciosamente apoyados en el balcón, contemplando cómo se engranaban los mecanismos de la noche.

«Krantz, ¿tengo alguna cosa que ver con tu marcha?»

«Un poco.»

«Lo siento.»

«Tenemos que dejar de interpretar el mundo el uno para el otro.»

«Sí..., sí.»

Los edificios eran tan familiares y la calle tan conocida. Incluso Gautama lloró cuando perdió a un amigo.

Mañana ya nada sería igual. Breavman apenas se atrevía a pensarlo. Krantz no estaría allí. Sería como un bulldozer suelto en el corazón de la ciudad. No eran del tipo de gente que se escribe cartas.

Krantz echó una mirada a su alrededor. Dijo «yup» como un viejo granjero en una mecedora.

«Yup», coincidió Breavman.

«Es la hora», dijo Krantz.

«Buenas noches, Krantz.»

«Buenas noches, viejo Breavman.»

Breavman sonrió y apretó la mano de su amigo.

«Buenas noches, viejo Krantz.»

Se cogieron las dos manos y luego cada uno se fue a su habitación.

Todo Montreal compraba furiosamente discos de Leadbelly y los Weavers, y se congregaba en Gesu Hall con abrigos de visón para oír a Pete Seeger cantar sus canciones socialistas. Breavman fue a la fiesta en virtud de su reputación como cantante de folk y celebridad menor. La anfitriona le había sugerido sutilmente al teléfono que se llevara la guitarra, pero Breavman no había obedecido. Hacía meses que no la tocaba.

«¡Larry, cuánto me alegro de verte; hacía años!»

«Estás muy bonita, Lisa.»

Con su primera mirada de aprobación, Breavman la reclamó inmediatamente como suya porque habían vivido en la misma calle, porque conocía la blancura de su piel, porque su cuerpo huidizo estaba unido al suyo por una cuerda roja. Ella bajó los ojos.

«Gracias, Larry. Y tú has llegado a ser famoso.»

«Sólo un poquito, pero suena bien.»

«Vi tu entrevista la semana pasada en televisión.»

«En este país la televisión entrevista a los escritores por una sola razón: para proporcionarles un rato de risa al resto de los ciudadanos.»

«Todo el mundo dice que eres muy inteligente.»

«Todo el mundo es cruel y chismoso.»

Le alargó un vaso y charlaron. Ella le habló de sus hijos, dos niños, e intercambiaron información sobre sus respectivas familias. Su marido estaba en viaje de negocios. Él y su padre estaban instalando boleras automáticas por todo el país. Al saber que estaba sola, Breavman echó a volar su fantasía. Claro que estaba sola, claro que la había encontrado, esa noche le sería entregada.

«Lisa, ahora que tienes niños, ¿piensas alguna vez en tu propia infancia?»

«Solía prometerme a mí misma que cuando fuera mayor recordaría exactamente cómo había sido mi niñez para educar a mis hijos desde esa perspectiva.»

«¿Y lo haces así?»

«Es muy difícil. Te sorprendería lo mucho que olvidas y el poco tiempo que te queda para recordar. Generalmente actúas sobre la marcha y esperas que tu decisión sea la mejor.»

«¿Te acuerdas de Bertha?» Era la primera cuestión que Breavman quería plantear.

«Sí, pero ¿ella no...?»

«¿Te acuerdas de mí?»

«Desde luego.»

«¿Cómo era?»

«Supongo que te enfadarías si te dijera que eras como cualquier otro muchacho de diez años. No lo sé, Larry. Eras un chico muy lindo.»

«¿Te acuerdas del soldado y la prostituta?»

«¿Qué?»

«¿Te acuerdas de mis pantalones verdes?»

«Te estás poniendo tonto...»

«Quisiera que te acordaras de todo.»

«¿Por qué? Si nos acordáramos de todo no podríamos hacer nunca nada.»

«Si te acordaras de todo lo que yo me acuerdo estarías ahora mismo conmigo en la cama», dijo ciegamente.

Lisa era lo bastante amable, o inteligente, o interesada, para no tomarse a broma lo que Breavman había dicho.

«No, no estaría. Incluso si quisiera, no estaría. Soy demasiado egoísta, o miedosa, o gazmoña o lo que sea para jugarme lo que he conseguido. Quiero conservar todo lo que tengo.»

«Yo también. No quiero olvidar a ninguna de las personas con quienes tuve relación.»

«No tienes por qué hacerlo. Sobre todo conmigo. Estoy contenta de haberte visto esta noche. Tienes que volver y conocer a Cari y los niños. Cari lee muchísimo, estoy segura de que te gustará hablar con él.»

«Lo último que me apetece es hablar de libros con nadie, incluso con Cari. Quiero acostarme contigo. Es muy sencillo.»

Con su atrevimiento había pensado llegar rápidamente a ella y desarmarla, pero lo único que consiguió fue un diálogo elegante.

«Para mí no es tan sencillo. No intento hacerme la graciosa, pero ¿por qué quieres acostarte conmigo?»

«Porque una vez nos cogimos la mano.»

«¿Y eso es una razón?»

«Los seres humanos tienen la suerte de entrar en contacto de muchas maneras, incluso a través de una mesa.»

«Pero no puedes estar en contacto con todo el mundo. Precisamente eso le quitaría sentido.»

«Para mí lo tendría.»

«Pero ¿no hay otra manera de contacto entre un hombre y una mujer más que la cama?»

Breavman respondió en términos de galanteo, no en base a su propia experiencia.

«¿Cuál otra? ¿Conversación? Soy del gremio y no tengo fe en las palabras. ¿Amistad? La amistad entre un hombre y una mujer que no se basa en el sexo es hipocresía o masoquismo. Cuando veo la cara de una mujer transformada por el orgasmo que hemos conseguido juntos, entonces sé que nos hemos encontrado. Todo lo demás es mentira. Éste es el vocabulario que utilizamos hoy. Es el único lenguaje que queda.»

«Entonces es un lenguaje que nadie comprende. Se ha convertido en cháchara.»

«Mejor que el silencio. Lisa, vámonos de aquí. En cualquier momento alguien va

a preguntar por qué no he traído la guitarra y voy a verme obligado a pegarle un puñetazo. Vamos a tomar café a algún sitio.»

Lisa movió suavemente la cabeza.

«No.»

Lo dijo de la mejor manera que se lo habían dicho nunca, porque en la sílaba había dignidad, aprecio y una firme negativa. Eso le calmó y terminó el juego. Ahora era feliz charlando, mirándola y sorprendiéndose igual que cuando los jóvenes de bufanda blanca iban a buscarla en sus grandes coches.

«Nunca he oído esa palabra tan bien dicha.»

«Pensé que era lo que querías oír.»

«¿Cuándo te hiciste tan condenadamente juiciosa?»

«Ten cuidado, Larry.»

«Mira lo que hemos descubierto.» La anfitriona sonrió. Algunos invitados le habían seguido.

«Nunca te he oído tocar —dijo Lisa—. Me gustaría mucho.»

Breavman cogió aquella guitarra que no conocía y la afinó. Quitaron el tocadiscos y la gente le rodeó con sus sillas o se acomodó en la gruesa alfombra.

Era un buen instrumento español, de madera muy liviana y cuerdas de sonido grave. Breavman no había cogido una guitarra desde hacía meses, pero tan pronto como tañó la primera cuerda (La menor) se alegró de haber accedido a tocar.

El primer acorde es siempre crucial. A veces suena muy poco, blando, y entonces lo mejor es dejar la guitarra, porque el tono ya no mejora y sus creaciones adquieren entonces un retintín de anuncio. Es lo que ocurre cuando Breavman se acerca al instrumento sin cariño o sin respeto. La guitarra lo rechaza como una mujer frígida y ceremoniosa.

Pero luego hay los momentos buenos, cuando el tono es profundo y prolongado y parece increíble que sea él mismo quien rasguea la guitarra. Contempla el movimiento borroso de su mano derecha y los dedos danzantes de la izquierda, escalonados a lo largo del traste, y se pregunta qué relación hay entre todo ese movimiento y la música en el aire, que parece proceder de la propia madera.

Eso fue lo que pasó cuando tocó y cantó sólo para Lisa. Cantó canciones de la guerra civil española no como un partisano, sino como un historiador. Cantó canciones ligeras de ausencias, pensando en el maravilloso comienzo de Donne,

*Mi más dulce amor, no me voy  
por cansancio de vos,*

que es la esencia de toda canción de amor. Apenas cantaba las palabras, las decía. Volvió a descubrir la poesía que lo había abrumado años antes, el verso fácil que se le entregaba suavemente pero que, antes de concluir, le tocaba de lleno.

*Preferiría estar en un callejón sombrío  
donde no brille nunca el sol,  
que ver amando a otro a mi verdadero amor  
cuando yo sé que tendría que ser mía,*

Estuvo una hora cantando, dedicando a Lisa toda su música. A medida que cantaba experimentaba la necesidad de desatar la cuerda roja y liberarla. Era el mejor regalo que podía hacerle.

Cuando terminó y había dejado la guitarra con cuidado, como si dentro estuviera lo mejor de él, Lisa dijo:

«Esto me ha hecho sentirme más unida a ti que ninguna de tus palabras. Por favor, vuelve a vernos pronto.»

«Gracias.»

Al poco rato se escapó de la fiesta y se fue a pasear por la montaña. Contempló la luna, que no se movió en mucho tiempo.



Cuatro días más tarde sonó el teléfono a la una y media de la madrugada. Breavman se lanzó a cogerlo, feliz de romper su horario laboral. Sabía todo lo que ella iba a decirle.

«No pensé que estarías durmiendo», dijo Lisa.

«No lo estoy. Pero deberías estarlo tú.»

«Me gustaría verte.»

«También a mí, pero tengo una idea mejor: cuelga el teléfono, vete a ver cómo duermen tus hijos y luego métete en la cama.»

«Ya lo hice. Dos veces.»

Era un país libre. Los viejos tabús estaban desacreditados. Los dos ya eran mayores y nadie los iba a llamar para la cena. Lisa tenía unos veinte años, era rica, blanca, con un coche velocísimo y un marido fuera de la ciudad: la clásica viuda de viajante. Él estaba solo con su insomnio y sus manuscritos garrapateados.

Breavman, falsario y lujurioso, tu habitación terriblemente vacía, como tu sonrisa de caridad. Sabía que me sería entregada, Krantz.

Ella rompió el silencio:

«¿Quieres que vaya?»

«Sí.»

Breavman amontonó toda la ropa sucia en el armario y escondió un plato con restos de comida entre la pila de los platos limpios. Se sentó ante la mesa de trabajo y lentamente ató las hojas del manuscrito, experimentando un placer desconocido en este acto, como si ahora tuviera un derecho especial a despreciar los papeles.

Lisa llevaba pantalones, su negro pelo estaba suelto, pero recién peinado. Traía a la habitación una limpia fragancia laurentiana.

«Hueles como si acabaras de esquiar pendiente abajo.»

Le ofreció una copa de jerez. En pocos minutos, conoció toda la historia. Su marido no estaba viajando por Canadá, instalando boleras automáticas. Estaba en Toronto viviendo con una mujer, una empleada de la Canadian Broadcasting Corporation.

«Mi padre tiene el informe completo de la agencia de detectives. Yo no quise saber los detalles.»

«Esas cosas pasan», dijo Breavman, y la banalidad aplastó en un murmullo la última palabra.

Lisa hablaba y sorbía lentamente la bebida sin que desapareciera la serenidad que había traído con ella. Breavman sabía que, junto con sus cosas preciosas, se había dejado en casa las emociones. Ella sabía que estas cosas pasan, sabía que todo pasa.

¿Y qué?

«Volverá.»

Lisa le dijo con la mirada que su marido no necesitaba ser defendido.

«Tú lo amas, Lisa, y a tus hijos y a tu casa. Es lo más evidente que hay en ti.»

Lisa bajó la mirada y estudió la copa de vino. Breavman pensó que estaría recordando la cristalería de su casa, comparando el desorden de esta habitación con el orden de allí. Pero había venido por venganza y cuanto más desabrido fuera el entorno, más dulce le resultaría. Quizá no se sentía sola, quizá se sentía sencillamente ofendida.

«No tengo ganas de hablar aquí sobre Cari.»

«Estoy contento de que hayas venido. Me sentí muy bien gracias a ti la noche de la fiesta, tu manera de escucharme. No creí que te volviera a ver nunca más a solas y deseaba que ocurriera.»

«Lo raro del caso es que decidí que eras la única persona que podía ver.»

Quizá quería realizar su venganza con él porque él era secreto, no formaba parte de su vida, pero tampoco era un extraño: como conocer a alguien de tu propio pueblo en un lugar del extranjero.

Por eso podían sentarse juntos, quizá Breavman le podría coger la mano y hablar del curioso giro que toman las cosas. Podían pasear del brazo por Sherbrooke; el verano estaba acabando. Podía ofrecerle su amistad y compañía como solaz. O también podían irse a la cama inmediatamente; no había término medio.

¿Había alternativa? ¿No había sólo una inevitable y más bien fastidiosa? Breavman avanzó hacia ella y la besó en la boca. Lisa se levantó y se abrazaron. En ese momento, ambos sintieron la necesidad de destruir pensamiento y palabra. Lisa estaba cansada de ofensas. Breavman estaba cansado de preguntarse por qué deseaba su cuerpo o cualquier cuerpo.

Realizaron el acto del amor como él lo había hecho muchas veces antes, en protesta contra el azar y las circunstancias. Alabó su belleza y el esquí, que había contribuido a unas piernas tan estupendas.

Pero no durmió con la Lisa niña. No volvió al parque donde las niñeras vigilaban a los niños marineros. No construyó un misterioso garaje alrededor de su cuerpo desnudo. Hizo el amor con una mujer, no con Lisa. Lo sabía cuando, tendidos, empezaron por fin a hablar de su infancia y de la ciudad. Aquel pacto interrumpido por la Regla ya nunca se cumpliría. Ahora se trataba de una mujer con la que quizás estaba empezando una historia. La niña que creció lejos de él, en pecho y grandes coches y cigarrillos adultos, no era la mujer tranquila que estaba ahora a su lado. Aquella niña se le escaparía y le obsesionaría siempre.

El sol ya había salido cuando Lisa comenzó a vestirse.

«Duerme un poco —le dijo—. Te llamaré mañana. Es mejor que no llames tú. Nunca llames a casa.»

Breavman se asomó a la ventana para ver alejarse el coche. Lisa bajó la ventanilla y le dijo adiós con la mano, y de pronto ambos estaban diciéndose adiós de un modo más vivo y prolongado de lo normal. Ella estaba llorando y movía la mano hacia arriba, abajo y adelante en urgente semáforo como para borrar, por favor, del aire de

la mañana todos los pactos, votos, acuerdos, viejos o nuevos. Breavman se asomó a la ventana y agitando la mano convino en dejar que la noche se disolviera, en dejarla en libertad, porque ya tenía todo lo que necesitaba de ella fijado en una sola tarde.

Se dice que nadie abandona nunca Montreal porque la ciudad, como todo Canadá, está diseñada para preservar el pasado, un pasado que ocurrió en otro sitio.

Este pasado no se conserva en los edificios ni en los monumentos que tan fácilmente destruye la especulación, sino en la mente de sus ciudadanos. Los trajes que llevan, los trabajos que realizan son solamente máscaras de moda. Cada hombre habla en la lengua de su padre.

Igual que no hay canadienses, tampoco hay naturales de Montreal. Preguntadle a un hombre quién es y nombrará una raza.

Las calles cambian con rapidez, los rascacielos se yerguen como siluetas contra el St. Lawrence, pero en cierto modo esto es irreal y nadie lo cree, porque en Montreal no existe el tiempo presente; sólo existe el pasado y sus supuestas victorias.

Breavman huyó de la ciudad.

Su madre le telefoneaba todos los días. Estaba sola, ¿sabía lo que era eso? Le dolía la espalda, tenía las piernas hinchadas. La gente le preguntaba por su hijo y ella tenía que responder que estaba trabajando de obrero en una fábrica.

Ponía el teléfono sobre la cama y la dejaba hablar. No tenía ni fuerza ni aptitudes para consolarla. Se sentaba junto al aparato, incapaz de hablar o de pensar, consciente tan sólo de la monótona crepitación de su voz.

«Hoy me miré al espejo y no me reconocía de lo arrugada que estoy por los disgustos que he tenido, por las noches que me paso pensando en mi hijo, me merezco yo esto, quince años con un hombre enfermo, un hijo que no se preocupa de si su madre está sola como la una o como un perro; una madre, la única madre abandonada como un trapo; una prostituta no aguantaría de su hijo lo que aguanto yo; ni que tuviera tanto, ni que comiera chocolate todo el día, ni que me hubiese ganado diamantes por todo lo que he perdido, quince años, es que alguna vez pedí algo para mí; dos piernas rotas en Rusia, los tobillos hinchados que hasta el médico se asombró; pero mi hijo está demasiado ocupado para oír la verdad, noche tras noche sentada ante la televisión, se preocupa alguien de lo que hago, yo era una persona tan feliz, era una belleza, ahora soy fea, la gente no me reconoce por la calle, para qué he dado mi vida, era tan buena con todo el mundo, una madre, sólo una vez en tu vida tendrás una madre, no vamos a vivir eternamente, una madre es algo frágil, tu mejor amiga, no hay en el mundo nadie que se preocupe tanto de lo que te pasa, te caerás en la calle y la gente pasará sin mirarte, y sola como la una, en todos los sitios del mundo la gente se mataría por ir a ver a su madre, pero a mi hijo eso no le importa, puede conseguir otra madre, sólo vivimos una vez, todo es un sueño, es cosa de suerte...»

Cuando había acabado, Breavman decía:

«Espero que te sientas mejor, madre», y después, adiós.

Su madre estaba ahora bajo tratamiento psiquiátrico. No parecía mejorar.

¿Tomaba las pastillas que le recetaban? Su voz sonaba más histérica.

Breavman huyó de su madre y de su familia.

Había creído que sus altos tíos, con sus oscuros trajes, eran los príncipes de una fraternidad de élite. Había creído que la sinagoga era el hogar de su purificación. Había creído que sus negocios eran reinos de benevolencia feudal. Pero había llegado a comprender que ninguno de ellos pretendía siquiera estas cosas. Estaban orgullosos de su éxito financiero y social. Les gustaba ser los primeros, ser respetados, sentarse al lado del altar, ser elegidos para trasladar los libros sagrados. No se comprometían con ninguna otra idea. No creían que su sangre estuviera consagrada. ¿De dónde había sacado Breavman la idea contraria?

Cuando veía al rabino y al cantor moverse en sus blancas vestiduras, el brillo de las letras de brocado en sus taleds; cuando en pie entre sus tíos se inclinaba y unía su voz a las de ellos formulando las respuestas; cuando seguía en el libro de oraciones el compendio de la magnificencia...

No, sus tíos no eran lo bastante fervientes. Eran estrictos, no fervientes. No parecían darse cuenta de lo frágil que era la ceremonia. Participaban ciegamente en ella, como si fuese a durar eternamente. No parecían darse cuenta de lo importantes que eran; no importantes por ellos mismos, sino importantes para el sortilegio, el altar, el ritual. Ignoraban el arte de la devoción. Eran simplemente devotos. Nunca habían pensado en lo cerca que está la ceremonia del caos. Su nobleza era insegura, porque se basaba en la herencia y no en la creación momento a momento con el aniquilamiento a la vista.

En la parte más solemne o gozosa del ritual, Breavman sabía que todo el proceso se podría desplomar en la desolación en un segundo. El cantor, el rabino y los fieles escogidos se erguían delante del Tabernáculo abierto, acunando los pergaminos de la Tora, que parecían majestuosos niños con tortícolis, y los devolvían uno a uno a sus sitiales de oro. La maravillosa música se elevaba proclamando que la Ley era árbol de vida y sendero de paz. ¿Cómo no eran capaces de darse cuenta de que aquello tenía que ser alimentado? Y todos aquellos hombres que se inclinaban, que realizaban los movimientos de costumbre, no eran conscientes de que otros hombres habían escrito la melodía sagrada, de que otros hombres habían desarrollado los gestos, en apariencia eternos, a partir de un torpe desorden. Daban por sentado lo que estaba muriendo en sus propias manos.

Pero ¿por qué tenía que importarle? No era Isaías y la gente no reclamaba nada. Ni siquiera le gustaban la gente ni el dios de su culto. No tenía derechos en esa cuestión.

No quería culpar a nadie. ¿Por qué no podía evitar el sentimiento de que lo habían defraudado? Estaba amargado porque no podía heredar la gloria que anunciaban mecánicamente. No podía entrar a formar parte de su hermandad, pero deseaba estar entre ellos. Nostalgia de la solidaridad. ¿Por qué estaba implicado el dolor de su padre?

Le volvió la espalda a la ciudad. Había abusado de las alabanzas a sus calles. Había esperado demasiado de ciertas verjas de hierro fundido, de torreones especialmente absurdos, de escaleras de la montaña, de panoramas de los puentes del St. Lawrence al amanecer. Estaba cansado del misterio del que había intentado impregnar a plazas y jardines públicos. Estaba cansado de la atmósfera en la que había tratado de implicar a Peel Street y a las mansiones-casas de huéspedes. La ciudad se negaba a descansar tranquilamente bajo el cendal de melancolía que había tendido sobre sus edificios. Esto reafirmaba su indiferencia.

Breavman se detuvo ahí.

Nueva York. Vivía en la torre del World Student House. Su ventana daba al Hudson. Le aliviaba que aquélla no fuera su ciudad y que no tuviera que describir su horrible magnificencia. Paseaba por las calles que quería y no tenía que nombrarlas en sus historias. Nueva York ya había sido cantada. Y por grandes voces. Esto lo dejaba en libertad de ver y saborear a su antojo. Todo el mundo hablaba alguna clase de inglés, no había resentimientos, podía hablar con la gente en cualquier parte. Deambulaba por los mercados a primera hora de la mañana. Preguntaba los nombres del pescado, tieso y plateado, en cajones de hielo. No asistía a ningún seminario.

Vio a la persona más bella y la siguió. Shell.

# LIBRO III

# 1

Su segundo nombre era Marshell, por la familia materna, pero la llamaban Shell.

Sus antepasados habían cruzado el océano lo bastante pronto como para que su madre pudiera ingresar en las D. A. R.<sup>[13]</sup> La familia había producido dos oscuros senadores y una respetable cantidad de excelentes comerciantes. Durante los últimos setenta y cinco años, todos los varones (excepto los francamente estúpidos) habían estudiado en Williams<sup>[14]</sup>. Shell era la tercera de cuatro hermanos. El mayor era uno de los infortunados que no llegó a Williams. Para acabarlo de arreglar, se fugó con una baptista e hizo a su padre amargamente feliz cuando se peleó con su mujer por la educación de los hijos.

Shell creció en una enorme casa blanca de las afueras de Hartford, donde su bisabuelo materno había fundado un próspero banco. Había una fuente de piedra en el jardín, muchos acres de terreno y un riachuelo que su padre pobló de truchas. Cuando su hermano menor se hubo casado honorablemente y trasladado a Pittsburgh, Shell y su hermana fueron obsequiadas con dos caballos. Se construyó un establo, reproducción en miniatura de la casa. A su padre le gustaba hacer miniaturas de su casa. Repartidos entre la arboleda había un gallinero, una conejera, una casa de muñecas y una casita para pájaros, todas copia de la casa original, que (como gustaban de recordar a sus invitados) era sólo para personas.

Los quehaceres domésticos se realizaban con gran decoro y ritual. El padre y la madre, profundos conocedores de la historia americana y coleccionistas de muebles de la época colonial, tenían a gala no haber deseado nunca visitar Europa.

Todas las primaveras, Shell se encargaba de llenar de flores la fuente de piedra. Se tomaba muy en serio eso de ser una chica. Consideraba a su hermana demasiado grosera, no entendía por qué su madre elevaba el tono de voz y se condolía cuando ésta le llevaba la contraria a su marido. No sólo creía en los cuentos de hadas, sino que hacía experimentos poniendo guisantes debajo de su colchón.

Odiaba su pelo, que era negro, espeso y largo. Cuando se lo lavaba le era imposible dominarlo y la llamaban «zulú». Pero no quería cortárselo, pensando quizás en escalas colgadas de las ventanas de los castillos. No le gustaba su cuerpo. No era un cuerpo de princesa, estaba segura. No crecía en los lugares debidos. Envidiaba los pechos de su hermana pequeña y su pelo lacio de color castaño rojizo. Vapuleaba el suyo con un cepillo y no paraba hasta llegar a los doscientos cepillazos por lo menos. Se espantó cuando uno de los amigos de su hermana intentó besarla.

«¿Por qué?», preguntó.

El chico no lo sabía. Había contado con ser aceptado o rechazado, no con ser examinado.

«Porque eres bonita...»

Lo dijo como si lo dudara. Shell dio media vuelta y echó a correr. De repente, el



césped era blanco, los árboles eran blancos. Empezó a tirar las flores que había guardado para la fuente porque eran blancas y sucias como huesos. Era una araña en un campo de ceniza.

«Primavera —dijo Breavman cuando oyó la historia—. No Botticelli, Giacometti.»

«No quieres que conserve nada feo, ¿verdad?»

«No.»

Además, Breavman no podía resistir la tentación de añadir a su memoria el cuadro de una delicada muchacha americana corriendo por el bosque, esparciendo flores silvestres.

A Shell le gustaban las primeras horas de la mañana. Se trasladó al antiguo cuarto de los niños, con ventanales mirando a levante. Se le permitió que lo empapelara a su gusto. El sol gateaba por el cubrecama de calicó. Era su milagro.

Por lo visto, la vida no era sólo Robert Frost y *Mujercitas*.

Un domingo por la mañana estaba en la cama de su madre escuchando un programa infantil. Copos de nieve como dientes de león se amontonaban en diagonal en las ventanas de múltiples vidrios. El cabello de Shell, recogido con una cinta negra, descansaba dócil y suave sobre su pecho. Su madre se lo estaba acariciando.

En la radio, un niño cantaba un aria simplificada.

«Papá es tan tonto... Dice que estáis creciendo tan de prisa que la casa se va a quedar demasiado grande.»

«Nunca dejaré sus peces y sus pollitos.»

Los dedos de su madre habían estado enroscando y trenzando plácidamente, pero ahora sólo movía el pulgar y el índice, unos pocos mechones de pelo entre ellos. El movimiento era el mismo que el del que busca una ganga de rebajas y comprueba la textura de una solapa, pero más rítmico y prolongado.

Sonreía ligeramente y miraba fijamente a Shell, pero ésta no lograba conectar con su mirada. El movimiento despersonalizaba el pelo. No pertenecía a Shell. La manta se movía. Su madre estaba haciendo algo debajo de ella con la otra mano. El mismo ritmo.

Existe una clase de silencio con el que respondemos a los vicios, inclinaciones, desenfrenos de las personas allegadas. No tiene nada que ver con la censura. Shell permanecía muy quieta, miraba la nieve. Estaba entre la nieve y su madre, desconectada de ambas.

El locutor invitaba a todos los chicos y chicas a unirse al Caravan de la próxima semana para hacer un viaje a las lejanas tierras de Grecia.

«¿Es que somos unos perezosos? Anímese, miss Dainty...»

Shell tardó mucho en vestirse. La casa parecía muy vieja, poblada de espectros de viejas compresas, de ligas exhaustas, de hojas de afeitar usadas. Había descubierto la debilidad de los adultos sin ninguna de las crueldades de los niños.

Cuando su padre, que volvía sonrosado y jovial de un paseo por el bosque, besó a

su madre, Shell los contempló atentamente. Le apenaba el fracaso de su padre, comprendía que formaba parte de él como su pasión por las casas en miniatura y su amable interés por los animales.

Esto ocurría pocos años antes de que su madre comenzara a ejercer los derechos inalienables de la menopausia. Le dio por llevar un abrigo de pieles y gafas de sol en la casa. Primero empezó a insinuar, para después afirmarlo rotundamente, que había sacrificado su carrera de concertista de piano. Cuando se le preguntaba que en beneficio de quién, se negaba a contestar y bajaba el termostato de la calefacción.

El marido se tomaba a broma sus excentricidades, incluso aunque sus ataques a sus jóvenes hijas resultaran crueles a veces. La dejaba ser el bebé de la casa y le daba un beso como de costumbre antes y después de las comidas.

Shell lo quería por su manera de tratar a su madre, se consideraba afortunada por haberse criado en esa atmósfera de cariño conyugal. La paciencia del padre, sus besos, eran pequeños plazos de una deuda que él nunca podría pagar del todo.

La consecuencia negativa de este interludio neurótico fue la rivalidad entre Shell y su hermana. La madre la fomentaba y agudizaba con el finísimo instinto que desarrollan las personas que viven bajo un mismo techo para el dolor de los demás.

«Me es imposible precisar cuál de vuestros nacimientos fue más doloroso — reflexionaba—. Menos mal que no fuisteis gemelas.»

El padre de Shell la llevaba al colegio en coche todas las mañanas. Había sido idea suya mandar a las chicas a colegios diferentes. Eran las mejores horas del día para las dos.

Shell contemplaba el bosque a su paso. Sabía lo feliz que se sentía su padre, porque hubiera heredado su mismo amor a los árboles. Eso era más importante que su propio deleite y la introducía en un mundo de mujer.

El padre conducía muy atentamente. Debía de ser incapaz de volver la cabeza para mirarla, llevaba una preciosa carga. No debía acabarse de creer que tuviera nada que ver con ella, era tan bonita, y se preguntaría por qué creía lo que él le contaba. Cuando cumplió los dieciséis años le regaló un coche, un Austin de segunda mano.

El colegio era una continuación del hogar. Había muchos árboles y arbustos muy cuidados, edificios desgastados por el tiempo o edificios construidos para que pareciesen desgastados. La matrícula representaba una concentración impresionante de antiguas fortunas, de manera que nadie podía acusar de pretenciosas a las autoridades cuando disfrazaron la nueva residencia juvenil con una fachada de estilo americano primitivo.

El sistema de estudios no estaba concebido para producir artistas, revolucionarios o ceramistas. Una versión Wall Street del pequeño colegio construido en rojo enseñaba a las niñas a adornar la sociedad más que a cuestionarla o subvertirla.

Shell era formal. Se sentaba con un libro en el césped frente a la biblioteca y se estiraba la falda sobre las rodillas.

Puntualicemos que el vestido era blanco, y el libro, uno de los interminables

diálogos de Ivy Compton-Burnett, y que en esa época llevaba trenzas.

Si deseaba pensar en algo, dejaba cuidadosamente el libro y se apoyaba sobre un brazo; quizá volvía alguna página con el dedo, distraídamente.

Sabía que representaba algo inmortal, estaba segura. Era la joven frente al edificio. Su edad en primer lugar, su cuerpo de quince años, su cabello al viento intermitente, eran instrumentos para ensalzar aquel clima y aquellas viejas piedras. Ella lo sabía y por eso componía el rostro.

Debía permanecer inmóvil para que el hombre mayor y desconocido que pasara por el otro lado del patio, si miraba hacia donde estaba sentada, viera la cosa perfecta, la cosa quieta, la chica delante de la puerta defendida, la escena que exigía el corazón. Dependía de ella. Por eso estaba serena mientras el mundo estallaba en pedazos de plástico.

Le gustaba la luz horizontal del atardecer. Parecía proceder directamente de los arbustos y, durante unos preciosos minutos, de la tierra misma. Tenía que encontrar una manera de sentarse en esa luz.

## 2

Breavman estaba furioso. No quería mover la cama. Quería meterse en ella, hacer el amor y dormir.

Habían estado conduciendo todo el día. Breavman no sabía dónde estaban, probablemente en Virginia, y tampoco sabía el nombre del albergue.

La madera era color castaño y tras el empapelado medio suelto y con motivos circenses quizá se escondían siniestras chinches. Estaba demasiado cansado para que le importara. Durante las últimas cien millas, Shell había dormido con la cabeza en su hombro y él le reprochaba vagamente su defección de las pruebas penosas de la carretera.

«¿Qué nos importa dónde esté la maldita cama? A las ocho de la mañana estaremos fuera de aquí.»

«La moveré yo.»

«No seas tonta, Shell.»

«Podremos ver los árboles cuando nos despertemos.»

«No quiero ver los árboles cuando nos despertemos. Quiero mirar el techo sucio y llenarme los ojos de trozos de sucia vid de estuco.»

La fea cama metálica se resistía. No había cambiado de lugar a lo largo de generaciones de durmientes. Breavman imaginaba que debajo habría una capa algodonosa de polvo gris. Con un suspiro compareció en el otro extremo.

«Me había ofrecido a conducir yo», dijo ella para disculpar su energía.

Pero él no soportaba ser conducido a través de la noche, junto a un velocísimo conductor. Si tenía que encontrarse a sí mismo lanzándose a toda velocidad por una carretera, con los moteles de luz neón y las hamburgueserías deteniéndole absurdamente, como esas imágenes borrosas que siempre relampagueaban en su cabeza, quería encargarse él personalmente del caos.

«Además, tiene algo de irreverente mover estas cosas.»

Ella empujó con fuerza sus nudillos blancos en las barras metálicas.

A Breavman se le ocurrió de pronto que eran las manos de una monja, blancuzcas, enrojecidas por los quehaceres conventuales; él siempre había creído que eran muy delicadas. Igual ocurría con su cuerpo. A primera vista podía confundírsela con una maniquí de *Vogue*, alta, de pechos pequeños, angulosa y frágil. Pero luego sus muslos llenos y sus anchos hombros modificaban esta impresión y en el amor descubrió que montaba sobre una dulce suavidad. Las ventanas nasales de su rostro se ensanchaban lo bastante como para destruir la primera impresión de exquisita armonía y permitir la sensualidad.

Su gracia residía en algo muy estable, disciplinado y atlético que se da con frecuencia en mujeres que creen que no son bonitas.

Sí, pensaba Breavman; hubiera trasladado la cama con mi ayuda o sin ella. Ella es

la Carry Nation<sup>[15]</sup> de las Sucias Habitaciones Cursis y yo soy el borrachín mugriento que sonrío estúpidamente ante el montón de postales de las cataratas del Niágara. Ella aprendió a manejar el hacha hace trescientos años despejando un campo de Nueva Inglaterra para cultivarlo luego.

Ahora ya estaba la cama debajo de la ventana. Él se sentó y la llamó con las manos abiertas. Se abrazaron suavemente y con tal lentitud, que parecían estar esperando que se evaporaran los demonios generados en el silencio del largo viaje.

Por fin ella se levantó, un poco pronto, pensó él.

«Tengo que hacer la cama.»

«¿Hacer la cama? Está perfectamente hecha.»

«Quiero decir al otro lado. No vamos a ver nada.»

«¿Haces todo esto a propósito?»

Le sorprendió el odio de su propia voz. No se había evaporado nada.

Sus ojos lo miraron, tratando de abrirse paso. Tengo que leer lo que quiere decirme, amo tanto esos ojos, se dijo él en un pensamiento relámpago; pero la ira lo dominaba. Miró las maletas para amenazarla.

«Lawrence, estamos aquí. Ésta es nuestra habitación para esta noche. Concédeme cinco minutos.»

Se movía deprisa, una especie de danza de siega, de un lado a otro, y las sábanas volaban como si formaran parte de su vestido. Breavman sabía que sólo ella podía transformar la rutina en un ritual.

Ahuecaba las almohadas donde descansarían sus cabezas. Quitó una de las mantas y cubrió con ella un espantoso sillón, retocándolo con unos cuantos pliegues y dobleces. Dentro del armario colocó una mesita con servilletitas, un florero y una curiosa caja rota con un pájaro de pico de tijera concebido para sacar cigarrillos. Abrió el cesto de mimbre que él le había regalado y sacó los libros, que colocó cuidadosamente en la mesa grande contigua a la puerta.

«¿Qué vas a hacer con el lavabo? Hay grietas en la porcelana. ¿Por qué no quitas un par de tablones del suelo y lo metes debajo de la alfombra?»

«Si me ayudas...»

Le hubiera gustado arrancarlo de la pared y hacerlo desaparecer con un truco mágico, nada por aquí, nada por allá, un regalo para Shell. Y le hubiera gustado arrancarlo de sus mugrientas raíces y, manejándolo como una quijada, demoler completamente la habitación que ella había empezado a destruir.

Shell sacó el estuche de afeitar y su propia bolsa secreta de cosméticos que olían a limón. Abrió la ventana con ademán triunfante y Breavman oyó las hojas moviéndose en la noche de primavera.

Había cambiado la habitación. Podían tender sus cuerpos en ella, ya era suya, lo bastante buena para amar y hablar. No era que ella hubiese dispuesto un escenario en el que dormir cogidos de la mano, sino que había hecho que la habitación respondiera a lo que creía que su amor exigía. Breavman sabía que en esa respuesta no había nada

de él. Deseaba rendirle homenaje por haber construido un hogar y se odiaba a sí mismo por haberla querido zaherir.

Pero ¿no comprendía ella que él no quería tocar un cenicero ni mover una cortina?

Había una pequeña lámpara encendida. Ella se irguió en las sombras y se desnudó y luego se metió rápidamente bajo las mantas, estirándolas hasta la barbilla.

Esta habitación es mejor para ella, pensó Breavman. Cualquiera otra persona se lo hubiera agradecido. Se merecería un lecho de plumas de ganso con sábanas de encaje. No se lo puedo regalar porque no quiero el castillo que lo alberga, con mi divisa esculpida en la chimenea.

«Ven.»

«¿Apago la luz?»

«Sí.»

«Ahora es una misma habitación para ti y para mí.»

Se metió en la cama evitando cuidadosamente tocarla. Sabía que su humor precisaba un tratamiento. Como el que padece jaqueca crónica y se pone inseguro en manos del masajista que siempre lo cura, se estiró rígidamente a su lado.

Ella ya había visto así su cuerpo. A veces él desaparecía durante dos o tres días y cuando volvía su cuerpo estaba así, acorazado, distante.

A veces un poema lo catapultaba lejos de ella, pero había aprendido a acercársele, equipada con lo que él le había enseñado sobre su propio cuerpo y sobre su belleza.

Era un rechazo el estar donde él estaba, aceptar las paredes, el reloj, el número sobre el portal consabido, el familiar y limitado ser humano en la silla familiar y limitada.

«Te hubiera gustado todavía más sucia —dijo ella suavemente—. Hasta con cucarachas en el lavabo.»

«No salen nunca con la luz encendida.»

«Y cuando la apagas tampoco las ves.»

«Pero hay un tiempo intermedio —le dijo Breavman progresivamente interesado—. Vuelves a casa por la noche, enciendes la luz de la cocina y la pila es un enjambre negro. Desaparecen en segundos, no se puede descubrir dónde se meten y dejan la porcelana más brillante de lo que nunca imaginaste el color blanco.»

«Como el haiku de las fresas en el plato blanco.»

«Más blanco. Y sin música.»

«Hablas de tal manera que cualquiera diría que a duras penas hemos salido del peor de los suburbios.»

«Así ha sido, pero no me pidas que te lo explique porque sonaría como la tontería más grande de un burgués superprivilegiado.»

«Entiendo lo que dices y sé que estás pensando que no tengo la menor idea.»

Ella lo alcanzaría, estaba seguro. Lo descubriría para que pudiera empezar a amarla.

«El palacio forma parte del suburbio tanto como tu horrible lavabo. Quieres vivir en un mundo en el que se acaba de encender la luz y todo acaba de surgir de la oscuridad. Eso está muy bien, Lawrence, y puede ser incluso valiente, pero no puedes vivir allí siempre. Yo quiero construir el lugar al que vuelvas y descanses.»

«Haces un meritorio trabajo dignificando a un niño mimado.»

No se trataba de que las cosas se degradaran, de que las empresas del hombre fueran efímeras; él creía ver más allá. Las cosas estaban degradadas, las empresas estaban corrompidas en sí mismas, los monumentos estaban *hechos* de gusanos. Quizás ella era su camarada en la visión, en el conocimiento del extrañamiento.

«No querías tocar nada cuando entramos aquí. Sólo querías despejar un rinconcito para dormir.»

«Para hacer el amor», corrigió Breavman.

«Y me odiabas porque hacía la cama y la ponía donde pudiéramos ver los árboles, y escondía la horrible mesa vieja, porque todo eso significaba que no podíamos soportar la porquería, y nosotros teníamos que enfrentarnos con ella.» «Sí.»

Él encontró su mano.

«Y en realidad me odiabas porque te estaba obligando a ello y porque hubieras sido libre si hubieses estado solo, con la mañana a pocas horas de ti y el coche aparcado fuera.»

Dios, lo sabe todo, pensó volviéndose hacia ella y procurando que olvidara todo lo que él recordaba de ella.

### 3

Miss McTavish era alta, una hombruna graduada de Bryn Mawr<sup>[16]</sup> de la promoción del 21, y creía secretamente que era la única persona en toda América que comprendía de verdad la poesía de Gerard Manley Hopkins.

También creía que el mundo académico no era digno del verdadero de Hopkins y por ello se resistía a discutir sus propias teorías. La misma superioridad la mantenía apartada de las universidades. No quería complicarse en la gran conspiración pedante contra Vida y Arte.

La misma superioridad, más una grotesca nariz, la mantuvieron fuera del matrimonio. Sabía que un hombre lo bastante intenso, salvaje y alegre como para entrar en comunión con ella no podía dedicarse a la vida doméstica y con toda probabilidad ya estaría consagrado a la vida monástica o al montañismo.

Reservaba su pasión para los poemas que leía en clase. Incluso el estudiante más cínico sabía que algo muy importante estaba ocurriendo cuando más olvidada parecía estar miss McTavish de todos ellos. Shell escuchaba como una discípula, dándose cuenta de que los poemas eran más bellos porque miss McTavish tenía esa nariz tan divertida.

A miss McTavish le gustaba imaginarse que la biblioteca neogótica era su casa particular. Camino de los ficheros, flotaba sobre las cabezas inclinadas como una anfitriona presidiendo una fiesta.

Una tarde, bajo los altos vitrales, le dijo a Shell algo verdaderamente extraño. No se veían las figuras del cristal, sólo los separadores de plomo abollado. La luz de la habitación, grande y silenciosa, tenía un color como si la caoba fuera translúcida y hubiera sido utilizada como filtro. Era invierno y Shell tenía la sensación de que estaba nevando, aunque no podía asegurarlo porque no había visto la calle desde primera hora de la tarde.

«Te he estado observando, Shell. Eres la única aristócrata que conozco —la voz se estranguló—. Te quiero porque me gustaría haber sido como tú, es lo que siempre he deseado.»

Shell extendió la mano como si acabara de ver a alguien herido frente a ella. Miss McTavish se recuperó inmediatamente de aquel instante de confesión, cogió la mano extendida de Shell y la estrechó formalmente, como si las acabaran de presentar. Las dos hicieron varias reverencias apenas perceptibles y un observador exterior hubiera pensado que iban a empezar a bailar un minué. La misma imagen debió de ocurrírseles a ellas, pues se echaron a reír, aliviadas.

Estaba nevando. Sin hablarlo, acordaron salir a dar un paseo. Los pinos que rodeaban el patio eran oscuros, altos y estrechos como las ventanas de la biblioteca; anaqueles de nieve en las ramas los separaban de la noche, alineándolos en filas de esqueletos de pescado verticales.



Shell sintió que estaba en un museo de huesos. No se daba la impresión de estar al aire libre, sino que imaginaba hallarse en una extensión siniestra de la biblioteca. Y ya estaba haciendo acopio de su capacidad de compasión, pues presentía que iba a tener que utilizarla.

Miss McTavish silbó un trozo de cuarteto.

La pieza terminó en un jadeo.

«Nunca he hecho esto antes.»

Shell no se movió cuando sintió el beso en la boca y percibió el aliento masculino y alcohólico de su profesora. Intentó pensar más allá de este presente, llegar al bosque auténtico por el que pasaba en coche con su padre, pero no pudo.

«Ja, ja —gritó miss McTavish dejándose caer hacia atrás sobre la nieve—. Soy valiente. Soy muy valiente.»

Shell la creía. Era una mujer sobre la nieve, que se humillaba a sí misma. Tenía que ser valiente, como son valientes las monjas con cilicios y los marineros borrachos en la tormenta. La gente que se adentra en la desolación, los mendigos, los santos, llaman a los que dejan atrás, y sus gritos son más nobles que los de victoria de los generales. Shell había aprendido esto en los libros y en su casa.

No muy lejos había una carretera de segundo orden. Los faros de un coche taladraron el bosque, desaparecieron y comunicaron a la mujer y a la joven un renovado sentido del mundo exterior, un mundo regulador que, como Shell ya sabía, estaba diseñado contra lo extraordinario.

Miss McTavish había conseguido hundirse casi por completo en un socavón de nieve. Shell la ayudó a salir de allí. Se enfrentaron la una a la otra igual que habían hecho en la biblioteca. Shell sabía que su profesora hubiera preferido volver atrás en el tiempo, que no se hubieran producido ni la declaración ni el beso.

«Eres lo bastante mayor para que no te tenga que decir nada.»

A Breavman le sorprendió que Shell se escribiera todavía con ella.

«Una o dos veces por año», dijo Shell.

«¿Por qué?»

«Hasta que me fui del colegio estuve intentando convencerla de que no había perdido nada ante mis ojos y que seguía siendo mi apreciada y cotidiana profesora de inglés.»

«Conozco ese tipo de tiranía.»

«¿Me dejas que le mande tu libro?»

«Si tu idea de la caridad es aburrir a una erudita en Hopkins...»

«No es por ella.»

«Quieres terminar con esa obligación...» «Sí.»

«... para convertirte en lo que ella quería que fueras.»

«En cierto sentido. Tengo un rey.» «Ummm.»

No estaba muy convencido.

Cuando Shell tenía diecinueve años se casó con Gordon Ritchie Sims. Como aclaraba la noticia aparecida en *The New York Times*, él estaba terminando la licenciatura en Amherst<sup>[17]</sup> y ella era estudiante de primer año en el Smith<sup>[18]</sup>.

Fue padrino el compañero de habitación de Gordon, un devoto episcopaliano cuya familia de banqueros era de origen judío. Estaba medio enamorado de Shell y soñaba con una mujer del mismo tipo que garantizara y cimentara su integración.

Gordon quería ser escritor y cortejaba a Shell literariamente. Disfrutaba con las largas cartas que le escribía desde Amherst. Todas las noches, después de haber trabajado bastantes horas sobre su tesis, llenaba sus características cuartillas con membrete personal de promesas, amor y esperanzas, la pasión atemperada por un estilo que imitaba el de Henry James.

El correo se convirtió en parte del corazón de Shell. Elegía cuidadosamente el lugar en que leer esos larguísimos comunicados, que eran mucho más excitantes que los capítulos de una novela porque el personaje principal era ella.

Gordon evocaba un mundo de honor, orden y cultura, y el retorno al sistema de vida más simple, más exaltante, que ya los americanos practicaron una vez y que él, en virtud de su nombre y de su amor, se proponía resucitar con ella.

Shell amaba su seriedad.

Los fines de semana que había rugby practicaba la quietud al lado de Gordon, consintiéndose a sí misma los placeres de la devoción responsable.

Gordon era alto y de piel blanca. Las gafas de montura de carey daban una apariencia pensativa a un rostro que sin ellas hubiera sido simplemente soñador.

En los bailes, su quietud y el interés con que lo observaban casi todo daba la impresión de que eran «carabinas» más que participantes en la fiesta. Casi era de esperar que dijeran: «Nos gusta estar de vez en cuando con la gente joven, es tan fácil quedar desfasado.»

Junto a Gordon, Shell pasó directamente de la incipiente belleza juguetona de la adolescencia a esa especie de elegante senilidad tipificada por las reinas madre y las viudas de presidentes americanos.

Anunciaron sus nupcias en verano, tras una sesión de masturbación recíproca en el porche cubierto de la casa que los Sims tenían en Lake George.

Se casaron, e inmediatamente terminada su licenciatura, Gordon se marchó al servicio militar. Cuando lo acompañaba a la estación, Shell se dio cuenta de que él no la había visto nunca completamente desnuda, que había sitios que ni le había tocado. Intentó interpretarlo como un cumplido.

En los dos años siguientes apenas se vieron, algún fin de semana de vez en cuando, en los que él solía estar agotado. Pero sus cartas eran regulares e infatigables, por no decir inquietantes. Parecían amenazar la serenidad de una viudedad temporal

que Shell había sido capaz de aceptar casi por completo.

A ella le encantaba su ropa, que era oscura y sencilla. Le encantaban las frecuentes y largas visitas a casa de sus padres y de los de Gordon. Y encontró su lugar en el mundo: era la amante de un soldado.

Casi hubiera preferido no abrir los sobres. Intactos, abultados, sobre el tocador, formaban parte del espejo ante el que se cepillaba su largo pelo, parte del austero mobiliario colonial que iba comprando poco a poco.

Abiertas, no contenían lo que Gordon prometía. Se habían convertido en complicadas invitaciones al amor físico, llenas de aderezos, cremas, barras de labio, espejos, plumas, juegos donde el señuelo se encontraba en lugares íntimos.

Pero los fines de semana en que Gordon conseguía volver a su pequeño apartamento estaba demasiado cansado para hacer otra cosa que no fuera dormir y charlar e ir a pequeños restaurantes.

Las cartas no se mencionaban.

## 5

Shell creyó que tenía los pechos rellenos de cáncer.

El médico le ordenó que se pusiera la blusa.

«Eres una chica sana. Y encantadora.» Añadió que podía decirlo porque ya era viejo.

«Me siento tontísima. No sé cómo han desaparecido los bultos.»

Mientras tanto, Breavman estaba interno en la fábrica de poemas de Montreal, preparándose para convertirse en el Médico Absoluto de Shell.

## 6

Una vez terminado el servicio, decidieron trasladarse a Nueva York y tomaron un apartamento bastante caro en Perry Street, en el Village. Gordon consiguió trabajo en el *Newsweek*, en la sección de literatura, y el *Saturday Review* también le compraba algunos artículos. Shell se convirtió en la mano derecha de uno de los editores del *Harper's Bazaar*. Rechazó, no sin placer, muchas propuestas para trabajar de modelo.

Según sus amigos, tenían un apartamento muy artístico. Había un reloj de pie sin agujas, con entrañas de madera y rosas pintadas. Había un enorme armario de esquina con muchas vidrieras cuadradas en el que guardaban las bebidas y las copas. Les había costado mucho trabajo quitarle la pintura y barnizarlo.

Colgado sobre la mesa del comedor había un cuadro pintado por un aprendiz de retratista, representando un niño con un traje muy austero sobre un fondo negro, que garantizaba la dignidad de sus frecuentes fiestecillas.

Eran buenos chicos que se comían su crema helada de camarones y estaban a punto de asumir el control de los bancos, los periódicos, el Departamento de Estado y el Mundo Libre.

En una de estas reuniones, Roger, el antiguo compañero de habitación de Gordon, se las ingenió para hablar a solas con Shell. Estaba liberado por seis coñacs.

«Si alguna vez la cosa deja de funcionar —el movimiento de sus manos abarcó todo el triunfo acumulado en años de visitas a tiendas de antigüedades—, vente conmigo, Shell.»

«¿Por qué?»

«Porque te quiero.»

«Sé que me quieres, Roger —sonrió—. Y Gordon y yo te queremos. Lo que te preguntaba es por qué iba a dejar de funcionar.»

Shell sostenía una bandeja de plata vacía y él podía ver su rostro reflejado entre las migas.

«No te quiero cariñosamente, fraternalmente, no te quiero, viejo tiempo pasado, no te quiero, amiga mía de Sigma Chi.»<sup>[19]</sup>

Había hablado en broma; añadió seriamente: «Te deseo.»

«Lo sé.»

«Por supuesto que lo sabes.»

«No —dijo ella, agradeciendo la bandeja entre ambos—. No con su mejor amigo.»

«No puedes ser feliz.»

«¿No?»

Algo estaba mal en su traje, los pantalones tenían una caída fea, debería asesinar a su sastre, la cocina era demasiado pequeña, él no era elegante.

«Nunca te toca.»

«¿Cómo puedes decirme eso?»

«Me lo dijo.»

«¿Qué?»

«Le pasaba lo mismo en el colegio. No puede.»

«¿Por qué? ¡Dime por qué!»

Ahora lo más importante era saber. Aparentemente, Roger creía, por su formación comercial, que ella le pagaría con un beso. Se encontró de improviso con la nariz pegada a la bandeja de plata.

«No puede, eso es todo. No puede. No pudo nunca. Sois de risa, todos vosotros», añadió, manifestando su fondo auténtico.

¿Cómo es posible que alguien se tome en serio los rascacielos?, se pregunta Breavman. ¿Y qué si iban a durar diez mil años, y qué si el mundo hablaba americano? ¿Dónde estaba la satisfacción ahora? ¡Cada día la dádiva del padre pesaba más —historia, ladrillos, monumentos, nombres de calles— y mañana ya estaba destruida!

¿Dónde estaba la satisfacción? ¿Dónde estaba la guerra que haría de él un héroe? ¿Dónde estaban sus legiones? Había visto a mucha gente con números grabados en las muñecas, algunos de ellos destruidos, otros astutos y muy tranquilos. ¿Dónde estaba su verdadera prueba?

¿Tomar drogas, unirse a los enemigos de la policía, entregarse voluntariamente al crimen? ¿Corregir a América con la violencia? ¿Sufrir en el Village? Pero los campos de concentración eran vastos, inimaginables. Todos parecían descender hacia el hombre desde muy arriba. Y América era tan pequeña, una obra de hombres.

En su habitación de la World Student House, Breavman apoya los codos en el antepecho de la ventana y contempla el sol ígneo sobre el Hudson. Ya no es el río de basuras, depósito de condones, excrementos, veneno industrial, la ruta seguida por pesadas barcazas.

¿Hay algo que pueda hacer lo mismo con su cuerpo?

Debe haber algo escrito en el agua ardiente. Un testimonio divino. Un mapa pormenorizado del destino. La dirección de su esposa perfecta. Un mensaje que lo designa para la gloria o el martirio.

Su habitación está en la torre, al lado del pozo del ascensor, y se oye el pesado mecanismo de cables y pesas. Tan poderoso como el mecanismo de su mano hacia arriba y hacia abajo. El resplandor del Hudson es monótono. Una paloma se posa sobre la tumba de Grant. Entra frío por la ventana abierta.

Gordon y Shell hablaron. Gordon acogió con agrado la charla porque, una vez más, era una manera literaria de tratar el problema. Y puesto que habían etiquetado sus cuerpos ausentes como un problema y definido los límites de la situación, pudieron remendar su unión para que durase un poco más.

Como Gordon decía, tenían un hogar sólido, ¿por qué destruirlo porque no entraba en juego una de las habitaciones? Eran personas inteligentes que se amaban, seguro que habría alguna manera. Y mientras buscaban prudentemente una solución no debían descuidar el arreglo de las otras habitaciones.

Así, prosiguieron su ordenada existencia; verdaderamente aquello marchaba. Shell cambió de modista, Gordon orientó su política más a la derecha. Compraron un terreno en Connecticut con una cerca de ovejas incluida que pensaban conservar. Consultaron a los arquitectos.

Shell se había encariñado con Gordon. Tenía que acudir siempre a esta definición cuando examinaba sus sentimientos. Esto le producía malestar, porque no deseaba dedicar su vida a un cariño. No era el tipo de sosiego que quería. La elegancia de una pareja de baile emanaba directamente de la gracia originada en la dulce lucha de la carne. De otro modo era como un espectáculo de guiñol, algo espantoso. Empezó a concebir la paz como una secuela.

Ahora ella parecía tan cansada como él. Las pequeñas fiestas eran ordalías a las que había que enfrentarse. La casa se convirtió en un proyecto enorme. Tenían que ir al campo los fines de semana alternos y el tráfico de carretera era imposible. Y era mejor comprarlo todo ahora porque el año próximo habrían subido los precios. Los grandes objetos que compraban los almacenaban, pero el apartamento estaba atestado de moldes de bizcochos, moldes para hacer velas, bancos de zapatero, cubos de madera y una rueca que era demasiado frágil para perderla de vista.

Shell llegó a creer, en expresión metafórica de Gordon, que vivían ya entre ruinas y que la puerta cerrada era la única vía de entrada de la salud y el descanso. Pero Gordon se había empeñado en delimitar limpiamente el problema, no tanto para examinarlo como para esconderlo bajo tierra. No era uno de esos tipos apasionados y peludos, no era su manera de ser, casi se lo creía, a menos que, como todos nosotros, soñara. En sueños se hace realidad el hecho de que todas las grandes obras se llevan a cabo en ausencia de caricias.

Una mujer contempla su cuerpo con desagrado, como si fuera un aliado inseguro en la batalla de amor. Shell se estudiaba ante el espejo, que tenía un marco del siglo XVIII.

Era fea. Su cuerpo la había traicionado, sus pechos parecían huevos fritos. No tenía en cuenta lo que sabía de Gordon, su grado de responsabilidad en el fracaso. Era este fardo de carne, huesos y pelo que no podía dominar completamente. Ella era la



mujer, la flor del mal, ¿cómo iba a culpar a Gordon? Miraba el tamaño de los muslos: se desparramaban horriblemente cuando se sentaba. Gordon era alto, delgado, blanco; de piernas menos pesadas que las suyas. La cicatriz del apéndice era una cuchillada espantosa que arruinaba su vientre. Maldito médico carnicero. Había que perdonar a Gordon por no querer acercarse a una herida seca.

El deseo la hacía cerrar los ojos no ante Gordon, no ante un príncipe, sino ante el hombre de carne y hueso que la devolvería a su envoltura de piel y se sentaría a su lado bajo el sol del atardecer.

También sus amigas tenían problemas. Una brindó con su séptimo martini por el difunto macho americano. Shell no levantó su vaso; además, no le gustaban aquellos gallineros. La que había brindado se lamentaba de la carestía de aldeanos americanos y de guardabosques, y se quejaba de que los taxistas, los mozos de caballos, los lecheros habían cedido el sitio a los psicoanalistas y a los westerns psicológicos. A Shell no le consolaba el fracaso generalizado de los hombres.

¿Qué hacían las modistas? ¿Por qué todos esos miembros masajeados estaban contenidos en trajes costosos? Un masaje no es ninguna caricia. Los complicados peinados, las mangas cortas para enseñar los brazos, los ojos de niña rescatados con lápiz, ¿para qué? ¿A quién gustar? Muerte bajo el terciopelo. Las habitaciones cuidadosamente terminadas, los viejos diseños de papel de empapelar, el elegante mobiliario, la opulencia victoriana rescatada, ¿a qué estaba destinado todo eso? La base era errónea. La unión no se producía. Tenía que partir de los cuerpos entrelazados.

La bañera estaba llena. Shell amamantó su cuerpo en ella, doblando las rodillas y después extendiendo las manos sobre la superficie del agua como si fuera un calentador en una habitación fría; se deslizó de espaldas, mojándose incluso el pelo, completamente entregada al calor y al exquisito olor a limpio del jabón de limón.

La multitud ascendía rápidamente las escaleras de piedra. Quizá cuando llegasen al nivel de la calle sus vidas habrían cambiado, les esperarían calles doradas, hogares y familias diferentes.

Dos hombres caminaban más rápido y la multitud los dejaba pasar. Sus vidas no estaban en el exterior del túnel.

Breavman subía a velocidad distinta, estudiando los graffiti, preguntándose a cuál de aquellas secretarías podría librar de la rutina del trabajo para esa tarde. No tenía dónde ir. Había dejado de ir a las clases que tenía a esa hora desde que el famoso profesor había accedido a dejarle escribir la tesis sobre su propia obra breavmanesca.

«¡Alto!»

Cuando menos, aquello sonaba como un alto. Breavman se detuvo, pero la orden no iba dirigida a él.

«¡Hermano!»

Le hubiera gustado comprender aquel lenguaje. ¿Por qué había creído conocer la esencia de las palabras? Los dos hombres se pegaban en las escaleras y Breavman quedó arrinconado contra la pared. Consiguió sacar los pies con dificultad, como alguien atrapado en arena movediza.

Aquello duró un par de segundos. Se abrazaron fuertemente. Se oyó un gruñido cavernoso. Breavman no pudo precisar de cuál de los dos hombres provenía. Después, uno de ellos se levantó y echó a correr. La cabeza del otro pendía sobre el borde de un escalón, mucho menos erguida de lo que una cabeza suele estar. En la garganta tenía un largo y profundo corte.

Se oyeron gritos llamando a la Policía. Un hombre con aire de médico se arrodilló al lado del cuerpo, que ya estaba empapado en sangre, movió la cabeza filosóficamente, como para indicar que estaba acostumbrado a este tipo de cosas, se levantó y se fue. Su gesto había tranquilizado a la muchedumbre que ahora empezaba a congestionar el pasadizo, pero cuando se marchó se redoblaron los gritos llamando a la Policía.

Breavman pensó que debería hacer algo. Se quitó la chaqueta con la intención de taparle a la víctima no la cara, quizá los hombros. Pero ¿para qué? Esas cosas se hacen en casos de conmoción. Un tajo en la garganta no era ninguna conmoción. La sangre manaba blandamente sobre las escaleras del IRT en la confluencia de la calle Catorce con la Séptima avenida. A la una en punto de la tarde. Pobre matón piojoso. La corbata blanca, graciosamente anudada. Los zapatos blancos y marrones, de punta afilada y recién lustrados.

Breavman plegó la chaqueta sobre su brazo. Echársela encima podría implicarlo. La Policía querría saber por qué cubrió con ella un cadáver. Una chaqueta ensangrentada no es un buen recuerdo. Sirenas en la calle. La multitud comenzó a disolverse y Breavman se unió a ella.

Unas cuantas manzanas más abajo pensó que dos años antes sí lo hubiera hecho. Una pequeña muerte, como descubrir que ya no te cabe la ropa interior antigua o que ya no puedes hacer sonar la campana con el mazo de madera en la feria.

¿Por qué no pensaba en el hombre?

Dos años antes hubiera empapado la chaqueta, hubiera hecho el gesto e intervenido en el accidente. ¿Se estaba desvaneciendo el ritual? ¿Significaba esto un progreso en el alejamiento de la morbosidad?

Ante él apareció la imagen de las juventudes hitlerianas. Filas y filas de cabezas rubias desfilando delante del soldado asesinado. Introducían las banderas de la compañía en la herida y juraban. Breavman tragó bilis.

Persistía una cuestión oscura. ¿Quién era el hombre? A veces la cuestión se disimulaba con ¿dónde se compró los zapatos? o ¿desde qué esquina venía luciéndolos? ¿Quién era el hombre? ¿Era el que se dormía en el metro a las tres de la mañana vestido con un traje nuevo y con señales de arañazos en el blanco de los zapatos? ¿Les gustaba a las chicas su tónico capilar? ¿De qué miserable habitación había salido, reluciente como la madonna de plástico sobre su tocador? ¿Quién era el hombre? ¿A dónde iba, por qué fue la riña, dónde estaba la chica, a cuánto ascendía el dinero? Y el cuchillo, ¿en qué río fue arrojado y desde qué puente brumoso? Barry Fitzgerald y el policía novato querían saberlo todo.

¿Por qué no pensaba en el hombre?

Se apoyó en un cubo de basura y vomitó. Un camarero chino salió corriendo del restaurante.

«Vomite en la calle. Aquí viene la gente a comer.»

Vomitara libera el espíritu, pensó mientras se alejaba. Caminaba con todo su cuerpo, que de nuevo volvía a ser ligero, asequible a promesas atléticas. Estás lleno de veneno, lo tienes fermentando en cada bolsa, agujero y cavidad de tus entrañas, eres un fangal, y de pronto el milagro nauseabundo, ¡sluf! Y ya estás vacío, eres libre, comienza de nuevo tu segunda oportunidad fría y clara; gracias, gracias.

Los edificios, portales, aceras, grietas, árboles se recortaban con brillo y precisión. Él estaba donde estaba, todo él, junto a una tintorería, embriagado con el olor de los trajes limpios en bolsas de color marrón. No estaba en ninguna otra parte. En la ventana había un busto inmemorial de un hombre con una camisa de estuco desportillada y una corbata pintada encima. Breavman lo miró fijamente, pero no le recordaba nada. Se sentía inmensamente feliz de estar donde estaba. Limpio y vacío, tenía un lugar desde el que empezar, ese lugar determinado. Podía elegir cualquier otro sitio adonde ir, pero ni siquiera tenía que pensar en eso, porque estaba allí y cada inspiración libre y profunda constituía un principio. Durante un segundo vivió en una ciudad real, una ciudad con alcalde, basureros y registros estadísticos. Durante un segundo.

Vomitara libera el espíritu. Breavman recordó cómo se sentía. La papelería Fry's, comprando material escolar. Diez años. El nuevo año escolar ovillado como un

dragón destinado a ser conquistado por los afilados lápices amarillos Eagle. Gomas de borrar frescas, filas enteras de ellas, que exigían ser sacrificadas en aras de la pureza y de los premios a la Pulcritud. Montones de cuadernos deslumbrantes vacíos de faltas, más perfectos que lo Perfecto. Compases afilados, letales, conteniendo millones de círculos, demasiado agudos y sustanciales para los estuches de cartón que los contenían. Tinta de gente mayor, triunfos negros, errores indestructibles. Bolsas de piel para los viajes desde casa a clase, los brazos libres para las batallas con bolas de nieve y para los asaltos a los castaños. Clips sorprendentemente pesados en su cajita, reglas con señales tan importantes y complicadas como el tablero de mando del Spitfire, gruesas etiquetas de bordes rojos para ponerle tu nombre a cualquier cosa. Todas herramientas benignas, sin estrenar. Ningún cómplice todavía del fracaso. Fry's tenía un olor más fresco que el del periódico que se recoge en invierno tras haber oído el golpecito en el porche. Y él era el jefe de todos aquellos lugartenientes rutilantes.

Vomitara libera el espíritu, pero los jugos venenosos vuelven en seguida. Nueva York se perdió en la ciudad privada de Breavman. La gasa lo envolvió todo y como de costumbre tuvo que imaginar el contorno real de las cosas. No volvió a sentir la ligereza del aspirante olímpico. El busto de estuco pintado le recordó las estatuas religiosas de una ventana a pocas manzanas de allí. Eran chillonas, de plástico, fosforescentes, de aspecto jovial. El busto era viejo, sucio, el blanco era terroso, como el de una tobillera terapéutica. Intentó escupir el mal sabor de boca. La camisa de estuco, el cielo, la acera, todo tenía color de moco. ¿Quién era el hombre? ¿Por qué no conocía el folklore de Nueva York? ¿Por qué no recordaba aquel artículo sobre el tipo de árboles que plantaban en las ciudades, árboles resistentes que soportaban el aire contaminado?

Se equivocó de metro en la Séptima avenida. Cuando subió a la superficie notó que todo el mundo era negro. Era demasiado complicado salir de Harlem. Tomó un taxi para volver. En la World Student House el ascensorista, un puertorriqueño, condujo la máquina chirriante hasta el piso once. A Breavman le hubiera gustado entender la letra de la canción que el hombre cantaba. Decidió darle las gracias en español cuando saliera del ascensor.

«Cuidado con el escalón.»

«Gracias», dijo Breavman en perfecto inglés.

Antes de abrir la puerta sabía que iba a odiar su habitación. Era exactamente la misma que cuando salió. ¿Quién era el hombre? No quería mirar por la ventana hacia el lugar en que estaba el general Grant y señora, o Gabriel en el tejado de la Iglesia de Riverside, o el luminoso Hudson, ajeno y aburrido.

Se sentó en la cama, con la llave apretada en la mano derecha exactamente en la misma posición con que la hizo girar en la cerradura, y mordiéndose con las muelas la cara interna de la mejilla. En realidad, no estaba mirando la silla, pero era la única imagen que tenía en la mente. No movió ni un músculo durante cuarenta y cinco

minutos. Entonces pensó, invadido por una ola de pánico, que si no hacía un gran esfuerzo por levantarse se quedaría así para siempre. La criada lo encontraría helado.

Abajo, en la cafetería, el hombre que servía los pedidos con movimientos veloces le llamó para darle la vuelta.

«¿Lo echamos al bote, profesor?»

«No; lo necesito, Sam.»

«Mi nombre es Eddy, profesor.»

«¿Eddy? Me alegro de conocerte, Sam.»

Me estoy volviendo loco, pensó. Se sentía feliz hasta las lágrimas por este intercambio trivial de palabras. Se sentó en una mesa pequeña y sus manos ciñeron la taza de té, disfrutando de su calor. Fue entonces cuando vio a Shell por primera vez.

Qué buena suerte, estaba sola; pero no, había un hombre avanzando cuidadosamente hacia la mesa con una taza en cada mano. Shell se levanto y le cogió una. Tiene pechos pequeños, me encanta cómo va vestida, espero que no tenga dónde ir, rezó Breavman. Espero que se quede ahí sentada toda la noche. Miró a su alrededor. Todo el mundo la estaba contemplando.

Con el codo apoyado en la mesa presionó el rabillo de sus ojos con el índice y el pulgar, un gesto que siempre le había parecido presuntuoso. El coronel curtido firmando la orden que envía a los muchachos, a sus muchachos, a una misión suicida, y que después vemos petrificado ante la lista de bajas, todos los ayudantes se han ido a dormir, él está solo con sus mapas llenos de alfileres y a lo mejor plano encadenado de muchachos haciendo la instrucción, primer plano de sus rostros jóvenes.

Ahora estaba seguro. Era la primera cosa que aprendía sobre sí mismo desde hacía mucho tiempo. No quería mandar ninguna legión. No quería estar en ningún balcón de mármol. No quería cabalgar con Alejandro, ser un niño-rey. No quería descargar su puño sobre la ciudad, guiar a los judíos, tener visiones, amar a las multitudes, llevar una marca en la frente, mirar en todos los espejos, lagos y tapacubos para ver reflejada la marca. No, por favor. Quería consuelo. Quería ser confortado.

Cogió un puñado de servilletas del vaso, enjugó el exceso de tinta de su bolígrafo en el pico de una de ellas y garabateó nueve poemas, seguro de que ella seguiría allí mientras él escribiera. La punta del bolígrafo rasgaba las servilletas y no consiguió leer las tres cuartas partes de lo que había escrito; no es que valiera gran cosa, pero eso no tenía nada que ver. Se metió los restos en el bolsillo de la chaqueta y se levantó. Estaba armado de amuletos.

«Perdone», le dijo al hombre que la acompañaba, sin mirarla.

«¿Sí?»

«Perdone.»

«¿Sí?»

A lo mejor lo digo diez veces más.

«Perdone.»

«¿Puedo servirle en algo?» Mostrando una ligera irritación. El acento no era americano.

«Me permite..., quisiera decirle algo a la persona que está con usted.» El corazón le latía tan fuerte que creyó que los latidos se transmitían como las señales horarias que preceden a las noticias.

El hombre le dio permiso moviendo hacia arriba la palma de la mano abierta.

«Es usted maravillosa, pienso.»

«Gracias.»

Ella no lo dijo exactamente, su boca formó la palabra mientras dirigía los ojos hacia sus manos entrelazadas en el borde de la mesa en actitud de colegiala.

Después Breavman salió de la sala agradecido de que fuera una cafetería y ya hubiera pagado la consumición. No sabía quién era ella ni lo que hacía, pero no tenía la menor duda de que volvería a verla y la conocería.

Shell tuvo un amante al final de su quinto año de matrimonio. Poco tiempo después de comenzar su nuevo trabajo. Era consciente de lo que hacía.

Las conversaciones con Gordon habían fracasado. Él estaba más que dispuesto a hablar. Shell quería que los dos fueran al psiquiatra.

«Por Dios, Shell.» Le dedicó una sonrisa paternal, como si fuera una adolescente recitando el *Rubaiyat* con excesivo convencimiento.

«Te lo digo de verdad. Nos lo cubre el seguro.»

«No creo que sea necesario», declaró suavemente, dando a entender que era lo más ultrajante que le habían dicho jamás.

«Yo sílo creo.»

«He leído a Simone de Beauvoir —declaró Gordon de buen humor—. Sé que el mundo no es benévolo con las mujeres.»

«Estoy hablando de nosotros. Por favor, hablemos. No dejemos pasar otra noche.»

«Un momento, cielo.» Sabía que en este preciso instante lo estaba retando para un encuentro solemne. Sospechaba que iba a ser la última vez que se dirigiera a él de esa manera. También sabía que no había nada en su interior a lo que pudiese recurrir para ir a su encuentro. «No creo que nuestra vida en común pueda calificarse de catastrófica.»

«No quiero calificarla de nada, quiero...»

«Hemos tenido mucha suerte.» En su alarde de humildad iba incluido el apartamento, el armario lleno de vestidos de Shell, los planes para el segundo piso de la casa que reposaban sobre el escritorio y a los que él estaba ansioso de volver.

«¿Quieres que te dé las gracias?»

«No era necesario decir eso.» Le dejó entrever que estaba enfadado hablando con una ligera entonación británica. «Procuremos comprender el proceso del matrimonio.»

«¡Por favor!»

«No te pongas histérica conmigo. Vamos, Shell, no seas chiquilla. Un matrimonio cambia. No puede ser siempre pasión y promesas...»

*Nunca lo fue.* Pero ¿de qué serviría gritar esa frase? Gordon estaba haciendo la novela de una tormenta anterior de carne y violencia a partir de la cual habían madurado. Lo creía o deseaba que ella lo creyese. Ella nunca le perdonaría esa falta de honestidad.

«... que tenemos ahora vale muchísimo.»

De pronto, Shell no quiso médicos, no quiso salvar nada. Mientras hablaba lo miraba con esa terrible atención inquisitiva que puede convertir en extraño a un compañero de cama. Gordon notó que le estaba hablando desde muy lejos. Ella era un reportero novato en la rueda de prensa. Era demasiado tarde para el fácil murmullo

conyugal o el silencio íntimo. Él sabía que ella fingía estar de acuerdo y le agradeció esta simulación. ¿Qué otra cosa podía hacer Shell? ¿Llorar? ¿Quemar la casa? Estaba en una habitación con él.

Después ella dijo: «Bien, ¿dónde ponemos el tabique?», y se inclinaron sobre los planos de la casa, jugando a las casitas.

Breavman rebobina esta escena muchas veces. Shell se la contó un año más tarde. Los ve a los dos acodados sobre el escritorio encerado, de espaldas a él, y se ve a sí mismo en un rincón de la habitación de estilo antiguo, contemplando el increíble cabello, esperando a que ella sienta su mirada, se vuelva, se levante, venga hacia él mientras Gordon trabaja con su afilado lápiz diseñando el cuarto de baño y la bofetada insultante de un cuarto para los niños. Shell viene hacia él, hablan en voz baja, ella mira hacia atrás, se van. En algunas de las versiones él dice: «Shell, siéntate en silencio, construye la casa, ponte fea.» Pero su belleza le hace ser egoísta. Tiene que venir con él.

Cuando Shell decidió cambiar de trabajo, Gordon pensó que era una buena idea. Se sentía contenta por volver al ambiente académico. Gordon dijo que era como buscar las huellas perdidas. Podía volver a determinar su rumbo. Sencillamente, Shell no se sentía capaz de permanecer un día más en el *Harper's Bazaar*. Viendo trajes, cuerpos fríos.

Una amiga hacía trabajo voluntario en la World Student House, un par de tardes por semana, como anfitriona de los té para estudiantes extranjeros, ocupándose de la decoración, representando a América con su sonrisa más encantadora ante los futuros ministros de las repúblicas de raza negra. Le dijo a Shell que había un puesto vacante en el Departamento de Actividades Recreativas. La solicitud y las entrevistas no pasaron de ser puro formalismo, porque un amigo de su familia era director y benefactor de la organización. Se trasladó a una agradable oficina color verde, decorada con reproducciones de la Unesco, que daba al Riverside Park, casi la misma vista que tenía Breavman, pero contemplada desde más abajo.

Hacía bien su trabajo. El Guest Speakers Program, el Sunday Dinner Program, el Tours Program salían mejor que nunca. Se reveló como una experta organizadora. La gente la escuchaba. Quizá no habían imaginado que una criatura tan encantadora pudiera hablar con tanto sentido común. Nadie quería defraudarla. El éxito la dejó aterrada. Quizás estaba destinada a esto, no a amar ni a vivir con nadie. Sin embargo, le gustaba trabajar con estudiantes, reunirse con gente de su misma edad que estuvieran planeando y empezando sus carreras. Entró de lleno en una atmósfera primaveral, se descubrió a sí misma haciendo planes.

Era extraño lo cerca que se sentía de Gordon. La construcción de la casa era fascinante. Le interesaban todos los detalles. Alquilaron una camioneta para cargar unos entrepaños de un viejo hotel de las afueras que estaba siendo demolido. Gordon veía su estudio en madera de roble. Shell sugirió una pared de madera para la sala de estar y las otras tres en ladrillo descubierto. A ella misma le desconcertó su interés.



Luego se dio cuenta de que en realidad estaba dejando a Gordon. Su interés era del mismo tipo que el que se manifiesta por un primo junto al cual se ha crecido y al que no se espera volver a ver en mucho tiempo. Uno se excita queriendo saberlo todo de la familia... durante un rato.

Cuando se acostó con Med se trataba sencillamente de la firma al pie de una carta de despedida que había estado escribiendo durante cerca de un año.

Era un profesor del Líbano que visitaba Nueva York, un joven muy guapo, experto en estas materias, que en la intimidad le confesaba a su compañera que lo que más le atraía de la vida académica era la constante proximidad de «cosillas deseables». Medía más de metro ochenta, delgado, pelo negro cuidadosamente alborotado y echado hacia atrás, ojos negros algo estrábicos, siempre como si estuviera contemplando extensiones de arena donde realizar grandes hazañas. Era un T. E. Lawrence beduino con acento de Oxford y exquisitas maneras teatrales. Intentaba sacar partido de un modo tan evidente, estaba tan cautivado por su propio encanto y por su indiscutiblemente bella apariencia, tan dedicado a su vocación, y era tan presuntuoso, que resultaba delicioso.

Shell dejó que la cortejara con su extravagante estilo durante tres semanas. Él no estaba del todo en forma, porque realmente la consideraba una belleza, y eso obstaculizaba el perfecto desarrollo de su técnica.

Le regaló un broche de filigrana en forma de cimitarra que aseguraba había pertenecido a su madre, y que Shell no hubiera aceptado si no hubiese estado segura de que viajaba con una maleta llena. Aceptó un camisón negro y transparente como los que se anunciaban en la contraportada de *Playboy* y que él creía en serio que era la ilusión de toda chica americana. Shell pensaba que su ingenuidad era encantadora.

Privada durante tanto tiempo del dulce mandato sexual, o más exactamente, sin haberlo conocido nunca, ahora reivindicó celosamente su derecho a hartarse. Y como él era tan encantador, tan absurdo, nada de lo que ella hiciera a su lado podía ser serio o importante. Lo que Shell sabía que iba a ocurrir podía no haber ocurrido. Excepto que necesitaba la dinamita del adulterio para hacer estallar su vida, para volar la casa en construcción.

¿De quién eran esas caderas por las que se deslizaba el frívolo traje negro?

Shell veía su pelo a través de la tela.

En el espejo del baño de un hotel del Broadway alto. Un espejo de bordes redondeados, con marco metálico. ¿De quién es ese cuerpo?

Med había reservado la habitación para una semana. La semana crítica. Nunca se había gastado tanto dinero en una aventura.

El cuarto de baño estaba luminosamente limpio. Ella había temido encontrar una bombilla colgando de un cordón, la porcelana rajada, pelos en la pastilla de jabón usado. ¿*Esto es Shell?*, inquiría aturdida por su imagen, no porque quisiera saber o incluso abordar siquiera el tema, sino porque esa pregunta era la única forma que podía asumir su honestidad.

Al principio, Med no pudo hablar. Había cometido un error: podía haberse enamorado de verdad; el error más doloroso para un hombre de su carácter, que sucede una o dos veces en la vida y destroza el corazón. La habitación estaba en penumbra. Había dispuesto las luces y sintonizado la emisora de música clásica en su transistor. Ella parecía crear su propio silencio, la propia sombra en la cual situarse. No formaba parte del decorado de Med.

«¿No es la Quinta?», dijo él por fin.

«No lo sé.»

Sabía qué sinfonía era. Su frase respondía a la pregunta delante del espejo.

«Yo creo que sí. La, la, la, la, la, la. Sí, sí es.»

Shell deseaba que empezara.

No sentía ningún deseo. Eso la complacía y le dolía al mismo tiempo. El deseo lo almacenaría para un amante. Med no era su amante. El deseo hubiera hecho importante lo que hacía y no era importante, no debía serlo. Un arma sí, pero no una noche especial de su corazón. No con ese payaso. Sin embargo, y por eso le dolía, él era un hombre, y sin duda ella ansiaba sencillamente que alguien la abrazara después de tanto tiempo. Había soñado con el amor, con morder, con rendirse, pero lo único que sentía ahora era interés. ¡Interés! A lo mejor Gordon era su auténtico compañero, después de todo.

Med disponía de una vista de mirón para recorrer el cuerpo de ella y excitarse.

Shell estaba fascinada de ver a un hombre abrumado de deseo.

Shell, grita Breavman cuando oye lo del hotel, cuando ella se lo cuenta con la voz que utiliza siempre que necesita contárselo todo. Shell, escapa. Llena de flores la fuente de piedra. Tú no con el Tonto Experto, en una habitación como las que construyeron los Breavman. Tú no, que llevabas vestidos blancos.

Cuando Med se tendió a su lado, catalogando en silencio lo que había cosechado, Shell sucumbió ante una oleada de odio que hizo rechinar sus dientes. No sabía a qué era debido. Primero pensó que Med era demasiado simple. Además, por primera vez desde que lo conocía, él parecía auténticamente triste, no teatralmente melancólico. Supuso que se estaba paseando por un museo de formas femeninas muertas. Con aire ausente le acarició la nuca. Intentó odiarse a sí misma, pero lo único que consiguió fue odiar su estúpido cuerpo. ¡Odiaba a Gordon! Estaba aquí por su culpa. No, no era verdad. Pero de todos modos lo odiaba, y esta verdad le hizo abrir los ojos, enormes en la oscuridad.

Se examinó a sí misma mientras se vestía. Su cuerpo parecía el de una gemela, interesante y extraño, una excrecencia que no le pertenecía, como una verruga en un dedo.

Breavman se muerde el labio mientras escucha.

«No debería decirte esto», dice Shell.

«Sí.»

«No era yo. No era el yo que tú tienes ahora.»

«Sí que lo era. Lo es.»

«¿Te duele todo esto?»

«Sí», dice besándole los ojos. «Tenemos que darnos todo el uno al otro. Incluso los momentos en que somos cadáveres.»

«Entiendo lo que quieres decir.»

«Sí, lo sé.»

Si siempre soy capaz de descifrar eso, piensa Breavman, entonces no nos puede ocurrir nada.

Armada con su traición, Shell se acercó a su marido.

Se necesitan armas para cazar a los que están cerca. Hay que utilizar acero extranjero. El mundo del hogar conyugal es demasiado esponjoso, demasiado familiar. El dolor, presente en abundancia, es absorbido. Hay que introducir otros mundos para romper el entumecimiento.

Gordon estaba echando agua caliente en una cesta de fresas. Él ya sabía que ocurriría así. Auden lo había dicho. Tras las primeras palabras de Shell pareció no seguir oyendo. Siempre supo que ocurriría de esa manera.

Dijo «ya» y «claro que comprendo» y «ya» varias veces más. Mantenía la mano entre el agua fría y la caliente. Conservar intacto el envoltorio de color cobró una importancia enorme.

Y de repente ella le estaba dejando. Y la vida de él estaba cambiando también en ese momento.

«Quiero vivir sola durante algún tiempo.»

«¿Algún tiempo?»

«No sé cuánto.»

«En otras palabras, durante mucho tiempo.»

«Quizá.»

«En otras palabras, no tienes intención de volver.»

«No lo sé, Gordon. ¿No ves que no lo sé?»

«No lo sabes, pero tienes una idea bastante clara.»

«Basta, Gordon. No conseguirás nada por ese camino. Nunca lo has conseguido.»

En ese momento, Shell se dio cuenta de que cuando había empezado a hablar no pensaba abandonarle, sino darle una última oportunidad.

«Quédate.»

Cerró el grifo, empujó la cestilla con decisión hasta un rincón de la pila como si fuera un peón de ajedrez y se secó las manos. Habló con un tono de voz muy feo. Sus palabras no llegaban a ser una súplica y eran más que una propuesta.

«Quédate. No rompas nuestro matrimonio por esto.»

«¿Significa tan poco?»

«Las mujeres tienen amantes», dijo él sin filosofía.

«Estuve con un hombre», dijo Shell incrédulamente.

Pero quería que aquello fuera el fin del mundo. Quería ostentar una señal en la

frente que demostrara que la unión estaba podrida. Era difícil que se diera cuenta de que él estaba luchando por su vida. Ella interpretó sus palabras como parte de su afrenta diaria. Lo que él pretendía ahora era formalizar el desastre.

«No me interpondré. No te haré preguntas.» «No.»

Gordon pensó que ella estaba regateando.

«Te desahogará. Ya lo verás, aguantaremos el temporal.»

«¡No!»

Él nunca supo a qué correspondía ese «no».

Incluso los hombres de poca imaginación pueden imaginar lo peor a veces. Por eso, a Gordon no debió sorprenderle realmente verla haciendo las maletas, ni oír cómo discutían los dos sobre quién se quedaba tal escritorio o tales candelabros, ni encontrarse a sí mismo telefoneando a los transportistas para ahorrarle a Shell la molestia. Durante muchos años fue consciente de que no la merecía; era cuestión de tiempo. Ahora estaba sucediendo y él ya tenía pensado de antemano su caballeroso papel.

Shell fue a ver a sus padres a Hartford. Los dos solos vivían aún en la gran casa blanca. Oficialmente deploraron la separación e hicieron votos para que volviera pronto a su marido y a la cordura. Pero tuvo una larga charla con su padre cuando paseaban por la propiedad. El verde de las hojas se debilitaba, pero todavía no se habían puesto a brillar. Shell se asombró de lo fácilmente que podía hablar con él.

«No tenía ningún derecho», fue lo único que dijo de Gordon, pero el que hablaba era un guapo anciano que había llevado una vida viril, y eso fortificaba a Shell.

Él la dejó hablar, invitándola con su silencio y los senderos que elegía. Cuando terminó le habló de los primeros brotes de algunos árboles que había plantado.

No pudo evitar el sentimiento de que su madre consideraba la ruptura como un siniestro triunfo de la herencia, como la hemofilia de un niño de familia real que parecía excesivamente saludable.

Tuvo la suerte de encontrar un pequeño apartamento de alquiler en la calle Veintitrés. No quería vivir muy lejos del Village. Se componía de una sola habitación, a más de la diminuta cocina, el cuarto de baño y el vestíbulo. Colocó el reloj de pie en la entrada de la habitación principal. Pintó las paredes de color de espliego y colgó en las ventanas cortinas transparentes del mismo color, que parecía hacer más etérea la luz, afinarla, y perfumar la atmósfera con tonos frescos.

No era su casa, de la misma manera que su cuerpo no era su cuerpo. Simplemente vivía en ellos. Se contemplaba a sí misma deambulando entre los bellos objetos. No creía ser la mujer adecuada para tener un buen trabajo o abandonar a un marido o tener un amante. Todo eso la horrorizaba.

No volvería a ver a Med, desde luego, y una tarde le explicó por qué en una cafetería. No estaba hecha para una aventura menor. La conversación fue interrumpida por un joven cuya curiosa declaración la conmovió irracionalmente.

Breavman pensaba en ella todo el tiempo, pero no la deseaba sexualmente. Esto era nuevo. Imaginaba su presencia sin nada de codicia. Estaba viva, su belleza existía, se ponía los guantes o se echaba hacia atrás el pelo o contemplaba una película con sus enormes ojos. No deseaba destrozar al escenario de su fantasía y rescatarla de la oscura ficción. Ella estaba allí. Estaba en la ciudad, o en alguna ciudad, en algún tren, en algún castillo o en alguna oficina. Sabía que sus cuerpos se movían a la par. Eso era lo mínimo.

No se imaginaba como amante. Sabía que estarían boca sobre boca, más felices, más seguros y más salvajes que nunca. Uno de los consuelos de la mera existencia de ella era que no necesitaba hacer planes.

Una vez o dos se dijo que debía buscarla, preguntar a la gente. Pero no era necesario. Estaba dispuesto a rendirle homenaje tanto si la volvía a ver como si no. Igual que un héroe wordsworthiano, no deseaba hacerla suya.

Ni siquiera recordaba su cara perfectamente. No la había estudiado al detalle. Había bajado la cabeza y garabateado poemas de servilleta. Ella era lo que esperaba, lo que había esperado siempre. Era como volver a casa de noche tras un largo y fatigoso viaje. Te quedas un minuto en el vestíbulo. No enciendes la luz. Él no tuvo que examinar sus rasgos. Pudo lanzarse a alabarla a ciegas una vez que la primera mirada desarmada había respondido de su belleza.

Fue la última vez que Breavman abandonó las rígidas y duras promesas que apenas podía enunciar. No escribía nada. Se suspendió en el presente. Leyó un informe sobre la arquitectura de la ciudad de Nueva York y quedó sorprendido por su capacidad de concentración e interés. Atendía en las clases sin pensar en la ambición del profesor. Fabricó una cometa. Paseaba por el Riverside Park sin desear a las niñas solitarias ni imaginar el destino de los niños a partir de sus juegos de carreras. Los árboles estaban bien como estaban, perdiendo las hojas, con sus ignorados nombres latino y común. No anidaba mucho terror en las ancianas de abrigos negros y medias de hilo que se sentaban en los bancos de Broadway alto, ni en los vendedores mutilados de lápices y vasos de plástico. Breavman no había estado nunca tan tranquilo.

Pasaba muchas tardes en la sala de música de la World Student House. Gruesa alfombra azul, paneles de madera, mobiliario pesado y oscuro y un letrero que rogaba silencio. La colección de discos era simplemente correcta, pero significó un auténtico descubrimiento para él. Antes no había escuchado realmente la música. Había sido un telón de fondo para la poesía y la conversación.

Ahora oía a otros hombres. ¡Cómo hablaban! Aquello hacía que su propia voz empequeñeciera, y que su cuerpo se reuniera con el de las multitudes del mundo. Ninguna imagen aparecía mientras escuchaba, nada que pudiera robar para sus páginas. Era el paisaje de ellos, y él sólo un huésped.

Seguía la flauta en un cuarteto de Schubert. Ascendía, regresaba y subía de nuevo, arrojada y acogida por las poderosas cuerdas bajas. Shell abrió la puerta, entró en la habitación y se volvió de nuevo hacia la puerta para cerrarla silenciosamente. Cruzó rápidamente por la mullida alfombra y se sentó en un sillón al lado de las ventanas francesas, a través de las cuales podía ver el parque que iba oscureciendo, los muros, la calle.

Breavman observó cómo intentaba relajar el cuerpo para transformarse en una niña que escucha su cuento favorito. Pero sus manos apretaban los brazos de madera labrada y durante una centésima de segundo fue como si estuviera sufriendo el tormento de la silla eléctrica. Después se arrellanó y se dispuso a aniquilarse en la melodía.

Algunas mujeres poseen la belleza como poseen un coche deportivo o un caballo pura sangre. La conducen corriendo a todas las citas y conceden entrevistas desde la silla. Las más afortunadas sufren pequeños accidentes y aprenden a andar por la calle porque nadie quiere escuchar a una vieja dama arrogante. Algunas mujeres tienen musgo sobre su belleza y de vez en cuando algo lo arranca —un amante, un embarazo, quizás una muerte— y se trasluce entonces una increíble sonrisa, profundos ojos felices, piel perfecta, pero eso es temporal y pronto reaparece el musgo. Algunas mujeres estudian y falsifican la belleza. Se han creado industrias para servir a esas mujeres, y los hombres han sido condicionados para favorecerlas. Algunas mujeres heredan la belleza como una característica familiar y aprenden a valorarla lentamente, como el vástago de una gran familia se enorgullece de su barbilla insólita porque la han lucido tantos hombres distinguidos. Y algunas mujeres, pensaba Breavman, mujeres como Shell, la crean con el tiempo, y más que sus caras lo que cambia es el aire que las rodea. Rompen con las viejas reglas de la luz y no pueden ser interpretadas ni comparadas. Hacen originales todas las habitaciones.

Le pareció que ella estaba sufriendo algún problema o, más bien, alguna derrota. La delicadeza que aparentaba parecía rebelarse y escapar de ella, como a veces un poema se muestra salvaje e incontrolable bajo la pluma. Esto no transformó su admiración. Lo que ella creaba era siempre importante. No se atrevería a entrometerse en eso. Pero a lo mejor podía desempeñar un papel consolándola.

Ella lo reconoció y sostuvo su mirada porque sabía que era la mejor manera de encarar al seductor profesional, pero inmediatamente percibió que no había nada en sus ojos que intentara hacer de ella un instrumento indiferente, un objeto. Sencillamente, estaba siendo adorada. Por alguna curiosa razón se acordó de un traje que tenía cuando iba al colegio y deseó vagamente llevarlo puesto ahora o saber dónde había ido a parar. Él tenía la cabeza inclinada, estaba sonriendo. Está dispuesto a contemplarme toda la noche, pensó ella. Sin hablar, sin preguntar nada. Se preguntó quién sería. El rostro era joven, pero tenía unas líneas inusualmente profundas desde la nariz a las comisuras de la boca. Era como si allí estuviera registrada toda su experiencia. La boca hubiera sido demasiado llena y sensual, como esos labios

gordos, idiotas y besucones de los dioses hindúes, a no ser por las líneas disciplinarias.

Bueno, ¿qué estaba haciendo allí pensando en sus labios? ¿Y qué estaba haciendo en aquel sillón sentada tan inmóvil para él? Debería estar en su apartamento, pensando, considerando su futuro, aprendiendo un idioma, ordenando las cosas o haciendo lo que se supone que todo aquel que vive solo hace cuando vuelve a casa por la noche.

Se dio cuenta de que así era como le hubiera gustado ser contemplada años atrás, con música, delante de una ventana, con luz tamizada por la vieja madera.

Dentro de poco no podría distinguir los ladrillos de los muros o la valla de hierro que cercaba los arbustos. Las aceras estaban nacaradas y, aunque no podía verlo, sabía que el sol estaba tirando de la oscuridad mientras se ponía tras las colinas de bordes rosados de Nueva Jersey. ¿Es que él no se iba a mover nunca?

Cerró los ojos y siguió sintiendo su mirada. Tenía la fuerza de la alabanza indefensa. No apelaba a su belleza, sino a ella misma para que se deleitara en su propia belleza, lo que es más comprensible y más humano, y a ella le gustaba contemplar el placer que proporcionaba. ¿Quién era el hombre que le provocaba esta sensación? Abrió los ojos y le sonrió su curiosidad. Él se levantó y se dirigió hacia ella.

«¿Te vienes conmigo?»

«De acuerdo.»

«Es casi de noche.»

Salieron de la habitación silenciosamente. Breavman cerró la puerta con cuidado. Se dijeron el nombre entre susurros y se echaron a reír cuando se dieron cuenta de que podían hablar en voz alta.

Pasaron una y otra vez por el espacio de cemento que se extiende ante la tumba de Grant. Se respira cierta formalidad en esa zona; de noche podría ser el jardín privado de un amigo ilustre.

«Los Grant son unos anfitriones excelentes», dijo Shell.

«Se retiran muy temprano por la tarde», afirmó Breavman.

«¿No crees que su casa es un poquito pretenciosa?», preguntó Shell.

«Eso es demasiado amable. ¡El vestíbulo parece un condenado mausoleo! —dijo Breavman—. Y dicen que bebe.»

«También bebe ella.»

Se cogieron de la mano y descendieron corriendo por la colina. Las hojas crujientes se quebraban bajo sus pies y ellos buscaron los montones formados por el viento para pisotearlas. Después contemplaron el veloz tráfico de la carretera allá abajo, las luces de infinitos coches. Sobre el Hudson había otras luces: el collar del puente de George Washington, las barcazas de lento navegar y la señal del Alcoa en el agua. El aire era claro, las estrellas grandes. Ambos estaban juntos y lo heredaban todo.

«Debo irme ya.»

«¡Quédate esta noche conmigo! Iremos al mercado de pescado. Hay grandes y nobles monstruos metidos en hielo. Hay tortugas vivas para los grandes restaurantes. Rescataremos una, escribiremos mensajes en su concha y la dejaremos en el mar, Shell, concha marina<sup>[20]</sup>. O iremos al mercado de hortalizas. Compraremos bolsas de rejilla roja llenas de cebollas que parecen perlas enormes. O iremos a la calle Cuarenta y dos y veremos diez películas y compraremos un boletín mimeografiado con los trabajos que se pueden conseguir en Pakistán...»

«Trabajo mañana.»

«Lo cual no tiene nada que ver con esto.»

«Pero es mejor que me vaya ahora.»

«Sé que es insólito en América, pero te acompañaré casa.»

«Vivo en la calle Veintitrés.»

«Exactamente lo que deseaba. A más de cien manzanas de aquí.»

Shell se cogió de su brazo, él apretó el codo contra su mano y los dos formaron parte de un único movimiento, una especie de agradable bestia siamesa que podía recorrer diez mil manzanas. Shell retiró su brazo poco después y él se sintió vacío.

«¿Hay algo que no marcha?»

«Estoy cansada, supongo. Ahí hay un taxi.»

«Explícamelo en un segundo antes de que subamos al coche.»

Shell pensó que era demasiado difícil de explicar. Si se lo decía lo iba a considerar como una perfecta necedad de hembra posesiva. No quería pasear cogida de esa manera con cualquiera. ¿Es que él se le tenía que declarar cuando la conocía desde hacía sólo unas horas? Ni siquiera ella misma sabía lo que quería; era un extraño. De una sola cosa estaba segura. No podía quedarse en los detalles secundarios.

«Estoy casada», fue todo lo que dijo.

Él estudió su rostro. Era una tentación aislar su belleza de los prosaicos problemas humanos. Todas sus expresiones eran tan maravillosas que ¿qué importaba lo que las provocase? ¿No eran perfectos sus labios cuando temblaban? Entonces recordó el dolor que había intuido en ella cuando estaba sentada delante de la ventana. Sacudió la cabeza y respondió:

«No, no creo que lo estés.»

Llamó a un taxi y, antes de que pudiera tocar el cierre de la portezuela, el taxista se inclinó y la abrió. Times Square fue una brusca invasión de luz. Venas azules aparecían en la piel de sus caras y manos y en la calva del conductor. Agradecieron la relativa oscuridad de la Séptima avenida. Todavía no se conocían lo bastante para disfrutar de la fealdad.

Le ordenó al taxista que esperase y la acompañó hasta el ascensor.

«No te invito a subir», dijo Shell sin coquetería.

«Lo sé. Tenemos tiempo.»



«Gracias por decir eso. Me encantó el paseo.»

Despidió al taxi y se recorrió las cien manzanas a pie. Sólo intentaba no pisar las juntas; ésa era la única prueba que se imponía. Se había refugiado en la comodidad, que es hacer lo que sabes que puedes hacer.

Shell se preparó rápidamente para meterse en la cama. De pronto, tendida en la oscuridad, se dio cuenta de que no se había cepillado el pelo.

Breavman había envidiado siempre a los antiguos artistas que tenían grandes y bien acogidas ideas a las que servir. Entonces ya se podían izar los estandartes dorados y estatuir la gloria. La muerte de un dios en escarlata y hojas resplandecientes es muy diferente al colapso mortal de un borracho en un triste café, diga lo que quiera la literatura underground.

Nunca se definió a sí mismo como poeta ni calificó su obra de poesía. El hecho de que las líneas no lleguen hasta el extremo de la página no es ninguna garantía. La poesía no es una ocupación, es un veredicto. Odiaba las discusiones sobre técnicas de versificación. Un poema es algo sucio, maldito, ardiente, que tiene que agarrarse primero con las manos desnudas. En un tiempo el fuego cantaba a la Luz, la suciedad a la Humildad, la sangre al Sacrificio. Ahora los poetas son tragadores profesionales de fuego que se alquilan en cualquier carnaval. El fuego se agota fácilmente y no distingue a nadie en particular.

Durante un tiempo, Breavman pareció servir a algo más que a sí mismo. Ésos fueron los únicos poemas que escribió en su vida. Eran para Shell. Deseaba devolverle su propio cuerpo.

*Bajo mis manos  
tus pechos pequeños  
son los vientres vueltos hacia arriba  
de palpitantes gorriones caídos.*

¿O era en realidad para ella para quien trabajaba? Todo era más fácil si Shell lograba amar su propio cuerpo. La cama era más sosegada. No empezaron como poemas, sino como propaganda. El veredicto era poesía. Si Shell continuaba creyendo que su carne era un enemigo indiferente no dejaría que la mirara como él quería.

Quitaría la sábana que cubría su cuerpo para contemplarla mientras dormía. No había nada en la habitación, excepto su carne descubierta. Breavman no tenía que compararla con ninguna cosa. Arrodillarse a su lado y deslizar suavemente los dedos por sus labios, seguir cada contorno era como aniquilar todos los ocultos que él no podía tocar. La ambición, la necesidad de excelencia desaparecían felizmente cuando descansaba en ella. Aquello era lo más admirable. Pero tenía que sentirse a sí misma por completo. Una diosa no puede estar inquieta. Por eso tenía que trabajar para hacerla feliz y sosegada. Ella aprendió el instrumento convencional del clímax, que para una mujer es el comienzo del orgullo y la calma.

Cuando, por fin, intercambió su cuerpo, tímidamente, con el de Breavman no

estaba segura de no inspirarle asco. Gordon le había dicho que la amaba, pero se había abstenido de tocarla. Cinco años. Había permitido contactos limitados. No el cuerpo de ella, sino los dedos de una mano trazaban quizá las furtivas incursiones al placer de él. La carne de Shell murió a causa de eso. Cada noche encanecía más y más.

Breavman echó a un lado la seda como si fuera una telaraña caída en los hombros de Shell. Ella hizo un ruidito de placer y resignación, como si ahora ya Breavman supiera lo peor. Él apoyó la cabeza en su pecho, esa vieja postura que tan bien expresaba sus sentimientos.

Aprendió rápidamente, pero ninguna mujer es tan bella que no desee que su belleza sea pronunciada otra vez en verso. Él era un profesional, sabía cómo construir a una amante para cortejarla.

Creía que los poemas hacían que las cosas pasasen. No despreciaba al amante robot que hacía de cada noche una celebración y de cada comida una fiesta. Él era un producto evolucionado, remachado cuidadosamente, algo que a Breavman no le hubiera importado ser. Aprobaba la ternura del amante, incluso estaba envidioso de algunas cosas que el amante decía, como si fuera un ingenioso al que Breavman hubiera invitado a comer.

El amante, tan perfectamente planificado, tenía su propia vida y a menudo dejaba atrás a Breavman. Llegaba con un regalo para Shell: por ejemplo, una pluma de avestruz adquirida en un almacén de la Segunda avenida, o rosas de té del puesto de la esquina de la calle Octava. Iba a comer con Shell y charlaban y hacían planes.

*Dondequiera que estés  
escucho el sonido de alas cercanas,  
de alas en descenso  
y me quedo mudo  
porque has caído junto a mí,  
porque tus pestañas  
son espinas de animales diminutos y frágiles.*

«Me canjearon un cheque en el supermercado.»  
«Privilegios de la belleza. La última casta de la América sin clases.»  
«No, hicieron lo mismo con una anciana negrita.»  
«Así que subsisten las virtudes de la buena vecindad.»  
«¿Qué tal tu trabajo?»  
«He emborronado mi página.»

*Tengo miedo del tiempo*

*en que tu boca  
comienza a llamarme cazador.*

La charla seguía y seguía. Historias de Hartford, la fuente de piedra, los veranos en Lake George, enormes casas recordadas. Historias de Montreal, las excursiones nocturnas en coche con Krantz, la muerte de un padre. Y a medida que vivían juntos, iba creciendo también su propia historia, mitos del primer encuentro, del comienzo del amor, serenidad de las futuras incursiones.

«¿Puedo leerte algo?»

«¿Tuyo?»

«Sabes que no resisto nada de ningún otro.»

Quería que él se sentara a su lado en una postura especial que era su favorita.

«¿Es sobre mí?»

«Bueno, espera hasta que te lea el rollazo.»

Ella escuchaba seriamente. Le pedía que lo leyera otra vez. Nunca había sido tan feliz. Él comenzaba a leer con su voz de bajo, que siempre abdicaba ante el sentido de las palabras, nunca forzaba un efecto. A ella le gustaba esa honestidad, esa intensidad que conseguía que todo fuera importante.

«Es estupendo, Lawrence; es verdaderamente estupendo.»

«Bueno. Eso es lo que yo quería.»

«Pero no es para mí, no es para nadie.»

«No, Shell; es para ti.»

Ella le tenía reservada una sorpresa: fresas congeladas.

*Cuando me pides que me acerque  
para decirme  
que tu cuerpo no es bello  
quisiera convocar  
a los ojos y a las escondidas bocas  
de piedra de luz de agua  
para que testimonien en contra.*

Breavman observaba cómo su delegado la hacía feliz mientras él miraba y miraba. Una noche la contempló mientras dormía. Quiso averiguar lo que ocurría en ella. Algunos rostros mueren de sueño. Las bocas cojean. Los ojos idos dejan tras sí un cadáver. Pero ella estaba intacta y adorable, la mano apoyada cerca de la boca apretando un pico de la sábana. Oyó un grito en la calle. Se deslizó hasta la ventana, pero no vio nada. El grito había sonado como si algo hubiera muerto.

*Quiero  
que se rindan ante ti,  
la rima temblorosa de tu rostro  
desde sus profundas órbitas.*

Me tiene sin cuidado a quien estén asesinando, pensó. Me tienen sin cuidado las cruzadas que se están planeando en históricos cafés. Me tienen sin cuidado las vidas destrozadas en los arrabales. Buscó el alcance de sus inquietudes humanas más allá de aquella habitación. Y era éste: suave condolencia por las mujeres menos bellas que Shell, por los hombres menos afortunados que él.

Porque estaba ligado a lo mágico, los poemas continuaban. No se daba cuenta de que Shell había sido vencida no por el texto, sino por la total atención de que la hacía objeto.

«¿Puedo entrar?»

«No.»

«¿Por qué?»

«Me estoy vistiendo.»

«Precisamente.»

«No entres, por favor. Te vas a hartar de mí. Todos los libros dicen que tengo que guardar mi misterio.»

«Quiero contemplar cómo te vistes misteriosamente.»

No era extraño que ella interpretara como amor esta devoción por su presencia.

*Cuando me pides que me acerque  
para decirme  
que tu cuerpo no es bello  
quisiera que mi cuerpo y mis manos  
fueran estanques  
para tu mirada y tu risa.*

Shell decidió pedir el divorcio. Gordon accedió. Había pensado presentar batalla, pero cuando ella lo visitó en la oficina lo intimidó. Estaba tan sosegada y amistosa, preguntando por su trabajo, feliz por sus éxitos. Habló con palabras tiernas de su matrimonio, pero se mantuvo firme en darlo por terminado, como si hubiera sido un juego en el crepúsculo, después de la cena, pero ahora los niños tuvieran que irse a la cama. Gordon no tenía que adivinar el origen de su fortaleza. Excepto una tarde en que rellenaban los últimos documentos e hizo un postrer esfuerzo por detenerla, se dio por contento con haber vivido cinco años con ella. Y dentro de pocos años sus aptitudes literarias, no recompensadas por el *Newsweek*, le permitirían aparecer más dramático ante las mujeres jóvenes por esta pequeña tragedia.

«Es un asunto entre Gordon y yo», le dijo Shell a Breavman. Como todos los amantes, no podían hablar sino el uno en brazos del otro. «Así que tú, quietecito.»

Vivían juntos desde hacía casi un año. Ella no deseaba que Breavman considerase el divorcio como una señal de proponerle matrimonio. Desde luego, quería casarse con él. No estaba hecha para amantes, porque su idea del amor era esencialmente la de lealtad, una lealtad basada en la pasión.

A veces creía que no era posible dar tanta ternura, tanta atención, excepto como una inversión para el futuro. A veces sabía, localizaba el dolor en su corazón, que él sólo podía dar tanto si se estaba yendo de su lado.

Ella ya se lo había dado todo, una entrega que realizamos una vez en nuestra vida solamente. Quería que la amase en libertad. Ese es el máximo de la entrega total. Ella también había sido educada en la línea de los mártires-héroes y quizá se veía a sí misma como una nueva Eloísa. Sólo el hombre aventurero era capaz de amar —eso era lo que él escribía— y sólo a la mujer que había abandonado su casa y su nombre —eso era la sociedad convencional—. Los aventureros abandonaban el lecho, las mujeres retomaban el nombre; esta consciencia es la prueba que mantiene el broche cerrado.

No es corriente encontrar a alguien que tenga una visión de lo que podríamos ser igual a la que nosotros tenemos.

Shell y Breavman, o mejor dicho su delegado, se contemplaban el uno al otro con esta gran generosidad.

Una tarde ella llegó llorando. Breavman le quitó los guantes y el bolso, los puso sobre la cómoda de madera encerada y la sentó en el sofá verde.

«Por lo que le dije a Gordon.»

«Tenías que decírselo.»

«No todo. Soy horrible.»

«Eres una horrible bruja malvada.»

«Le conté lo bien que me iba contigo; no tenía por qué haberlo hecho. Lo que quería era hacerle daño.»

Hablaron toda la noche, hasta que Shell pudo declarar: «Lo odio.»

Breavman se dijo que estaba más alejada del divorcio de lo que ella pensaba. Las mujeres toman muy en serio el intento de mutilar sus cuerpos. Breavman no comprendía que Shell se libró del odio tan pronto como pronunció aquellas palabras en sus brazos. Le inquietaba saber que Shell estaba tomando auténticas decisiones, actuando, cambiando su propia vida. Quería contemplarla en reposo. Todo eso lo implicaba en el mundo de casas y semáforos. Se estaba convirtiendo en una auténtica ciudadana, utilizando el amor de él para fortalecerse.

Supongamos que continuaba avanzando con ella hacia una intimidad de vida, hacia una incesante y confortable charla de matrimonio. ¿No estaba abandonando algo más austero e ideal, incluso aunque se riera de ello, algo que pudiera aplicar la belleza de ella a las calles, el tráfico, las montañas, e inflamar el paisaje, y que él habría podido dominar si hubiese estado solo? ¿No era por eso por lo que la contemplaba, se autosatisfacía en cada gesto, en cada expresión? Quizás era sólo la convicción de que no estaba hecho para la comodidad lo que le perturbaba. Le perturbaba porque se estaba desvaneciendo.

Estaba muy cómodo. Había empezado a aceptar la alegría de su delegado. Ese amante era lo más eficaz que había creado nunca y la tentación era equiparlo con una cartera y una identidad y arrojar al maestro Breavman en una zona especialmente contaminada del río Hudson.

El ojo Breavman, entrenado para contemplar volcanes, huéspedes celestiales, muslos ideales, y ahora en una actividad perfecta ante el paisaje del cuerpo de Shell, corría el peligro de dormirse. Cada vez más el amante acaparaba a Shell. Ésta es la época que Breavman no recuerda muy bien porque era demasiado feliz.

El verano era muy joven aún.

¿Sabíais que los nomeolvides eran tan pequeños?

Subían a la colina por detrás de la cabaña, oían a los pájaros, consultaban la guía para identificar sus cantos.

Él no quería ofrecerle aquellas florecillas porque los dos les daban mucha importancia a los nombres.

Hablaban de cómo procederían en caso de separación. Para los amantes este tema es tan remoto e interesante como la discusión de la defensa atómica en un congreso de alcaldes.

«... y si a alguno de nosotros no le va bien, debe decírselo al otro.»

«... y esperemos tener el valor de cortar por lo sano.»

Shell estaba fascinada por un grupo de abedules.

«¡Parecen árboles *desnudos*! Hacen que los bosques parezcan negros.»

Por la noche oían el rumor del lago batiendo la arena y las piedras de la orilla. Un cielo luminoso y oscuro fabricado con chapa de plata trabajada al fuego. Los gritos de los pájaros, ya más mojados y desesperados, como si estuvieran implicados el alimento y la vida.

Shell dijo que cada sonido del lago era diferente. Breavman prefería no investigar; gozaba de su felicidad difusa. Ella escuchaba con más atención que él. Los detalles la enriquecían a ella, y encadenaban a Breavman.

«Si grabas sus cantos, Shell, y los pasas a una velocidad más baja oirás cosas extraordinarias. Lo que el oído percibe como una nota son en realidad dos o tres notas cantadas simultáneamente. ¡Un pájaro puede emitir hasta tres notas a la vez!»

«Me gustaría poder hablar así. Me gustaría poder decir doce cosas a la vez. Me gustaría poder decir con una sola palabra todo lo que se puede decir. Me horroriza todo lo que puede ocurrir entre el comienzo y el final de una frase.»

Breavman trabajaba cuando ella dormía. Cuando oía su respiración regular sabía que el día había sido sellado y que podía empezar a registrarlo.

*Una curiosa distorsión de la honestidad  
me mantiene apartado de ti...*

Shell se despertó en medio de la noche. Las mariposas nocturnas chocaban contra la ventana junto a la que Breavman trabajaba. Se deslizó a su espalda y lo besó en el cuello.

Él giró en redondo, sorprendido, el lápiz en la mano, y le arañó la piel de la mejilla. Al levantarse volcó la silla.



Quedaron uno frente al otro bajo la luz, fría y plana, de la linterna Coleman. La noche era ensordecedora. El aleteo y los golpes de las mariposas nocturnas, el zumbido de la linterna, el agua trabajando entre los guijarros, los animales pequeños cazando. Nada estaba en reposo.

«Creí que...» Se interrumpió.

«¡Creíste que estabas solo!», gritó ella con dolor.

«*Creí que...*» «*Creíste que estabas solo*», escribió cuando ella se volvió a dormir.

Una noche, mirándola, decidió marcharse a la mañana siguiente.

Si no, estaría siempre a su lado, contemplándola.

Era a mediados de junio. Trabajaba de ascensorista en un pequeño edificio de oficinas, trabajo de desgraciados. Conseguía algún dinero extra limpiando unas cuantas oficinas los viernes por la tarde. Era un desvencijado ascensor con capacidad máxima para cinco personas y se estropeaba en cuanto quedaba demasiado por debajo del nivel del sótano.

Por la noche estaban Shell, la poesía y su diario, mientras ella dormía.

La mayor parte del tiempo era feliz. Esto le sorprendía y le alteraba, como un general inquieto durante una paz prolongada. Le gustaba el ascensor, que a veces era una carroza, a veces una tortura kafkiana, a veces una máquina del tiempo y, en el peor de los casos, un ascensor. Le decía a la gente que se llamaba Charon y les daba la bienvenida a bordo.

Y luego estaban las cenas con Shell. Esterillas de paja sobre una mesa plegable encerada. Luces de candelabro y olor a cera de abejas. La complicada comida que los amantes preparan el uno para el otro, cocinada con vino, apuntalada con palillos. O los festines matutinos, tan alegres y dulces, a base de latas y alimentos congelados.

Estaban los desayunos de fin de semana con huevos y bollos de arándano, en los que Shell era la experta cocinera de una vieja granja a miles de años de Nueva York (podían abandonarla en cualquier momento por el sofá verde, que era inmemorial). Estaban las sesiones de las tardes, los análisis mitológicos de películas del Oeste de ínfima categoría, los históricos platos de spagueti en Tony's, en donde descubrieron la presuntuosidad de Bergman.

Los poemas continuaban, y los celebraban a los dos. Poemas de adiós que un hombre escribe a una mujer a la que nunca perderá de vista. Ya había bastantes para un grueso libro, pero él no quería un libro. Eso vendría después, cuando necesitara convencerse de que había vivido realmente esa vida de amor y trabajo.

Se convirtió en su delegado. Volvía a su torre de control una hora de vez en cuando para escribir su diario. Escribía rápidamente, según pensaba, sin creer en lo que hacía, igual que un suicida que ha fallado tres veces busca hojas de afeitar.

Exorcizaba los demonios de la gloria. Las cuartillas se apretaban en un cajón antiguo que Shell respetaba. Era una caja de Pandora llena de visados y cuadernillos de billetes de avión, y él se habría volatilizado si Shell llega a abrirlo. Luego regresaba a la cama caliente, los cuerpos más dulces todavía por la amenaza.

Dios, qué bella era. ¿Por qué no permanecer a su lado? ¿Por qué no ser un ciudadano con su mujer y su trabajo? ¿Por que no debía incorporarse al mundo? La belleza que había planeado como un descanso entre soledades lo empujaba ahora a plantear las viejas preguntas de la soledad.

¿Qué podía traicionar permaneciendo a su lado? No se atrevía a recitar los

reproches aún no del todo definidos. Y ahora podía sentir el gusto de la culpa que lo invadiría si la abandonaba. Pero no quería dejarla definitivamente. Lo que necesitaba era estar a solas para poder añorarla, para conseguir una perspectiva.

Metió una carta certificada por vía aérea en el cajón atiborrado.

La contempló dormida, la sábana cogida con la mano como un amuleto, el cabello esparcido en la almohada en ondas Hokusai. Ciertamente, merecía la pena matar por ese cuerpo suspendido. Era su única lealtad. Entonces, ¿por qué separarse de él?

Su mente saltaba más allá de la separación hasta el arrepentimiento. Le estaba escribiendo desde una gran distancia, desde algún escritorio desesperado y cubierto de carne situado en el futuro.

Mi querida Shell, hay alguien perdido dentro de mí a quien hace tiempo ahogué estúpidamente con juegos peligrosos; me gustaría entregártelo; se introduciría en tus ensueños sin preguntar y cuidaría de tu carne como un erudito borracho, entre risas y citas a pie de página, preciosas y secretas. Pero te lo repito: está ahogado o hundido en un sueño cobarde, totalmente drogado, sin sueños, con los oídos tapados con algas marinas o algodón; no sé siquiera el lugar que ocupa su cuerpo excepto a veces, que se agita como un feto hambriento en mi corazón cuando te recuerdo vistiéndote o moviéndote en la cocina. Es todo lo que puedo escribir. Me habría gustado traértelo a él, no esta cuartilla, no este dolor.

Levantó la vista del cuaderno rayado. Imaginó la silueta de Shell y la suya propia. Novios de San Valentín de la época de sus padres. Una postal de su colección. ¿Podría embalsamarla para más fácil localización?

Shell cambió de postura manteniendo apretada la sábana blanca a todo lo largo de su costado, de manera que su cintura y sus muslos parecían surgir del mármol sin desbatar. No podía hacer comparaciones. No era sólo que las formas fueran perfectas o que él las conociera tan bien. No era una bella durmiente, la princesa universal. Era Shell. Era una mujer determinada, con una dirección y unos rasgos heredados de su familia. No era un caleidoscopio que se adaptara a diferentes visiones. Todas sus expresiones representaban sentimientos. Cuando reía era porque. Cuando cogía su mano en plena noche era porque. La razón era ella. Shell, la Shell que él conocía era la dueña del cuerpo. El cuerpo le respondía a ella, era ella. No le servía a él desde un pedestal. Había chocado con una persona determinada. Bonita o no, o arruinada mañana por el vitriolo, eso no importaba. Shell era su amor.

Shell abrió los ojos cuando la luz del sol casi llenaba la habitación.

«Hola», dijo Breavman.

«Hola. ¿No has dormido nada?»

«No.»

«Ven.»

Se sentó, arregló la ropa de la cama y la dobló por una punta invitándolo a entrar. Breavman se sentó en el borde. Ella quería saber qué pasaba.

«Shell, creo que me voy a ir a Montreal un tiempo...»

«¿Te vas?»

Él percibió cómo se tensaba.

«Volveré. Krantz viene, me escribió y me ofreció trabajo en un campamento...»

«Sabía que te ibas. Lo sabía desde hace semanas.»

«Sólo el verano...»

«¿Cuánto tiempo?»

«El verano.»

«¿Cuántos meses?»

Antes de que pudiera contestar se llevó los dedos a la boca y exhaló un pequeño sonido dolorido.

«¿Qué pasa?», preguntó Breavman.

«Estoy hablando igual que Gordon.»

La tomó en sus brazos para decirle que no era igual, ni mucho menos. Ella le recordó su promesa de cortar por lo sano.

«Eso era una tontería, lo sabes. Venga, vamos a fabricar un gran desayuno.»

Se quedó ese día y el siguiente, pero al tercero se marchó.

«Créeme, Shell: es sólo el verano.»

«No he dicho nada.»

«Me gustaría que estuvieras más triste.»

Ella sonrió.

# LIBRO IV

# 1

Que trata de los cuerpos que Breavman perdió. Ni un detective los hubiera encontrado. Los perdió en su calidad de máxima belleza. Estos cuerpos son:

*una rata*

*una rana*

*una muchacha dormida*

*un hombre en la montaña*

*la luna*

Tú y yo tenemos nuestros cuerpos, todo lo mutilados que se quiera por el tiempo y la memoria. Breavman los perdió en el fuego, donde permanecen más completos y perfectos. Este tipo de permanencia no consuela a nadie. Tras mucho quemarlos se convirtieron en lánguidas constelaciones que lo controlaban a él mientras giraban en su propio cielo. Hay que decir que fueron devorados por la zarza de Moisés que todos cultivamos en nuestro corazón, pero pocos nos preocupamos de incendiar.

## 2

Estaba en el césped del Allan Memorial, contemplando Montreal a sus pies. Los lunáticos tienen la mejor vista de la ciudad.

Aquí y allá había enjambres de personas amontonadas sobre el costoso césped alrededor de bancos y mesas de madera. Aquello podría ser un club de campo. Las enfermeras lo delataban. Había una, blanca y perfecta, en el borde de cada corro, sin participar del todo en la conversación, sino llevando un control tranquilo, como una luna.

«Buenas tardes, Mr. Breavman —dijo la enfermera de sala—. Su madre se alegrará de verlo.»

¿Había un reproche en su sonrisa?

Abrió la puerta. La habitación estaba fresca y oscura. Su madre empezó tan pronto como lo vio. Breavman se sentó. Esta vez ni se molestó en decir hola.

«... quiero que te hagas cargo de la casa, Lawrence, va a ser para ti, para que tengas un rincón donde descansar, tienes que defenderte solo, se llevarán todo, no tienen corazón, yo ya he llegado al final, lo que he hecho por todo el mundo, y ahora tengo que estar entre locos, abandonada como un perro, fuera del mundo, de todo el mundo, no se lo desearía ni a un *perro*, mejor estaría en un hospital, ¿es esto un hospital?, no saben nada de mis piernas, ¿que no puedo andar?, pero mi hijo está demasiado ocupado, oh, es un gran hombre, un poeta para el mundo, ¡para el mundo...!»

Ahora empezó a gritar. Nadie entró a ver qué pasaba.

«... pero para su madre está demasiado *ocupado*, para su mujerzuela gentil dispone de todo el tiempo, estando con ella no cuentan los minutos, después de lo que le hicieron a nuestro pueblo, yo tuve que esconderme en un sótano en Pascua, nos perseguían, lo que yo he pasado, y ahora ver a mi hijo, ver a un hijo, traidor a su pueblo, tengo que olvidarme de todo. No tengo hijo...»

Continuó durante una hora, con los ojos clavados en el techo mientras deliraba. Cuando dieron las nueve, Breavman dijo:

«No me dejan quedarme más, madre.»

Ella se interrumpió bruscamente y guiñó los ojos.

«¿Lawrence?»

«Sí, madre.»

«¿Te cuidas?»

«Sí, madre.»

«¿Comes bastante?»

«Sí, madre.»

«¿Qué has comido hoy?»

Breavman murmuró unas cuantas palabras. Intentaba componer un menú que mereciese su aprobación. Hablaba a duras penas y ella casi no le escuchaba.

«... nunca toqué ni un centavo, todo era para mi hijo, quince años con un hombre enfermo, ni que pidiera diamantes como cualquier otra mujer...»

Breavman la dejaba hablar.

Fuera se desarrollaba una danza terapéutica. Enfermeras enlazadas por enfermos atemorizados. Música pop, fantasías románticas más ridículas aún en este marco.

### *Cuando las golondrinas vuelvan a Capistrano*

Más allá del círculo de luz tenue en el que se movían se elevaba la oscura pendiente de Mount Royal. Más abajo relampagueaba la ciudad comercial.

Breavman contempló la danza y, como hacemos siempre que nos encontramos con los desesperados, derramó sobre ellos todo el amor caótico que no podía depositar en parte alguna. Vivían en el terror.

Deseó que una de las mujeres de blanco immaculado le acompañara por la colina abajo.



### 3

Durante las dos semanas que estuvo en la ciudad se vio con Tamara casi todas las noches.

Había dejado al psiquiatra y se había casado con el Arte, que era menos exigente y más barato.

«Tamara, no nos descubramos ni una sola cosa nueva de nosotros.»

«¿Eso es pereza o amistad?»

«¡Eso es amor!»

Breavman imitó un desmayo teatral.

Tamara vivía en una curiosa y pequeña habitación de Fort Street, una calle de casas de muñecas. Tenía una chimenea de mármol con antorchas y corazones esculpidos, y encima un espejo estrecho rodeado de pilares y entabladuras de madera fina, una especie de Acrópolis en castaño.

«Ese espejo no le sirve a nadie ahí arriba.»

Lo sacaron del marco y lo colocaron al lado de la cama.

La habitación había sido dividida al milímetro por alguna propietaria ahorrativa. La parte de Tamara era un tercio, pero por el techo tan alto parecía estar de canto. A ella le gustaba porque parecía tan eventual.

Se dedicaba a la pintura ahora, pero sólo pintaba autorretratos. Había telas por todas partes. El único fondo de los retratos era esta habitación en la que vivía. Tenía pintura debajo de las uñas.

«¿Por qué te pintas sólo a ti misma?»

«¿Hay alguien más bella, encantadora, sensible, inteligente, etc.?»

«Te estás engordando, Tamara.»

«Entonces pintaré mi infancia.»

Tenía el mismo cabello negro, no se lo había cortado.

Una noche fundaron los Lilisteos Compasivos y limitaron a dos el número de miembros. La asociación estaba dedicada a la adoración de lo vulgar. Alababan las aletas del nuevo Cadillac, defendían a Hollywood y al Hit Parade, la moqueta y los restaurantes polinesios, y afirmaban su lealtad a la Sociedad de la Abundancia.

De las molduras de vid se desprendían rosas de papel pintado. La única pieza del mobiliario era una cama comprada al Ejército de Salvación, abarrotada y peligrosamente estropeada. Tamara se mantenía trabajando como modelo de artistas y sólo comía plátanos, la moda de la semana.

Una noche antes de que Breavman se marchara le ofreció una sorpresa a él y a todos los leales Filisteos Compasivos. Se quitó el pañuelo. Se había teñido el pelo de rubio, en consonancia con los objetivos de la organización.

Adiós, vieja Tamara, escribió Breavman para sus biógrafos, que florezcas, tienes una boca de trescientos mil dólares.

¿Cuándo reanudaría su antiguo diálogo con Krantz?

El lago estaba hermoso por la tarde. Las ranas saltaban como muelles disparados.

¿Cuándo se sentarían al lado del agua, como pequeños personajes de un brumoso rollo de pinturas, y hablarían sobre su largo exilio? Quería contárselo todo.

Krantz daba lecciones a los celadores sobre Juegos de Interior para Días Lluviosos. Krantz planificaba los días libres. Krantz inventaba un nuevo sistema de a dos para la costa y durante dos horas enseñaba los ejercicios a los celadores. Krantz llevaba un portafolios y un silbato colgado al cuello.

Por las mañanas no los despertaba ningún terrible trompeteo, sino una grabación de los primeros compases del concierto para trompeta de Haydn, transmitido a través de los altavoces. Idea de Krantz. La quinta mañana del programa de entrenamiento precampamento para celadores, Breavman se dio cuenta de que le habían estropeado este concierto para siempre.

Bueno, Krantz estaba muy ocupado. Además, estaba la chica, Anne, que lo había seguido desde Inglaterra. Gracias a Dios no era bonita. Era bailarina de ballet moderno.

Una vez terminada la organización y llegados los muchachos, las cosas volverían a transcurrir dulcemente y podrían reanudar su viejo comentario sobre el universo.

Krantz explicaba el béisbol americano.

«Si un tipo agarra la pelota después del golpe, el bateador queda fuera.»

«Eso parece racional», dijo Anne, y se abrazaron.

Breavman esperaba que el diálogo empezase pronto, porque no le gustaba nada del campamento. Obsceno. Lo supo al minuto de llegar. Hay algo obsceno en un campamento de niños ricos. Algo tan evidente que da asco. Es como un parque de diversiones, con filas de complicadas máquinas de juego. Contemplaba los campos de deportes, las canchas de balonmano, los catres, las barcas..., receptáculos para albergar a los niños en verano y liberar a los padres. Gangrena en la familia. Allá en Montreal las casas hedían a intimidades tortuosas.

Le alegraba que a cuatrocientas millas Shell le estuviera esperando.

Los celadores estaban en el embarcadero, tumbados al sol. Breavman examinó la carne. Pronto todo el mundo estaría moreno, el bronceado rodearía los tirantes del sostén. Ahora estaban blancos de ciudad. Hasta los pinos debían despreciarlos.

Breavman examinó a una muchacha alta llamada Wanda. Estaba sentada en el extremo del embarcadero, con los dedos de los pies en el agua. Tenía unas buenas piernas y un cabello muy rubio, pero no le atraía. No encajaba lo suficiente en la gran tradición dorada. Wanda, te libraste de Breavman.

Todas las chicas eran muy poca cosa. Y ahí estaba la gracia. Sabía lo que podían dar de sí dos meses de comunidad. Acabaría escribiéndoles sonetos a todas. Esos poemas en potencia le cansaron.

El cielo de los Laurentians estaba abarrotado de estrellas. Breavman, que no sabía los nombres de las constelaciones, pensaba que la confusión era un aspecto de su belleza.

«Reunión de celadores», llamó Krantz al balcón.

«No asistamos, Krantz.»

«Brillante idea, excepto que yo soy el presidente.»

Cuando se dirigían a la sala de celadores se les unió Ed, un estudiante de primero de Derecho en McGill.

«El primero que se tire a Wanda, gana», propuso. «Es cuestión de tiempo. Al final nos la vamos a tirar todos antes de que acabe el verano; es lo que ocurre todos los años; pero así uno de nosotros va a cobrar.»

Breavman odiaba ese lenguaje de macho joven. Deseó tener el valor de pegarle una bofetada. Quizá Krantz lo hiciera. Era de suponer que ahora estaba enamorado.

«Supongo que os preguntaréis cómo podemos asegurarnos cuando el primero reclame el dinero.» Ed, legalista, interpretaba así el silencio de los otros dos. Breavman buscaba en el silencio su antigua unidad.

«Creo que podemos confiar unos en otros», dijo Krantz. «¿Breavman?»

Breavman les señaló una estrella fugaz.

«Un pacto de significación cósmica.»

Convinieron en que cinco dólares por barba harían interesante la apuesta.

¿Qué esperabas, Breavman: una reunión en la montaña azotada por el viento, una ceremonia con cuchillo o intercambio de sangre?

La estación de autobuses era un caos de padres, niños, cañas de pescar, raquetas de tenis y perros aturdidos que habían sido arrastrados a despedir a sus jóvenes amos. Las madres, que esperaban el gran día desde hacía semanas, eran súbitamente asaltadas por la certeza de que sus nenes se iban a morir de hambre sin ellas. Una dieta especial presionó la mano de Breavman, junto con un billete de cinco dólares.

«Sé que cuidará de él», grito una mujer apresuradamente mientras que escudriñaba entre la multitud para ver si podía sobornar a algún otro.

Quince minutos antes de la hora de partida, Breavman se deslizó en uno de los autobuses vacíos. Cerró los ojos y escuchó el griterío que penetraba a través de las ventanillas. ¿Qué estaba haciendo con esa gente?

«Mi nombre es Martin Stark. S mayúscula, t minúscula, a minúscula, r minúscula y k minúscula. Sin e final.»

Breavman giró en redondo.

En el asiento de detrás, muy tiesamente sentado, había un niño de unos doce años. El blanco de sus ojos era enorme, no naturalmente, sino como si se estuviera esforzando por enseñarlo al máximo posible. Por eso tenía la expresión de acabar de contemplar una catástrofe.

«A veces yo mismo lo escribo con e final y tengo que romper la página y empezar de nuevo.»

Hablaba monótonamente, pero articulando en demasía cada palabra, como si estuviera dando una lección de pronunciación.

«Mi nombre es Breavman. B mayúscula, r minúscula, e minúscula...»

Ya le habían hablado de Martin, que iba a ser uno de sus campistas. Según Ed, era medio chiflado, medio genio. Parecía que su madre se avergonzaba de él. En todo caso, nunca iba a verlo los días de visita. Hoy, según le contó el chico a Breavman, había venido una hora antes y lo había depositado en el autobús con la orden de no moverse. De esa forma esquivaba encontrarse con otros padres.

«Este año soy tu celador, Martin.»

Martin no mostró reacción alguna ante esta información. Continuó mirando más allá de Breavman con una especie de terror vacío, inalterable. Tenía rostro huesudo y nariz cesárea. Cuando no hablaba mantenía los dientes fuertemente encajados, por lo que las líneas de la mandíbula tenían un trazo muy marcado.

«¿Cuál es tu almacén favorito?», preguntó.

«¿Cuál es el tuyo?»

«Dionne's. ¿Cuál es tu aparcamiento favorito?»

«No lo sé. ¿Cuál es el tuyo?»

«El aparcamiento de Dionne's.»

Las preguntas excitaban a Martin, porque ahora preguntó casi sin aliento: «¿Cuántas ventanas tiene el edificio de Dionne's?»

«No lo sé, Martin. ¿Cuántas?»

«¿En todas las paredes?»

«Por supuesto, en todas las paredes. ¿Qué interés tendría saber el número de ventanas en sólo una pared o incluso en tres paredes?»

Martin facilitó una cifra con aire triunfante. Breavman se prometió, como un idiota, que lo comprobaría la próxima vez que fuera a la ciudad.

«¿Cuántos coches había en el aparcamiento de Dionne's el jueves pasado?»

«Dímelo.»

Cincuenta campistas invadieron el autobús. Se produjeron grandes luchas y negociaciones por los asientos y se perdió la intimidad entre Breavman y el muchacho. Martin se sentó calmamente durante todo el trayecto, farfullando para sí. Más tarde, Breavman se enteró de que le gustaba plantearse a sí mismo multiplicaciones de cuatro unidades.

Camino del norte, Breavman le preguntó: «¿Te gusta el campo?»

«Antes tengo que investigarlo.»

Trescientas mandíbulas masticando a la vez hacen un montón de ruido. Los bancos estaban siempre demasiado cerca o demasiado lejos de las mesas y había que ajustarlos tras complicadas acciones conjuntas. Breavman estuvo a punto de pegarle una bofetada a un campista que hacía pompas en su vaso de leche.

Después de comer, Breavman y Ed tocaron, Breavman intentando acordes complicados que sabía que se perdían, y Ed arruinando los registros altos de la armónica para sobreponerse a la barahúnda general de la sala.

Breavman, que siempre había deseado oír a Händel tocando en su cabeza, golpeaba las cuerdas metálicas de una guitarra prestada. Su mano izquierda no tenía bastantes callos para soportar las mordeduras de las cuerdas en sus dedos.

Los campistas a su cargo y al de Ed compartían un pabellón de literas y los celadores habían reservado para ellos una zona tabicada en el mismo edificio de madera. Habían decidido imponer una política de rigurosa disciplina los primeros días. Después podrían suavizarla y ser camaradas agradables. Tras una severa alocución, los chicos se fueron diligentemente a la cama, excepto Martin, que tardó media hora en orinar. Ed les dijo que no hicieran ruido a la mañana siguiente, fuera la que fuera la hora a que se levantaran.

Los celadores se tumbaron en sus catres; la atmósfera de control estricto se notaba pesadamente. Se oyó la extraña voz entrecortada de Martin.

«¿Puedo hacer mayores antes de formar?»

«Sí, Martin.»

«¿Puedo limpiarme la nariz?»

«Si no es una operación ruidosa.»

«¿Puedo escribirle a mi hermano?»

Ed se acercó y le susurró a Breavman:

«No tiene hermano.»

Cuando todos dormían, Breavman corrió a la cocina, donde estaba el teléfono. Telefoneó a Nueva York, a Shell. Necesitaba su voz para borrar el día. Necesitaba oírle decir «amor mío». Le había telefoneado media docena de veces desde la ciudad y la factura iba a ser hermosa.

Él no le dejó entrever nada y permaneció en silencio, leyendo una y otra vez el impreso de instrucciones de la Compañía Telefónica sobre cómo marcar un número. Una voz interior gritaba: «No funciona, no funciona.»

Shell le dijo que le encantaba Joseph Conrad.

Se dijeron adiós en voz muy baja, sabiendo los dos que los tres minutos habían sido un fracaso.

Estuvo dos horas escribiendo, narrando el día con todo detalle. Le molestaban las picaduras de las moscas en los brazos y lo apuntó. La chaqueta le daba calor, pero no le apetecía quitársela. Lo apuntó también.

Martin le fascinaba. Había interpretado mal su expresión. No era de terror vacío, sino de admiración universal. Era la criatura más extraña que conocía, un niño loco y feliz. Los otros niños comprendían su destino y lo trataban con una especie de veneración.

Una tarde se entretuvieron, en círculo a su alrededor, disparándole grandes números para multiplicar.

Él oscilaba hacia delante y hacia atrás, como un hombre en oración, con los ojos cerrados. Mientras pensaba, se golpeaba los muslos con la palma de la mano, como un pájaro desgarrado intentando levantar el vuelo, y emitía un zumbido como si su mente fuera una máquina.

«Em-m-m-m-m-m-m-m-m-m...»

«¡Ahí va, ahí va!»

«Em-m-m-m-m-m-m-m-m...»

«¡Vamos, Martin!»

«Ochenta y un mil novecientos dieciocho», anunció abriendo los ojos. Los muchachos estallaron en aplausos y lo abrazaron.

Luego reparó en un pequeño pino. Se paró en seco, con la mirada fija, y salió del círculo. Breavman le siguió.

«¿Estás bien?»

«Oh, sí. Creo que voy a contar éstas.»

Hasta la hora de la cena se divirtió contando las agujas que podía tener un pino de tamaño pequeño.

Krantz se enfadó cuando descubrió en qué ocupaba Breavman las tardes.

«Mrs. Stark no se gastaba el dinero para eso.»

«¿No?»

Era increíble que se hubiera originado una situación en que uno podía castigar al otro.

«No para que utilicemos a su hijo como un fenómeno de feria.»

«Entonces, ¿para qué nos da su dinero?»

«Déjalo, Breavman. Sabes que eso no es sano. Quiere que su hijo sea un chico como todos los demás, integrado, corriente. Ya tiene bastante con esto.»

«De acuerdo, le obligaremos a jugar al béisbol.»

«Las infracciones del reglamento serán severamente castigadas, Herr Breavman.»

Por detrás de las instalaciones del campamento se elevaban una serie de colinas en forma de herradura. En una de ellas había un anfiteatro con bancos de madera y escenario. Se utilizaba para representaciones, recitales y, durante el *Sabbath*, como casa de oración.

*Cuán bellas son tus tiendas, oh Jacob,  
y tus moradas, oh Israel.*

Cantaban en hebreo; sus voces se confundían con los rayos del sol. El ambiente era fragante; los pinos, secos, altos y negros. El campamento se congregaba con trajes blancos.

Así somos hermosos, pensaba Breavman, en esta única ocasión, cuando cantamos. Fuerzas de choque, bandas de cruzados, partidas de esclavos hediondos, honrados ciudadanos, tolerables únicamente cuando sus voces se unen a la par. Cualquier canción imperfecta alude al tema ideal.

Ed contó una conmovedora historia de Sholem Aleichem sobre un muchacho que quería tocar el violín, pero cuyos padres, ortodoxos, no se lo permitían. Por un instante, Breavman pensó que se iba a pasar, pero no, se movía y danzaba con su violín imaginario y todo el mundo creía en él.

El mismo Ed, que había apostado por el cuerpo de una chica.

Breavman pensaba allí sentado que él no podría nunca hacer nada así, nada tan sosegado y mágico. Y eso era lo que le gustaría ser: el héroe maravilloso al que adora el pueblo, el hombre que habla a los animales, el Baal Sem Tob que lleva a hombros a los niños.

Nunca podría pronunciar con seguridad ni una sola palabra judía.

«Krantz», susurró, «¿por qué no se nos dejó pasar nunca al otro lado?»

Doce rostros honorables le sisearon para que callara.

Por otra parte, y sabía que aquello era arrogancia, la mayor parte de las veces se consideraba a sí mismo como el Auténtico Judío. Su medio de vida le había enseñado lo que significa sentirse distinto. Estaba agradecido por ello. Ahora podía ampliar esa experiencia a su propio pueblo.

Pero, de cualquier manera, ¿qué significaba eso? Un hombre solitario en el desierto pidiendo que un rostro se inclinara.

Anne bailó una danza hasídica, haciendo desaparecer toda la feminidad de su cuerpo con movimientos envarados, irónicos. Pero durante unos instantes estuvieron perdidos en Europa, con la piel sin broncear, esperando el milagro en estrechas callejuelas, y la oportunidad de una venganza que nunca llevarían a cabo.



Después del servicio del *Sabbath* una mariposa pareció seguirle hasta el pie de la colina, y desapareció cuando salió de la arboleda y penetró en la cálida zona del campamento. Durante todo el día fue consciente del honor que había recibido.

«Es tan duro», dijo la voz de Shell. «Todo el mundo tiene un cuerpo.»

«Lo sé», dijo Breavman. «Y hay un momento durante la noche en que lo que necesitas más urgentemente es un brazo sobre tu espalda.»

«Me gusta que podamos hablar todavía.»

Su honestidad la obligaba a describir sus tentaciones. No quería ocultarle nada. Ambos comprendían el peligro de esta técnica: hay personas que me desean. Consérvame u otros lo harán.

Breavman se apoyaba en la pared de la cocina y escuchaba. Era curioso que alguien le hablara con esa voz tan suave. ¿Cómo había conseguido provocar el milagro de que alguien le hablara tan suavemente? Era una magia que estaba seguro nunca había poseído, como la de leer los primeros poemas de uno. Pero era su propio nombre el que oía ahora en susurros.

En su corazón anidó el desagradable presentimiento de que arrastraría a la persona que susurraba a cien camas indiferentes y la silenciaría.

«¡Shell, mañana salgo para Nueva York!»

«¿Vas a dejar el campamento?»

«No hay nada que me retenga aquí.»

«Oh, Lawrence.»

Cuando salió fuera, con su voz todavía acompañándole, estaba lloviendo. Empezó a dar vueltas por uno de los campos de deportes. Los altos pinos alrededor del campo y las colinas le producían la impresión de hallarse dentro de un tazón. Había una colina oscura que parecía tan relacionada con su padre que apenas se atrevía a mirarla mientras daba vueltas y más vueltas, tropezando como un borracho.

La lluvia nublaba las luces eléctricas aisladas aquí y allá. Lo dominaba un sentimiento indescriptible de vergüenza. Su padre estaba relacionado con las colinas, deslizándose como el viento entre los millones de hojas húmedas.

Entonces lo sacudió una idea: ¡tenía antepasados! Sus antepasados se prolongaban cada vez más hacia atrás como margaritas ensartadas en un collar. Breavman completaba círculo tras círculo en el barro.

Tropezó y se cayó, notó el sabor de la tierra. Se quedó muy quieto, tumbado, mientras su ropa se empapaba. Algo muy importante iba a suceder en este ruedo. Estaba seguro. No en el oro, no en la luz, sino en este barro iba a tener lugar algo necesario e inevitable. Tenía que quedarse para ver su manifestación. Tan pronto como se preguntó por qué no tenía frío, comenzó a tiritar.

Envió a Shell un divertido telegrama.

Breavman recibió una carta de Mrs. Stark, la madre de Martin.

No era corriente que los padres contestaran a los informes oficiales que los celadores estaban obligados a enviarles.

Querido Mr. Breavman,  
 Estoy segura de que mi hijo Martin está en buenísimas manos.  
 No estoy inquieta y no espero más informes respecto a su conducta.  
 Atentamente,

R. F. STARK

«¿Qué demonios le escribiste?», preguntó Krantz.

«Mira, Krantz, resulta que el muchacho me gusta. Me costó un montón de trabajo escribir la carta. Lo que intentaba era explicar que creía que era un ser humano muy valioso.»

«¿Eso decías?»

«¿Qué era lo que tenía que decir?»

«Nada. Lo menos posible. Te dije cómo es ella. Durante dos meses al año no tiene que verlo todos los días y puede imaginar que es un muchacho normal que está haciendo cosas normales con otros muchachos normales en un campamento normal.»

«Bueno, pues no es así. El chico es mucho más importante que todo eso.»

«Muy bondadoso, Breavman; muy compasivo. Pero guárdatelo para ti, ¿quieres? A quien estás haciendo feliz es a Breavman, no a la madre del chico.»

Estaban en el balcón del edificio de la administración. Krantz iba a anunciar las actividades nocturnas por el altavoz.

¿Acaso Krantz no sabía lo mismo que él sobre el muchacho? No, eso no era verdad. El mismo no sabía nada del chico, pero lo quería. Era un idiota divino. Seguramente la comunidad debía sentirse honrada de contarle entre sus filas. No debía ser sólo tolerado, las instituciones debían construirse a su alrededor, el oráculo tradicionalmente incoherente. Al aire libre y atemperado por el diálogo no sonaría tan loco.

Krantz consultó su reloj, que llevaba en la parte interior de la muñeca. Al volverse para entrar adentro vislumbró una figura tendida boca abajo en la zona de sombra que había cerca de la fila de arbustos del fondo del prado.

«Por amor de Dios, Breavman, ésas son las cosas a las que me refiero.»

Breavman se acercó rápidamente, atravesando el prado.

«¿Qué haces, Martin?»

«Veinte mil veintiséis.»

Breavman volvió al balcón.

«Está contando la hierba.»

Krantz cerró los ojos y dio varios golpecitos en la barandilla.

«¿Cuál es la actividad de tu grupo para esta tarde, Breavman?»

«*Scavenger hunt*.»<sup>[21]</sup>

«Bien, llévalo con el resto del grupo.»

«No le interesa jugar a *Scavenger hunt*».

Krantz se inclinó hacia él y dijo con una sonrisa crispada: «Convéncelo. ¿Para qué crees que estás aquí?»

«¿Qué diferencia puede haber para Martin entre buscar los periódicos de ayer o contar hierba?»

Krantz bajó de un brinco las escaleras, ayudó a Martin a levantarse y lo llevó a hombros por el campo en que estaba reunido el grupo de Breavman. Martin trepó a su espalda alegremente y mientras cabalgaba se metió los índices en los oídos sin ninguna razón aparente, parpadeando como si esperara una explosión atronadora.

Todas las noches, antes de acostarse, Martin tenía la costumbre de declarar cuánto se había divertido durante el día. Lo valoraba de acuerdo con un misterioso ideal.

«Bueno, Martin, ¿qué tal te ha ido hoy?», preguntaba Breavman, sentándose en su cama.

La voz mecánica no dudaba nunca.

«Setenta y cuatro por ciento.»

«¿Y eso es bueno?»

«Pasable.»

Se maravillaba de lo inmóvil que podía estar.

Estaba tan inmóvil como el agua que reflejaba el verde de las montañas.

Wanda no se estaba quieta, fingiendo escribir una carta a la escasa luz que quedaba del día. De manera que su largo pelo amarillo no lucía exactamente según la gran tradición. Sus miembros de vello rubio podían ser adorados individualmente, pero de su amalgama no surgía la belleza. Sin embargo, ¿cuántos muslos podía él besar a la vez?

Si tuviera una boca inmensa.

Las moscas eran horribles. Se ponían la loción Six-Twelve. Wanda extendía el brazo, pero Breavman le alargaba el frasco de la loción, en vez de aplicársela él mismo. Su fantasía: aplicar la loción con mayor y mayor frenesí por toda su carne.

Una ligera lluvia barría la superficie del agua, cubriéndola con una red de plata. De vez en cuando les llegaban los vítores desde el campamento, que se había reunido en el salón comedor para ver una película de Lassie.

Dejó de llover y se recompuso la quieta superficie.

«Nunca he vivido al lado de un lago», dijo Wanda, que era dada a pasear descalza.

«No vayas a hacer poesía, Wanda.»

Con aire ausente le acarició el rostro y el pelo, que era más suave de lo que había imaginado.

Un ojo interior que se desplazaba lejos del cobertizo de las barcas, como una estrella lejana y lenta, le reveló una diminuta caja de madera chapada en la que dos minúsculas figuras (¿insectos en celo?) se hacían el uno frente al otro inevitables movimientos de ballet.

Wanda estaba intentando colocar la cabeza en una postura que le permitiera besar los dedos que la acariciaban.

Por último, él la besó en los labios, en la boca, en el estómago, en todas partes.

Entonces ocurrió algo muy perturbador.

El rostro de Wanda se difuminó para convertirse en el de la pequeña Lisa, el cobertizo de las barcas estaba oscuro, y ese rostro se transformó en otro que no reconocía y que terminó disolviéndose en el de Bertha, quizás era el cabello rubio. Miró intensamente para interrumpir las transformaciones, para volver a la chica que estaba a su lado.

Persiguió a los diferentes rostros con la boca, sin lograr detener a ninguno. Wanda confundió aquel ejercicio con la pasión.

Volvieron paseando por el sendero. El cielo estaba malva. La luna emergía entre una suave acumulación de nubes. El sendero estaba alfombrado por millones de agujas de pino. Quizá Martin hubiera averiguado cuántas.

Wanda estornudó. El suelo de madera húmeda.

«Está todo tan tranquilo allí abajo, tan tranquilo.»

Breavman experimentó la tentación de castigarla por el ritmo vulgar de la frase hablándole de la verdadera composición de su cuerpo.

«¿Sabes lo que ambiciona nuestra generación, Wanda? Querríamos ser místicos orientales viviendo en chozas de paja, pero acostándonos a menudo.»

«¿No puedes decir algo que no sea cruel?», chilló ella mientras se alejaba corriendo.

Se quedó en vela toda la noche para castigarse por haberla herido. Comenzaron a cantar los pájaros de la mañana. Por la ventana se filtraba una luz fría y gris, más allá los árboles todavía estaban oscuros. En la montaña había una leve niebla, pero él no tenía ganas de seguirla.

Unos pocos días más tarde descubrió que Wanda le había pegado el resfriado. No podía comprender cómo su grupo de campistas se hinchaban de comida. Hacían pompas en la leche, diluyéndola con salivazos; disputaban por los platos extra, estrujaban el pan para hacer figuritas.

Breavman dirigió su mirada a Martin. El muchacho no había comido nada. Krantz le había advertido que debía vigilar cuidadosamente la dieta del muchacho. A veces practicaba misteriosas huelgas de hambre, cuya razón nunca pudo ser descubierta. En esta ocasión, Breavman sintió ganas de abrazarlo.

Tenía la cabeza completamente cargada. Las moscas eran horribles. Se fue a la cama al mismo tiempo que los campistas, pero no pudo dormir.

Permaneció tumbado pensando en Krantz y Anne como un estúpido, en Shell como un enamorado.

La posición horizontal era una trampa. Habría que aprender a dormir en pie, como los caballos.

Pobre Krantz y Anne, allí en el bosque. ¿Cuánto tiempo podrán permanecer desnudos antes de que las moscas se ceban con ellos? Krantz tendrá que apartar las manos del pelo y de la carne de ella para rascarse.

«¿Puedo entrar?»

Era Wanda. Por supuesto que podía. Estaba preso en la cama, ¿no?

«Quería explicarte por qué no he dejado que me veas.»

Apagó las luces como último recurso contra las moscas. Unieron sus dedos mientras ella hablaba. Inmediatamente antes de atraerla hacia sí y de besarla suavemente, Breavman observó una luciérnaga en el rincón. Lanzaba destellos muy de tarde en tarde. Seguro que estaba casi muerta.

«¿Por qué me besas?»

«No lo sé. No vine para eso. Justo para lo contrario.»

Breavman estaba cada vez más interesado en la luciérnaga. No estaba muerta del todo.

«¿Por qué diablos no lo sabes?»

«Pues sí que es una conversación apasionante ésta.»

«Me has roto el tirante del sostén.»

Manoseaba torpemente debajo de la blusa.

«Es mejor que me vaya.»

«Es mejor que te vayas. Es mejor que se vaya. Es mejor que nos vayamos. Es mejor que se vayan.»

«Por lo visto, no puedes hablar con nadie.»

¿Tenía que ponerle triste eso? En absoluto. Estaba inmerso en la crisis de la luciérnaga. Los intervalos entre los pequeños fríos destellos eran cada vez más largos. Era Campanilla<sup>[22]</sup>. Todo el mundo tendría que creer en la magia. Nadie creía en la magia. Él no creía en la magia. La magia no creía en la magia. No te mueras, por favor.

No se murió. Resplandeció largo tiempo después de marcharse Wanda. Resplandeció cuando Krantz entró por el *Time* de Ed. Resplandeció cuando intentó dormir. Resplandeció cuando garabateó a oscuras en su diario.

Todos los niños pequeños dicen buaabuaabuaabuaabuaá.

Eran las tres de la madrugada y Breavman se sentía contento de que todo el mundo durmiera. Así las cosas estaban más ordenadas, campistas y celadores alineados en sus catres, fila tras fila. Cuando estaban despiertos había demasiadas posibilidades, egos que enfrentar, caras que interpretar, mundos que traspasar. La variedad traía la confusión. Ya era bastante duro enfrentarse con otra persona. Una comunidad es un pretexto para el fracaso del amor individual.

Una noche clara y lo bastante fría para que el aliento se condensase. El paisaje parecía íntimamente conectado con el cielo como si estuviera sostenido por las puntas de las estrellas, lejanas y frías. Árboles, colinas, casas de madera, incluso un leve jirón de niebla, estaban clavados a la roca del planeta. Parecía que nada se iba a mover nunca, que nada podría romper el sueño general.

Breavman caminaba, más bien marchaba, entre las cabañas llenas de oscuridad. Estaba exultante por ser el único agente libre en este universo dormido. Wanda estaba dormida, su cabello decolorado. Martin estaba dormido, sus mandíbulas relajadas, tranquilo en su terror. Anne estaba dormida, una bailarina en descanso. Krantz estaba dormido. Sabía cómo dormía Krantz, cómo avanzaban sus labios cada vez que exhalaba su ronquido de borracho.

Hacía desintegrar mentalmente las paredes a medida que pasaba entre ellas, e inventariaba cada forma de soledad. Esa noche el sueño tenía una falta de gracia extraña. Se fijó en la expresión ávida que asume el durmiente, la misma que un solitario comensal en un banquete. En el sueño todos los hombres son hijos únicos. Giraban, se movían, estiraban un brazo o una pierna, sacaban un codo, giraban de nuevo, se movían de nuevo, colección de cangrejos de primera, cada uno en su blanca playa privada.

Todas sus ambiciones, energías, prisas, individualidad, estaban envueltas en virutas, como ristras de adornos de Navidad fuera de temporada. Cada una de las formas, tan ambiciosa de poder, estaba encerrada allá lejos, en una lucha infantil. Y parecía que la noche, tan afilada y tranquila, el mundo físico, esperaba inmóvil a que volvieran todas.

«Habéis perdido», les dijo Breavman en voz alta. «Esta vida nuestra es un concurso de hipnotismo y lo he ganado yo.»

Decidió compartir el premio con Krantz.

La rejilla de la ventana que daba a la cama de Krantz estaba abollada. Cuando Breavman la golpeó desde fuera se originó un trueno en miniatura.

Su cara no aparecía. Breavman golpeó otra vez. La voz incorpórea de Krantz empezó monótona.

«Estás pisando las flores, Breavman. Si miras hacia abajo descubrirás que estás en un lecho de flores. ¿Por qué estás sobre las flores, Breavman?»

«Krantz, escucha esto: el último refugio del insomne es su sentido de superioridad



sobre el mundo que duerme.»

«Eso es estupendo, Breavman. Buenas noches.»

«La última superioridad del refugio es un sentido dormido del mundo insomne.»

«Excelente.»

«El mundo de refugio de la superioridad es un último sentido del insomne dormido.» «Ummm. Sí.»

Se oyó un crujido de muelles y Krantz apareció parpadeando en la ventana. «Hola, Breavman.»

«Ahora ya puedes volver a dormirte, Krantz. Lo único que quería era despertarte.»

«Bueno, también podías haber despertado a todo el campamento. ¡Despierta al campamento, Breavman! Ésta es la noche.»

«¿La noche de qué?»

«De la Cruzada de los Niños. Marcharemos sobre Montreal.»

«Así que existe una razón para toda esta disciplina. Perdóname, Krantz, debía haberlo sabido.»

Planearon el asalto a Montreal y el martirio subsiguiente con siniestro entusiasmo. Después de cuatro minutos de conversación Breavman interrumpió la fantasía.

«¿Me estás haciendo un bien, Krantz? ¿Una especie de terapia caritativa?»

«¡Vete a la mierda, Breavman!»

La cama crujió de nuevo y a los pocos segundos Krantz estaba fuera, envuelto en un albornoz y con una toalla alrededor del cuello.

«Vamos a dar un paseo, Breavman.»

«Estabas consintiéndome, Krantz.»

«No sé cómo puedes ser tan perspicaz algunas veces y tan condenadamente cegato otras. Lo admito. Estaba durmiendo y sentí ganas de mandarte al carajo. Además, Anne estaba en mi cama.»

«Lo siento, no...»

«No, ahora sí que quiero hablar contigo. Hace semanas que lo estoy intentando.»

«¿Qué?»

«Te has hecho completamente inaccesible, Breavman. Para mí, para todo el mundo...»

Se sentaron junto a las barras de las canoas, hablando, escuchando el sonido del agua. La arena estaba húmeda y realmente hacía demasiado frío para estar allí, pero ninguno de los dos deseaba estropear la comunicación que había comenzado y que sabían que era frágil.

La niebla de la orilla empezaba a amontonarse en espesos jirones serpeantes, y el horizonte se teñía de un azul majestuoso.

Hablaron de sus chicas, un poco solemnemente, evitando con cuidado toda información sexual.

Contemplaba a Martin limpiándose la nariz, la gran nariz cesárea que merecía haber patrocinado campañas históricas, pero que sólo contaba hierba y agujas de pino.

Todas las mañanas se levantaba media hora antes para cumplir el ritual.

Palillos, algodón en rama, vaselina, espejos. Breavman le preguntó el motivo.

«Me gusta tener una nariz limpia.»

Le pidió a Breavman que le echara al correo una carta para su hermano. Mrs. Stark había dado instrucciones para que esas cartas fueran interceptadas y destruidas. Breavman las leía y a través de ellas se acercaba más a la angustia del muchacho.

Querido Valentón gordo tú Valentón sucio.

He recibido tus últimas treinta y cuatro cartas y vi en un segundo los millones de mentiras. Espero que estés hambriento y que tus patochadas se rompan por la mitad con montones de chillidos y deje escapar los escarabajos después de lo que le contaste a ella de mí. Por qué no te llenas la boca de toallas y cuchillas de afeitar: Mamá no es una calavera estúpida echó una mirada con la linterna y leyó la mierda venenosa que me escribías debajo de la manta.

te quiere tu hermano  
Martin Stark

Día libre. A pesar del calor que hacía en el autobús, estaba lleno de júbilo por volver a Montreal.

Pero ¿quiénes eran los bastardos responsables de la destrucción de las zonas más bellas de la ciudad?

Fue a ver a su madre y le resultó imposible hacerle comprender que había estado fuera. El mismo horror de siempre.

Paseó por Sherbrooke Street. Las mujeres de Montreal eran bellas. Las piernas ascendían desde los estrechos tobillos como misiles dirigidos hacia atmósferas de altitud exclusiva.

Elaboró teorías descabelladas sobre pliegues y dobleces.

Las muñecas, blancas y ligeras como estrellas fugaces, lo disparaban mangas adentro. Aquella noche ellas tendrían que desenredar de sus cabelleras los globos oculares de Breavman.

Hundió cientos de sus manos en los senos, como si fueran tesoros escondidos.

En consecuencia telefoneó a Tamara.

«Entra, viejito, entra.»

Olor a trementina. Otra tanda de autorretratos atormentados.

«Tamara, eres la única mujer con la que puedo hablar. Las dos últimas semanas me he dormido con tu boca en la mano.»

«¿Qué tal el campamento? ¿Qué tal Krantz?»

«Florecente. Pero nunca llegará a ser un Filisteo Compasivo.»

«Hueles maravillosamente. Y estás morenísimo. Yumm.»

«Seamos inmoderados.»

«Buena idea para cualquier situación determinada.»

«Glorifiquemos nuestros genitales. ¿No odias esa palabra?»

«Referida a mujeres, sí. Está bien para los hombres. Suena a ondulación, a cosas que cuelgan. Me hace pensar en una araña de cristal.»

«Eres estupenda, Tamara. Dios, me gusta estar contigo. Puedo ser cualquier cosa.»

«Yo también.»

Shell, con su total entrega, pensó de golpe, le obligaba a una cierta nobleza.

«Vamos a hacer uso de todo.»

A las cinco de la mañana salieron de la habitación para devorar una copiosa comida en el China Gardens. Riendo como maníacos, se daban uno al otro la comida con los palillos chinos y decidieron que estaban enamorados. Los camareros no les quitaban los ojos de encima. No se habían preocupado de lavarse la pintura.

Cuando volvían hablaron de Shell, de su belleza. Breavman le preguntó a Tamara si le importaba que telefonease a Nueva York.

«Claro que no. Ella es otra cosa.»

Shell estaba medio dormida, pero también contenta de tener noticias suyas. Hablaba con voz de niña pequeña. Breavman le dijo que la amaba.

Cogió el autobús de primera hora para el campamento. Inmortal Tamara, lo acompañó a la terminal. Después de sólo una hora de sueño, él consideró aquello una muestra de auténtico cariño.

Ahora tenemos que echar una ojeada más cuidadosa al diario de Breavman:

Viernes noche. *Sabbath*. Música ritual por el altavoz. Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos. Llena está la tierra de tu gloria. Si al menos pudiera poner fin a mi odio. Si pudiera creer en lo que escribieron y envolvieron en sedas y coronaron de oro. Quiero escribir la palabra.

Nuestros cuerpos están morenos. Todos los niños están vestidos de blanco. Haznos aptos para la adoración.

Devuélveme de nuevo a mi hogar. Construye de nuevo mi casa. Haz que more en ti. Toma mi dolor. Ya no me sirve a mí. No embellece nada. Transforma las hojas en cenizas. Ensucia el agua. Transforma tu cuerpo en una piedra. Una vida santa. Déjame llevarla. No quiero odiar. Hazme florecer. Que tu sueño florezca en mí.

Hermano, dame tu nuevo coche. Quiero volar hasta mi amor. A cambio te ofrezco esta silla de ruedas. Hermano, dame todo tu dinero. Quiero comprarle a mi amor todo lo que desee. A cambio te ofrezco la ceguera para que puedas controlar a todos durante el resto de tus días. Hermano, dame a tu mujer. Es a ella a quien amo. A cambio he ordenado a todas las prostitutas de la ciudad que te fíen infinitamente.

Vos, ayudadme a trabajar. Todas las obras que salen de mis manos te pertenecen. No dejes que mi oferta sea tan miserable.

Líbrame de la locura. No dejes que caiga delirando tu nombre.

No siento el gusto de otra carne que la mía.

Líbrame de la seguridad. No existe seguridad donde estoy.

¿Cómo dedicaré mis días a vos? Por fin lo he dicho. ¿Cómo dedicaré mis días a vos?

Queridísima Shell.

Tu pendiente de jade adornado con filigranas de plata. Lo veo en tu oreja. Después veo el perfil de tu cabeza y los caminos aéreos de tus cabellos. Después, tu rostro. Finalmente, toda tu belleza.

Después recuerdo que sospechabas de los elogios a tu belleza. Por eso yo elogiaba tu espíritu, siendo el tuyo el único en que creo.

He descubierto que la belleza de tus ojos y tu carne era el ropaje cotidiano del alma. Se volvió música cuando le pregunté cuál era su ropaje del *Sabbath*.

Con todo mi amor,

Lawrence

Anne y Breavman estaban de guardia juntos. Sentados en los escalones de una cabaña esperaban la revista de los celadores.

Sí, sí; Krantz estaba en la ciudad por asuntos del campamento.

Su trenza era un grueso meandro. Luciérnagas, unas a la altura de la copa de los pinos, otras junto a las raíces.

Ahí va mi poema para ti.

*No te conozco, Anne.*

*No te conozco, Anne.*

*No te conozco, Anne.*

Tema eterno: pequeñas moscas y mariposas nocturnas estrellándose contra la bombilla de la entrada.

«Éste es el tipo de noche en que me gustaría emborracharme», dijo ella.

«A mí me gustaría estar sobrio.»

Empezó a caer una ligera lluvia. Breavman miró hacia arriba, tratando de dar a entender lo que sentía.

«Voy a dar un paseo.»

«¿Puedo ir contigo? No me importa pedírtelo porque es como si te conociera. Krantz me ha hablado tanto de ti.»

Llovió durante diez segundos. Caminaban por la carretera del pueblo. Se detuvieron donde el olor de los pinos era más fuerte. Breavman se sorprendió a sí mismo balanceándose hacia delante y hacia atrás, como si estuviera en una sinagoga.

La deseaba, y cuanto más la deseaba, más participaba de la niebla y los árboles. Nunca saldré de aquí, se dijo a sí mismo. Me quedaré. Me gusta el aroma. Me gusta estar tan cerca, tan alejado. Tuvo la sensación de que estaba fabricando la niebla. Se desprendía de sus poros.

«Me voy si quieres estar solo.»

Tardó miles de años en responder.

«No, mejor nos vamos juntos.»

No se movió.

«¿Qué es eso?» Anne se refería a un ruido.

Él empezó a hablarle de las golondrinas, de las golondrinas de las rocas, de las golondrinas americanas. Lo sabía todo sobre golondrinas. Se había disfrazado de golondrina y había vivido entre ellas para aprender sus costumbres.

Estaba muy cerca de ella, pero no recibió ninguna señal de radar que le permitiera abrazarla. Se alejó rápidamente. Volvió. Le tiró de la trenza. Era gruesa, tal como

había imaginado. Se alejó de nuevo a grandes zancadas y arrancó una rama de los arbustos de la carretera.

La blandía salvajemente azotando el follaje. Daba golpes alrededor de los pies de Anne. Ella saltaba, reía. El polvo le llegaba hasta las rodillas. Pero de nuevo atacaba a los arbustos, los troncos de los árboles, la pequeña hierba amarilla, blanca en la noche. Después, más polvo, la rama daba en los tobillos de ella. Deseaba que el polvo los cubriera a los dos, que la aguda vara partiera sus cuerpos.

Anne huyó corriendo. Breavman corrió detrás azotándole las pantorrillas. Los dos gritaban y reían. Ella corrió hacia las luces del campamento.



*Querida Anne,  
me gustaría  
contemplar  
los dedos de tus pies  
cuando estés  
desnuda.*

Lo que le comunicó cientos de veces con los ojos sin pensarlo siquiera.

«Cincuenta centavos por una mano entre sus muslos.»

Krantz bromeaba con Breavman acerca de venderle a Anne pieza por pieza. A Breavman no le gustaba la broma, pero reía.

«Un pezón casi nuevo por veinticinco centavos.»

Oh, Krantz.

Habían discutido por la manera en que Breavman trataba a Martin. Breavman se había negado categóricamente a ordenar al muchacho que participara en las actividades de grupo. Había amenazado con abandonar su puesto.

«Sabes que no podemos empezar a buscar un sustituto a estas alturas de la temporada.»

«En ese caso me tendrás que dejar actuar a mi manera.»

«Yo no te estoy diciendo que lo obligues a participar en las actividades de grupo, pero juraría que lo animas en la otra dirección.»

«Me gusta su locura. A él le gusta su locura. Es la única persona libre que he encontrado. Nadie hace nada tan importante como él.»

«Me estás diciendo un montón de tonterías, Breavman.»

«Probablemente.»

Luego había decidido que no podía pronunciar su plática ante el campamento cuando llegase su turno el sábado por la mañana. No tenía nada que decir.

Krantz le miró resueltamente.

«Cometiste un error viniendo aquí, ¿verdad?»

«Y tú otro pidiéndome que viniera. Los dos queríamos comprobar cosas muy distintas. Ahora ya sabes que tú tomas tus propias decisiones, Krantz.»

«Sí —dijo lentamente—, lo sé.»

Fue sólo un momento, ese encuentro verdadero, y Breavman no trató de entenderlo hasta convertirlo en una garantía. Se había entrenado para gozar de lo fragmentario. «Sólo perdura lo que más amas, el resto es escoria.»

«Sabes perfectamente que te has identificado con Martin y que es sólo a ti a quien excluyes cuando le permites que se separe del grupo.»

«No con esa jerga, Krantz, por favor.»

«Yo lo recuerdo todo, Breavman. Pero no puedo vivir instalado en ello.»

«Mejor.»

Sin embargo, Breavman no tuvo más remedio que reírse cuando Anne se les reunió y Krantz dijo: «Las nalgas se están poniendo muy baratas.»

Al atardecer estaba inmóvil acodado en el balcón del comedor. Krantz iba a poner un disco por el altavoz.

«Eh, Anne, ¿quieres Mozart, la Cuarenta y nueve?», gritó. Ella corrió hacia él.

Breavman vio hojas de trébol entre la hierba, un descubrimiento, y niebla acumulada en la cima de las montañas bajas, como una mancha en una foto. Oleadas de agua se movían en la misma dirección que la niebla, del negro al plata al negro.

No movía ni un músculo, no sabía si estaba tranquilo o paralizado.

Steve, el tractorista húngaro, pasó por debajo del balcón y cogió una flor blanca de un arbusto. Estaban apisonando un terreno para otro campo de deportes, y rellenando un barrizal.

El pájaro flauta tenía una aguja en su trinar. Una puerta rota en la colina al lado de los pinos de tronco grueso.

*London Bridge is falling down*  
*falling down*  
*falling down*<sup>[23]</sup>

cantaba una fila de niños.

En el sendero alfombrado de agujas de pino estaba Martin, inmóvil, como Breavman, el brazo extendido en saludo fascista, la camisa arremangada.

Estaba esperando que aterrizasen los mosquitos.

Tenía una nueva obsesión. Se había nombrado a sí mismo el Azote de los Mosquitos y los contaba a medida que los iba matando. Su técnica no era nada frenética. Extendía el brazo y los invitaba. Cuando se posaba uno, ¡pam!, con la otra mano. «Te odio», le decía a cada uno y lo añadía a su estadística.

Martin vio a su celador en el balcón.

«Ciento ochenta», notificó a modo de saludo.

Mozart irrumpió con fuerza por el altavoz, reuniendo todo lo que Breavman observaba. Entrelazaba, casaba a las dos figuras inclinadas sobre los discos, todo lo que la música tocaba, niño atrapado en el puente de Londres, cima montañosa disolviéndose en la niebla, columpio vacío balanceándose como un péndulo, la hilera de brillantes canoas rojas, los jugadores apiñados bajo la canasta, saltando por el balón como una foto estroboscópica de una gota de agua salpicada; todo lo que tocaba se inmovilizaba en un inmenso tapiz. También él estaba dentro, una figura en la barandilla.

Desde que había comenzado su misión contra los mosquitos, el porcentaje de diversión de Martin se había elevado. Todos los días rondaba el noventa y ocho por ciento. Los otros chicos estaban encantados con él y lo convertían en un ornamento de la cabaña para ser mostrado a los visitantes y asombrarlos. Martin seguía siendo un protagonista inocente. Pasaba casi todas las tardes en el pantano donde los tractores trabajaban para construir las nuevas pistas. Tenía el brazo hinchado de las picaduras. Breavman le aplicaba calamina.

En su siguiente día libre, Breavman se fue con una canoa a pasear por el lago. Los mirlos de rojas alas se elevaban y se sumergían entre los juncos. Desgarró con violencia un tronco de nenúfar. Estaba veteado de espuma púrpura.

El lago estaba tranquilo y transparente. De vez en cuando le llegaban los ruidos del campamento, el altavoz anunciando el baño general; las grabaciones musicales se filtraban a través del bosque y serpenteaban sobre el agua.

Se metió por el riachuelo hasta que no pudo avanzar más porque los bancos de arena se lo impedían. La única indicación de la corriente la daban las hierbas subacuáticas inclinadas. Almejas negras con las valvas recubiertas de lodo, un sucio alimento. Un chasquido en el agua y el verde cuerpo de una rana saltó bajo la canoa. El sol bajo deslumbraba. Mientras remaba buscando un sitio donde acampar, las palas resplandecían en oro.

Encendió una hoguera, extendió el saco de dormir sobre el musgo y se preparó para contemplar el cielo.

El sol es siempre parte del cielo, pero la luna es un extraño, remoto y espléndido. La luna. Uno vuelve siempre a mirarla, como si se tratara de una mujer bonita en un restaurante. Pensó en Shell. Creía que cuando sintiera que había conseguido la confianza suficiente para vivir solo, podría vivir con Shell.

La niebla cabalgaba lentamente sobre al reflejo de los abedules; ahora se amontonaba como un ventisquero.

Cuatro horas más tarde se despertó sobresaltado y cogió su hacha.

«Soy Martin Stark», dijo Martin.

Todavía el fuego arrojaba alguna luz, pero no la suficiente. Breavman dirigió su linterna a la cara del muchacho. Tenía una mejilla llena de arañazos producidos por las ramas, pero sonreía alegremente.

«¿Cuál es tu almacén favorito?»

«¿Qué estás haciendo aquí en plena noche?»

«¿Cuál es tu almacén favorito?»

Breavman lo envolvió en el saco de dormir y le alborotó el pelo.

«Dionne's.»

«¿Cuál es tu aparcamiento favorito?»

«El aparcamiento de Dionne's.»

Una vez terminado el rito, Breavman recogió sus cosas, metió al muchacho en la canoa y remó hacia el campamento. No quería pensar en lo que hubiera sucedido si Martin no llega a encontrarlo. Esa mejilla necesitaba yodo. Y parecía que algunas de las picaduras estaban infectadas.

Era bonito volver remando, con las cañas arañando el fondo de la canoa y convirtiéndola en un frágil tambor.

Martin era un jefe indio acurrucado a su lado, arropado con el saco de dormir. El cielo mostraba continentes de fuego.

«Cuando vuelvo a casa —dijo Martin en voz muy alta—, las ratas me comen.»

«Lo siento, Martin.»

«Cientos y cientos de ratas.»

Cuando Breavman vio las luces del campamento experimentó una necesidad loca de no detenerse, de seguir remando por el lago con el chico, acampar en cualquier sitio de la orilla entre los abedules desnudos.

«Ten cuidado, Martin. Nos matarán si nos oyen.»

«Eso estaría bien.»

¿Verde? ¿Beige? En el autobús intentaba recordar el color de la habitación de su madre. Así evitaba pensar en ella, acostada allí. Algún color prudente escogido en una conferencia médica.

Ella pasa el tiempo en esta habitación. Tiene una bonita vista de la ladera sur de Mount Royal. En primavera se pueden oler las lilas. Apetecería abrir la ventana de par en par para aspirar su aroma, pero no se puede. Las ventanas sólo se abren hasta cierto punto. No quieren suicidas que estropeen el prado.

«Hace mucho que no le vemos, Mr. Breavman», dijo la enfermera jefe.

«¿Sí?»

Su madre miraba fijamente al techo. Breavman miró también. Quizás estaba ocurriendo algo y nadie lo sabía.

Las paredes eran de un gris oscuro.

«¿Estás mejor, madre?» Se limitó a darle pie.

«¿Que si estoy mejor? ¿Mejor para qué? ¿Para salir de aquí y ver lo que estás haciendo con tu vida? Gracias, para eso no tengo que salir, para eso prefiero estar aquí, en esta habitación, con los locos, tu madre en un manicomio...»

«Sabes que no lo es, madre. Es sólo un sitio donde puedes descansar.»

«¡Descansar! ¿Cómo puedo descansar con lo que sé? Un traidor por hijo. ¿Es que crees que no sé dónde estoy? Con sus inyecciones y sus buenos modales, una madre así, y él por ahí nadando...»

«Pero, madre, nadie intenta hacerte daño...»

¿Qué estaba haciendo, tratando de discutir con ella? Había estirado un brazo y buscaba algo a tientas en la mesilla de noche, pero se lo habían llevado todo.

«No interrumpas a tu madre. ¿No he sufrido bastante ya? Un hombre enfermo durante quince años. ¿Es que no lo sé? ¿Es que no lo sé? ¿Es que no lo sé...?»

«Por favor, madre, no grites.»

«Oh, ¡se avergüenza de su madre, su madre va a despertar a los vecinos, su madre va a asustar a sus gentiles amiguitas, traidor! ¡Lo que me habéis hecho todos! Una madre tiene que estar tranquila, yo era bella, vine de Rusia hecha una belleza, la gente me miraba...»

«Déjame que te hable...»

«La gente me hablaba. ¿Me habla mi niño? El mundo sabe que estoy aquí sola como la una, me decían que era una belleza rusa, todo lo que di por mi niño, tratar así a una madre, no aguanto pensar en eso, así deberían pagarte tus propios hijos, tan seguro como que hoy es martes que tu hijo te hará lo que tú me haces, una rata en mi casa, en la vida pude imaginarlo, me tenía que pasar a mí, que fui tan buena con mis padres, mi madre tenía cáncer, el médico se quedó con el estómago en las manos. ¿Es que alguien intenta ayudarme? ¿Mi propio hijo mueve un dedo? ¡Cáncer!, ¡cáncer! He tenido que verlo todo, he tenido que consumir mi vida entre personas enfermas,

eso no es vida, ver esas cosas, tu padre te hubiera matado, tengo la cara vieja, no me reconozco cuando me miro al espejo, arrugas donde antes era bella...»

Breavman se había acomodado en la silla, ya no intentaba interrumpirla. Si lo dejara hablar, no lo oiría. En realidad, no sabía lo que hubiera podido decir si hubiera sabido que ella lo escuchaba.

Intentó dejar vagar su mente, pero se concentraba en todos los terribles detalles, en espera de que llegara la hora de levantarse.

Hacia las diez llamó a la puerta de Tamara. Se produjo un intercambio de susurros en el interior. Ella preguntó: «¿Quién es?»

«Breavman del norte. Pero estás ocupada.» «Sí.»

«De acuerdo. Buenas noches.»

«Buenas noches.»

Buenas noches, Tamara. Está bien que compartas tu boca. Pertenece a todo el mundo, como un parque.

Le escribió dos cartas a Shell y más tarde le telefoneó para poder conciliar el sueño.

Se esperaba que el grupo de Ed ganase el campeonato de béisbol.

Las líneas del cuadro se señalaron con banderas israelíes.

¿Qué derecho tenía a sentirse agraviado por la utilización de ese símbolo? No estaba grabado en su escudo.

Un niño lanzaba bravos a su lado blandiendo una botella de Pepsi-Cola.

Breavman repartía los perritos calientes. Estaba contento por haber aprendido a sospechar de la impureza de sus vecinos gentiles, y no a creer en banderas. Ahora podía aplicar este conocimiento a su propio pueblo.

Un *home run*<sup>[24]</sup>

Envía a tus hijos a las academias de Alejandría. No te sorprendas si vuelven alejandrinos.

Tres bravos. *Mazel tov*<sup>[25]</sup>.

Hola, Canadá, gran Canadá, insulso, de grandes recursos. Todo el mundo es canadiense. La máscara de los judíos no servirá.

Cuando le tocó arbitrar a Ed, Breavman atravesó el campo hasta el lodazal y contempló a Martin matando mosquitos. Los tractoristas conocían a Breavman porque iba con frecuencia a ver cómo Martin cumplía su misión.

Había matado más de seis mil mosquitos.

«Mataré unos cuantos para ti, Martin.»

«No los puedo incluir en mi lista.»

«Entonces empezaré mi propia lista.»

«Te ganaré.»

Los pies de Martin estaban mojados. Algunas de las picaduras se habían infectado definitivamente. Debería mandarlo a la cabaña, pero parecía disfrutar tan intensamente... Todos los días llegaba al noventa y nueve por ciento.

«Te desafío a que empieces tu propia lista.»

Cuando volvían al campamento con los chicos, Ed dijo:

«No sólo has perdido el partido, Breavman, sino que, además, me debes cinco dólares.»

«¿Porqué?»

«Wanda. Anoche.»

«Ah, Dios, la apuesta. Lo había olvidado.» Revisó su diario y pagó gustosamente.



Hacía sol todos los días y los cuerpos estaban bronceados. Veía únicamente arena y carne al sol, maravillándose cuando un tirante caído dejaba ver la suave blancura de ciudad. Deseaba todas las sombras extrañas de carne.

Apenas miraba al cielo. Lo sorprendió un pájaro volando muy bajo sobre la playa. En el altavoz bramaba uno de los conciertos de Brandeburgo. Yacía de espaldas, los ojos cerrados, disolviéndose en el calor, en el fulgor, en la música.

De pronto, alguien se había arrodillado junto a él.

«Déjame que se la quite yo», dijo la voz de Anne.

Él abrió los ojos y se estremeció.

«No, déjame a mí.» Wanda reía.

Intentaban quitarle una espinilla de la frente.

«Dejadme en paz», gritó como un maníaco.

La violencia de su reacción las dejó atónitas.

Intentó sonreír, dejó pasar un intervalo razonable de tiempo y se fue de la playa. La cabaña estaba demasiado fresca. El aire de la noche no se había caldeado. Examinó el pequeño cubículo de madera. Su bolsa de ropa sucia estaba reventando. Se le había olvidado entregarla. Aquello no estaba bien. Ni siquiera para él. Había una caja de galletas Ritz en el antepecho de la ventana. No era así como debía comer. Sacó su diario. No era así como tenía que escribir.

Martin Stark murió en la primera semana de agosto de 1958. Accidentalmente fue atropellado por un bulldozer que limpiaba un lodazal. El conductor del bulldozer, el húngaro llamado Steve, no notó que hubiera chocado con algo que no fueran los consabidos cantos, raíces y rocas. Probablemente Martin estaba oculto entre las cañas, el mejor sitio para atrapar a sus enemigos.

Cuando no apareció para la cena, Breavman pensó que estaría allí arriba. Le dijo a un celador más joven que ocupara su sitio en la mesa. Se fue lentamente hacia el lodazal, feliz de tener un pretexto para alejarse del bullicioso comedor.

Oyó un ruido entre la maleza. Creyó que Martin lo había visto y estaba jugando al escondite. Se quitó los zapatos y avanzó. Martin estaba terriblemente destrozado, el tractor le había pasado por encima de la espalda. Estaba tendido boca abajo. Cuando Breavman le dio la vuelta, los intestinos le asomaban por la boca.

Breavman volvió al comedor y se lo dijo a Krantz. Se quedó lívido. Convinieron en que los campistas no debían enterarse y que había que trasladar el cuerpo en secreto. Krantz fue al lodazal y volvió a los pocos minutos.

«Vete allí hasta que todos se acuesten. Ed se hará cargo de tu grupo.»

«Quiero llevar el cadáver a la ciudad», dijo Breavman.

«Veremos.»

«No, no veremos. Voy a acompañar a Martin.»

«Breavman, vete al diablo y no me vengas con discusiones en un momento como éste. ¿Qué es lo que te pasa?»

Estuvo de guardia varias horas. Nadie apareció por allí. Los mosquitos eran terribles. Se preguntó qué estarían haciendo con el cuerpo. Cuando lo encontró, se estaban cebando en él. Apenas había luna. Oía a los mayores cantando al lado de la hoguera. Sobre la una de la madrugada llegó la Policía y la ambulancia. Trabajaron a la luz de los faros.

«Me voy con él.»

Krantz acababa de hablar con Mrs. Stark. Había estado muy tranquila. Hasta había mencionado que no presentaría ninguna querrela por negligencia criminal. Krantz estaba muy agitado.

«Muy bien.»

«Y no volveré.»

«¿Qué quieres decir con que no volverás? No empieces ahora conmigo, Breavman.»

«Dejo el trabajo.»

«El campamento no acaba hasta dentro de tres semanas. Y no tengo a nadie más para sustituirte.»

«No me importa.»

Krantz le cogió del brazo.

«Firmaste un contrato, Breavman.»

«Al carajo con el contrato. No me pagues.»

«Oye, cabrón, en un momento como éste...»

«Y me debes cinco dólares. Fui el primero que estuvo con Wanda. Once de julio, si quieres ver mi diario.»

«Por amor de Dios, Breavman, ¿de que estás hablando? ¿No ves dónde estás? ¿No ves lo que ha ocurrido? Un niño acaba de morir y te pones a hablar de un “plan”...»

«Un plan. Ése es tu lenguaje. Cinco dólares, Krantz. Y después me voy. No es aquí donde creo que debo...»

Fue imposible aclarar quién de los dos lanzó el primer puñetazo.

NO PRETENDAS EXPRIMIR NADA DE TU CUERPO NO TE DEBE NADA  
era la única anotación.

Golpeaba violentamente las teclas en el autobús de Montreal, con la máquina de escribir en las rodillas.

Era el tramo peor de la carretera, las señales, las gasolineras y el cogote del conductor y su maldita camisa de nylon lavable le quemaban la sangre.

Si por lo menos la muerte se apoderara de él, llegara a través de la espuma, lo dignificara.

¿Qué era lo que cantaban al final del libro?

*¡Energía! ¡Energía! ¡Renovémonos!*

Nunca aprendería los nombres de los árboles que veía, nunca aprendería nada. Siempre se enfrentaría con un misterio indolente. Quería ser el alto enlutado que lo aprende todo ante el hoyo.

Lo siento, Padre, no sé el nombre latino de las mariposas, no sé qué tipo de piedra es la del mirador.

El conductor tenía problemas con las puertas. A lo mejor no se abrirían nunca. ¿Qué se sentiría si uno se asfixiase en una camisa de nylon?

Queridísima Shell.

Me va a llevar un buen rato contártelo todo.

Son las dos de la mañana. Estás durmiendo entre las sábanas de rayas verdes que compramos juntos, y sé exactamente cómo está tu cuerpo. De lado, las rodillas dobladas como un jockey, probablemente has tirado la almohada y tu pelo es una caligrafía, una mano en forma de copa junto a la boca y un brazo que pende sobre el borde como un bauprés, y tus dedos flácidos como objetos a la deriva.

Es maravilloso poder hablarte, amor mío, Shell. Estoy sereno, porque sé lo que quiero decir.

Tengo miedo a la soledad. Visita si no un hospital psiquiátrico o una fábrica, siéntate en un autobús o en una cafetería. La gente de todo el universo vive en la más profunda soledad. Tiemblo cuando pienso en esas voces solitarias que se elevan, garras dirigidas al cielo en busca de un premio de lotería. Y sus cuerpos envejecen, sus corazones pierden aire como viejos acordeones, los riñones enferman, los esfínteres se aflojan como elásticos viejos. Es lo que nos está ocurriendo, a ti bajo las rayas verdes. Todo esto me hace desear coger tu mano. Y es por ese milagro por el que todas las máquinas tocadiscos están tragando monedas. Que podamos protestar por toda esta masacre indiferente. Una protesta muy eficaz es coger tu mano. Quisiera que estuvieras ahora a mi lado.

Hoy he ido a un funeral. No era la manera de enterrar a un chiquillo. Su muerte real contrastaba violentamente con el sagrado silencio de la capilla. Las bellas palabras no parecían apropiadas en los labios del rabino. No sé si existe un hombre moderno preparado para enterrar a otra persona. El dolor de la familia era real, pero el aire acondicionado de la capilla conspiraba contra su manifestación. Me sentí repugnante y angustiado porque no tenía nada que decirle al cadáver. Cuando transportaban el pequeño ataúd pensé que el chico había sido engañado.

No voy a recitar ninguna lección. Cuando leas mi diario te darás cuenta de lo cerca que estoy del asesinato. Ni siquiera puedo pensar en ello o quedo paralizado. En el sentido más literal. No puedo mover un músculo. Todo lo que sé es que algo prosaico, el mundo confortable, ha sido destruido irrevocablemente y que algo importante ha sido reafirmado.

Un hedor religioso cubre esta ciudad y todos lo respiramos. Se sigue trabajando en el Oratorio de St. Joseph, se va levantando la cúpula metálica. El templo de Emmanuel inicia una campaña de recaudación de fondos. Un hedor religioso compuesto de rancios olores de relicarios y tabernáculos,

coronas ajadas y tablas podridas de *bar mitzvah*. Hastío, dinero, vanidad, culpa, abarrotan los bancos de la iglesia. Los candelabros, los monumentos conmemorativos y las llamas votivas brillan de modo poco convincente, como señales de neón, y tan sinceras como anuncios. Los vasos sagrados eructan nubes de miasmas. Los buenos amantes dan media vuelta.

Yo no soy un buen amante o estaría ahora contigo. Debería estar junto a ti y no utilizando esta ansiedad como demostración de mis sentimientos. Por eso te escribo y te mando mi diario de este verano. Quiero que sepas algo de mí. Aquí lo tienes, día a día. Mi querida Shell, si tú me lo permites, siempre te tendré a cuatrocientas millas y te escribiré bonitos poemas y cartas. Ésta es la verdad. Tengo miedo de vivir en cualquier punto que no sea la expectativa. No soy capaz de arriesgar mi vida.

A principios de verano, dijimos: hay que cortar por lo sano. No quiero verte ni oírte. Me gustaría compensar con ternura todo esto, pero no voy a hacerlo. No quiero ataduras. Quiero empezar de nuevo. Creo que te amo, pero amo más la idea de volver a empezar. Te puedo decir estas cosas porque hemos llegado a esta intimidad. La tentación de la disciplina me hace implacable.

Quiero acabar aquí esta carta. Es la primera de la que no he hecho copia. Estoy luchando por no volar a tu lado y meterme en la cama, junto a ti. Por favor, no me telefonees ni me escribas. Algo quiere empezar en mí.

LAWRENCE

Shell le envió tres telegramas a los que no contestó. El teléfono estuvo sonando cinco noches sin que lo cogiera.

Una mañana, Shell se despertó de pronto y no pudo contener su terror. ¡Lawrence había hecho con ella exactamente lo mismo que Gordon, las cartas, todo!

Bebían pacientemente, esperando la incoherencia.

«Tamara, ¿te das cuenta de que estamos perdiendo la guerra fría?»

«¡No!»

«Tan claro como el agua. ¿Y sabes lo que está haciendo la juventud china en este mismo momento?»

«¿Fundiendo lingotes en los patios traseros?»

«Correcto. Y los rusos están aprendiendo trigonometría en los jardines de infancia. ¿Qué piensas de todo esto, Tamara?»

«Pensamientos negros.»

«Pero eso no tiene importancia, Tamara.»

«¿Por qué?»

Breavman trataba de mantener en pie una botella invertida.

«Te lo voy a decir, Tamara. Porque todos estamos maduros para el campo de concentración.»

La frase resultó un poco brutal para su grado de borrachera. En el sofá, Breavman refunfuñó algo.

«¿Qué estás diciendo?»

«No digo nada.»

«Estabas diciendo algo.»

«¿Quieres saber lo que decía, Tamara?»

«Sí.»

«¿De verdad quieres saberlo?»

«Sí.»

«De acuerdo, te lo diré.»

Silencio.

«¿Y bien?»

«Te lo diré.»

«Pues bueno, dímelo.»

«Decía lo siguiente...»

Se produjo una pausa. Se levantó de un salto, corrió hacia la ventana, lanzó un puñetazo contra el cristal.

«Coge el coche, Krantz —gritó él—. ¡Coge el coche, coge el coche...!»

Examinemos otro fantasma más.

Se dirigía hacia la Côte des Neiges. Patricia dormía allá en su habitación de Stanley, profundo sueño solitario, el cabello rojizo sobre los hombros, como diseñado por un viento boticelliano.

No podía dejar de pensar que era demasiado bella para ser suya, que él no era lo bastante alto ni erguido, que la gente no se volvía a mirarlo en la calle, que no gobernaba la gloria de la carne.

Ella se merecía a alguien, quizás un atleta, que se moviera con la misma gracia, que ejerciera idéntica tiranía de belleza en rostro y miembros.

La conoció en una fiesta de actores. Había protagonizado *Hedda Gabler*. Una fría arpía, lo había hecho muy bien, toda ambición y pámpanos. Era tan bella como Shell, como Tamara, una de las grandes. Era de Winnipeg.

«¿Existe el Arte en Winnipeg?»

Después subieron por Mountain Street. Breavman le mostró una verja de hierro que ostentaba como caligrafía siluetas de golondrinas, conejos y ardillas. Ella se le abrió en seguida. Le contó que padecía de úlcera. Dios, a su edad.

«¿Cuántos años tienes?»

«Dieciocho. Te sorprende, ¿verdad?»

«Me sorprende que tengas esa serenidad viviendo con lo que te está royendo el estómago.»

Pero algo tenía que pagar por su manera de moverse, por los pasos que daba, que parecían música primitiva española, por su rostro, que actuaba por encima del dolor.

Breavman le mostró las partes más interesantes de la ciudad aquella noche. Intentaba volver a ver la ciudad de sus dieciocho años. Aquí una pared que él había amado. Allí un portal con una decoración demente que quería que ella viera, pero al llegar comprobaron que el edificio había sido derribado.

«*Où sont les neiges?*», dijo Breavman teatralmente.

Ella le miró directamente a los ojos y dijo:

«Me has vencido, Lawrence Breavman.»

Y él supuso que eso era lo que había estado intentando.

Yacían separados como dos losas. Nada de lo que hicieran sus manos o su boca lo implicaba en la belleza de ella. Era como hacía años con Tamara, la silenciosa cama de la tortura.

Sabía que no podía comenzar de nuevo el mismo proceso. ¿Qué había sucedido con su plan? Por último, encontraron palabras que decir y ternura, de las que siguen al fracaso.

Se quedaron juntos en la habitación.

Al final del día siguiente él había escrito un poema que nació muerto sobre dos ejércitos que van a la batalla desde extremos distintos de un continente. Nunca entran



en combate en la llanura central. El invierno hace estragos entre los soldados como una nube de polillas en un traje de brocado, dejando las filas metálicas de la artillería dispersas y sin artilleros, muchas millas por detrás de los hombres congelados, diseños absurdos de un vasto suelo de armario. Meses más tarde, dos cabos de idiomas distintos se encuentran en un campo verde, intacto. Tienen los pies envueltos en trapos arrancados de los uniformes de sus superiores. El campo en que se encuentran es uno de los que los poderosos mariscales habían dispuesto para la gloria. Como los hombres han llegado por caminos distintos, se encaran uno al otro, pero han olvidado por qué se han tambaleado hasta allí.

La noche siguiente, Breavman la contemplaba moviéndose por la habitación. No había visto nunca nada tan bello. Estaba acurrucada en un sillón color castaño, estudiando un guión. Recordó un color que le gustaba en la fundición de cobre. Su cabello tenía ese mismo color y su cuerpo parecía reflejarlo como el rostro de un fundidor iluminado por los moldes de vaciado.

PAUVRE GRANDE BEAUTÉ!  
¡POBRE BELLEZA PERFECTA!

Dedicó toda una alabanza muda a sus piernas, a sus labios, no por el tumulto del deseo personal, sino por pura exigencia de perfección.

Habían hablado lo bastante tiernamente como para que ella estuviera desnuda. La línea de su vientre le recordaba a Breavman las suaves formas dibujadas en la pared de las cuevas por los artistas cazadores. Se acordó de sus intestinos.

QUEL MAL MYSTERIEUX RONGE SON FLANC D'ATHLÈTE?  
¿QUÉ MISTERIOSO MAL DEVORA SU FLANCO DE ATLETA?

Tendido a su lado pensaba frenéticamente que un milagro los reuniría en un abrazo sexual. No entendía por qué, eran dos personas encantadoras, el lenguaje natural de los cuerpos, y ella se iba mañana. Patricia posó la mano en el muslo de Breavman, ningún deseo en el contacto. Cuando se durmió, él sintió, con los ojos abiertos en la oscuridad, que su habitación nunca había estado tan vacía ni una mujer tan lejos. Escuchó su respiración. Era como el delicioso motor de una máquina cruel, intercalando una distancia tras otra entre ambos. Su sueño era el recogimiento final, más perfecto que todo lo que pudiera decir o hacer. Tenía una gracia más profunda que sus movimientos.

Sabía que el pelo no siente; se lo besó.

Se dirigía hacia la Côte des Neiges. La noche había sido creada por un purista de otoños de Montreal. Una ligera lluvia hacía brillar las negras verjas de hierro. Las

hojas yacían, como grabadas al aguafuerte, sobre el pavimento mojado, planas como si se hubieran desprendido de diarios íntimos. El viento emborronaba las hojas de la pequeña acacia de Mac Gregor Street. Caminaba por viejas calles de verjas y mansiones que se sabía de memoria.

La necesidad de Shell lo dominó en breves segundos. Se sentía atravesado en el aire por una lanza de deseo. Y con el deseo llegaba un fardo de soledad que sabía que no podía soportar. ¿Por que estarían en dudarles distintas?

Corrió al Mount Koyal Hotel. Una mujer que limpiaba de rodillas le agradeció el barro que traía.

Estaba marcando el numero, gritando a la telefonista, ordenando cobrar al destinatario.

El teléfono sonó nueve veces antes de que ella descolgara.

«¡Shell!»

«No iba a contestar.»

«¡Cásate conmigo! Es todo lo que quiero.»

Hubo un largo silencio.

«Lawrence, no puedes tratar así a la gente.»

«¿No quieres casarte conmigo?»

«He leído tu diario.»

Su voz era tan bella, acolchada por el sueño.

«No hagas caso del diario. Sé que te hice daño. Por favor, olvídalo.»

«Voy a seguir durmiendo.»

«No cuelgues.»

«No colgaré», dijo cansadamente. «Esperaré hasta que digas adiós.»

«Te amo, Shell.»

Se produjo otro largo silencio y Breavman creyó oír su llanto.

«Te amo. De verdad.»

«Por favor, vete. No puedo ser lo que necesitas.»

«Sí puedes. Lo eres.»

«Nadie puede ser lo que necesitas.»

«Shell, esto es demente; aquí hablando a cuatrocientas millas de distancia. Me voy a Nueva York.»

«¿Tienes dinero?»

«¿A qué viene eso?»

«¿Tienes dinero para el billete? Dejaste el campamento y sé que cuando empezaste ese trabajo no tenías mucho.»

Su voz nunca había sido tan amarga. Eso lo serenó.

«Voy.»

«Porque no quiero esperarte si no vienes.»

«¿Shell?»

«Sí.»

«¿Queda algo?»

«No lo sé.»

«Hablaemos.»

«De acuerdo. Buenas noches ahora.»

Esto último lo dijo con su antigua voz, la voz que lo aceptaba y lo ayudaba en sus ambiciones. Le entristeció oírla. En él mismo se había agotado la emoción que lo impulsó a llamarla. No necesitaba ir a Nueva York.

Empezó a pasear por las calles del corazón de Montreal. Estaban cambiando. Por todas partes desaparecían las casitas de cuento victorianas y en una esquina de cada dos se alzaba el esqueleto, medio cubierto, de un nuevo edificio de pisos destinado a oficinas. La ciudad parecía tener unas ganas locas de modernizarse, como si de pronto hubiera adoptado una nueva teoría de higiene y hubiera descubierto con horror que era imposible arrancar la suciedad de los resquicios de las gárgolas y de las vides esculpidas, de ahí que se decidiera a cauterizar todo el paisaje.

Pero eran bellas. Eran la única belleza, la última magia. Breavman sabía lo que sabía, que sus cuerpos nunca morirían. Todo lo demás era ficción. Lo que contenían era la belleza. Las recordaba a todas, no había perdido nada. Para adorarlas. Cantaba mentalmente una loa a medida que subía por una calle hacia la montaña.

Por el cuerpo de Heather, que dormía y dormía.

Por el cuerpo de Bertha, que se cayó con manzanas y una flauta.

Por el cuerpo de Lisa, antes y después, que olía a velocidad, a bosques.

Por el cuerpo de Tamara, cuyos muslos lo habían convertido en fetichista de muslos.

Por el cuerpo de Norma, con carne de gallina, mojado.

Por el cuerpo de Patricia, que aún tenía que domar.

Por el cuerpo de Shell, que era tan dulce en su memoria, al que amaba, mientras caminaba, los pequeños pechos sobre los que escribió y su cabello tan negro que brillaba azul.

Por todos los cuerpos con o sin bañadores, vestidos en el agua, andando entre habitaciones, tendidos en el césped, con señales de hierba, en orden de danza, saltando sobre caballos, creciendo delante de espejos, acariciados como tesoros, baboseados, engañados, todos ellos, en gran desfile de ballet, crema en ellos, sol en ellos, aceite untado.

Mil fantasmas, un solo fuego, todo lo ocurrido, desvirtuado por la palabra, contribuía a la visión, y cuando lo contemplaba, estaba en el mismo centro de las cosas.

A tientas subió los escalones de madera que ascendían por la vertiente de la montaña. Lo detuvieron los altos muros del hospital. Las torres italianas eran siniestras. Su madre dormía en una de ellas.

Se volvió y miró la ciudad a sus pies.

El corazón de la ciudad no estaba allá abajo entre los nuevos edificios y las calles ensanchadas. Estaba allí mismo, en el Allan, que con drogas y electricidad mantenía cuerdos a los hombres de negocios, alejaba del suicidio a sus esposas y libraba del odio a sus hijos. El hospital era el verdadero corazón, que bombeaba estabilidad, erecciones y orgasmos, y sueño en todos los marchitos miembros comerciales. Su madre dormía en una de las torres. Con ventanas que apenas se abrían.

El restaurante inundaba la esquina de Stanley y St. Catherine con una luz que hacía amarillear la piel y resaltaba las venas. Era un salón grande, lleno de espejos, abarrotado como de costumbre. No había una mujer a la que poder mirar.

Breavman observó que un montón de hombres usaban tónico capilar; tenían los costados de la cabeza brillantes y húmedos. La mayoría de ellos eran delgados. Y todos parecían estar de uniforme, casi. Guerreras ajustadas, con cinturones en la espalda, jerseys con cuello de pico, sin camisa.

Se sentó a una mesa. Estaba sediento. Se palpó el bolsillo. Shell estaba en lo cierto. No tenía mucho dinero.

No, no iría a Nueva York. Lo sabía. Pero debía estar siempre en contacto con ella. Aquello no debía romperse nunca. Todo sería sencillo, siempre que estuviese en contacto con ella, siempre que los dos recordaran.

Un día llegaría a comprender lo que le había hecho, a ella, a la criatura, y experimentaría un acceso tal de culpabilidad, que permanecería sentado durante días, sin moverse, hasta que otros lo transportaran y los aparatos médicos le devolvieran la palabra.

Pero no todavía.

La máquina tocadiscos gemía. Breavman creía comprender el deseo de melodías baratas mejor que nadie de allí. La máquina era una gran bestia, con destellos de dolor. Era la herida de neón de todo el mundo. Un ventrílocuo sufriente. Era como esa mascota mimada que la gente necesita. Un oso eterno al que hostigar, con sangre eléctrica.

A Breavman le sobraban veinticinco centavos. La máquina era gorda, amaba sus cadenas, gluguteaba y estaba dispuesta a amargar toda la noche.

Breavman decidió arrellanarse y sorber su Orange Crush. Un recuerdo lo sacudió urgentemente y pidió un lápiz a la camarera. Garabateó en la servilleta:

¡Dios! Ahora recuerdo cuál era el juego favorito de Lisa. Después de una gran nevada nos íbamos a un patio trasero con unos cuantos amigos. El cuadro de nieve era blanco y continuo. Bertha era la hiladora. Tú la cogías de las manos mientras ella giraba sobre sus talones. Dabas vueltas alrededor de ella hasta que tus pies se levantaban del suelo. Entonces ella te soltaba y volabas sobre la nieve. Te quedabas en la misma postura en que aterrizabas. Cuando todo el mundo se había arrojado de esta manera en la nieve, empezaba la parte bonita del juego. Te levantabas cuidadosamente, intentando por todos los medios no estropear la impresión que habías producido. Ahora las comparaciones. Por supuesto, habrías hecho lo posible para aterrizar en una postura absurda, en un lío de brazos y piernas. Después nos íbamos, dejando un maravilloso campo blanco de formas florales con tallos de pisadas.





LEONARD COHEN (Montreal, 1934 - Los Ángeles, 2016) Escritor, compositor y cantante canadiense. Considerado una figura fundamental del folk estadounidense de los sesenta y setenta, sus canciones, que sobresalen particularmente por la fuerza y calidad literaria de sus letras, reforzadas por expresivas melodías, influyeron en la mayoría de cantautores contemporáneos. Su vocación lo llevó en sus inicios a la literatura. Publicó novelas como *El juego favorito* (1963) y *Los hermosos vencidos* (1966), aunque ciertamente su género favorito era la poesía. De 1956 es *Comparemos mitologías*, al que seguirían numerosos volúmenes de poemas: *La caja de especias de la Tierra* (1961), *Parásitos del paraíso* (1962), *Flores para Hitler* (1964), *La energía de los esclavos* (1972), *El libro de la misericordia* (1984).

Si bien la poesía parecía ser su principal centro de interés, hacia 1966 empezó a ser habitual su presencia en los escenarios de los clubes de folk del barrio neoyorquino del Greenwich Village. Inició su carrera musical con la ayuda de Juddy Collins, quien introdujo al por entonces prometedor escritor y poeta en los círculos musicales. La versión que Collins hizo en 1966 de su canción Suzanne (publicada como poema dentro del libro *Parásitos del paraíso*) reforzaría el interés ya existente por la compleja personalidad de Cohen, que casi se vio obligado a debutar discográficamente en enero de 1968. Pero iba a ser John Hammond (famoso cazatalentos del sello CBS) el responsable final del paso de Cohen a la música, tras ver actuar al canadiense en el Festival de Folk de Newport de 1966.

Su primer álbum se tituló sencillamente *Songs of Leonard Cohen* (*Canciones de Leonard Cohen*, 1968). De este disco fue sin duda un acierto su producción mínima,

prácticamente reducida a la presencia de la voz y la guitarra de Leonard, lo que destacó el interés de las letras. En cualquier caso, este primer trabajo colocó de inmediato a Cohen en la primera línea de los cantautores del momento. El contenido intimista de los textos dejaba bien claro desde el primer instante su postura progresista dentro y fuera de los escenarios. Desde entonces el cantautor canadiense, ajeno siempre a planteamientos comerciales y a las grandes campañas promocionales, compaginaría con idéntico interés y rigor la literatura, la composición y grabación de nuevos temas y las actuaciones en directo.

Su segundo álbum, *Songs from a room (Canciones desde una habitación, 1969)*, se mantuvo en la misma línea y elevó al cantautor al rango de líder de toda una generación de músicos interesados por el folk. Su actuación en el Festival de Wight de 1970 y su posterior gira europea ampliaron el número de seguidores fuera de Canadá y de los Estados Unidos y sirvió a Cohen para descubrir la isla griega de Hydra, a la que convertiría en el lugar preferido de sus periódicos retiros.

Ya en los setenta, su producción discográfica comenzó a hacerse más sofisticada por lo que respecta a los arreglos de los temas contenidos en su álbumes, manteniendo, sin embargo, la misma coherencia inicial en las letras de sus canciones. En 1971 publicó *Songs of love and hate (Canciones de amor y de odio)* y en 1973 el álbum en directo titulado *Live Songs*. Ambos anticiparon el éxito popular que alcanzaría *New skin for the old ceremony (Nueva piel para la vieja ceremonia, 1974)*.

Después de la publicación de *Greatest Hits* en 1977, se habló de una retirada definitiva de Leonard Cohen de la música, pero el rumor fue desmentido de inmediato con el lanzamiento de *Death of a Ladies' Man (Muerte de un mujeriego, 1977)*, producido por Phil Spector. La grabación de este nuevo trabajo se desarrolló en un ambiente de constante tensión entre Spector y Cohen, quienes mantuvieron fuertes discrepancias en los arreglos de cada tema, hecho que perjudicó el resultado final. Tal vez por ello, el cantautor canadiense volvería a sus raíces en *Recent songs (Canciones recientes, 1979)*.

La irrupción de nuevas corriente musicales a finales de los setenta, como el Punk y la New Wave, pareció desplazar a Leonard Cohen de los primeros planos de la actualidad. Pero Cohen, ajeno siempre a las modas, se dedicó igualmente a seguir escribiendo canciones y a escribir, protagonizar y dirigir el cortometraje *I am a hotel*, que merecería el Gran Premio del Festival Internacional de Televisión de Montreaux, en Suiza. Meses después, en 1985, publicó *Various positions (Diversas posiciones)*, un álbum que mostraba a un Leonard Cohen muy puesto al día en los arreglos de sus canciones. Ganador ese mismo año de un Award canadiense (compartido con Lewis Furey) por la música de la Ópera-Rock *Night Magic*, en 1988 recuperó las cotas de su antigua popularidad con el álbum *I'm your man (Soy tu hombre)*, superventas a ambos lados del Atlántico.



Sus posteriores trabajos, como *The future* (*El futuro*, 1992), siguieron demostrando un alto nivel de creatividad, en una línea de trabajo que, pese a su evolución estilística, mantiene las constantes y las esencias de sus inicios, las mismas que lo convirtieron en el gran letrista y compositor de los setenta. Sus canciones han sido versionadas por los artistas más importantes de cada momento (Joe Cocker y su versión de *Chelsea Hotel* es el ejemplo más recordado). Finalizada la gira de presentación de su nuevo trabajo, Cohen se retiró a un monasterio zen en San Diego (California), donde permanecería durante seis años. Tras nueve años de silencio creativo, el cantautor volvió en 2001 a la escena musical para presentar el vigésimo tercer álbum de su carrera, que se editó con el escueto título de *Ten new songs* (*Diez canciones nuevas*). *Dear heather* (2004), *Old ideas* (2012), *Popular problems* (2014) y *You want it darker* (2016) fueron los últimos títulos de su discografía.

Cohen fue más popular como cantautor que como poeta, pero, paradójicamente, se le reconoció más esta última faceta que la primera. Como cantante recibió el Crystal Globe en 1988 por haber vendido cinco millones de discos fuera de Estados Unidos. En 1991 entró en la Hall of Fame de músicos en Toronto (Canadá) y recibió el premio Juno al escritor de canciones del año. En 1993 le fue concedido el Juno al mejor cantante masculino del año. Sin embargo, en literatura, la lista de galardones cosechados es casi interminable; mereció dos títulos Honoris causa por las universidades de Dalhousie (1970) y McGill (1992), y en 2011 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

# Notas

[1] Bebida fría de leche y cacao. (*N. de las T.*) <<

[2] Despectivamente, los soldados alemanes. (*N. de las T.*) <<

[3] Entre los judíos, ceremonia de iniciación que se celebra cuando un muchacho cumple trece años, edad que señala el comienzo de sus deberes y responsabilidades religiosos. (*N. de las T.*) <<

[4] Especie de amito con que los judíos se cubren la cabeza y hombros en sus ceremonias religiosas. (*N. de las T.*) <<

[5] En *yiddish*, cierto tipo de rosquillas glaseadas. (*N. de las T.*) <<

[6] Devocionario judío que contiene oraciones hebreas y arameas. (*N. de las T.*) <<



[7] Baile del conejito. (*N. de las T.*) <<

[8] Frogs: ranas. Término despectivo: gabacho, francés. Aplicado en Canadá a los franco-canadienses. (*N. de las T.*) <<

[9] «¡Quédate ahí, maldito judío!» En francés en el original. <<

[10] La parte interior y más sagrada del Tabernáculo. (*N. de las T.*) <<

[11] Término de béisbol. <<

[12] En español en el original. (*N. de las T.*) <<

[13] Siglas correspondientes a *Daughters of the American Revolution*. (N. de las T.)

<<

[14] «College» universitario para varones situado en Williamstown, Massachusetts, fundado en 1785. <<



[15] Amelia Carry Nation (1846-1911), propagandista norteamericana de la total abstinencia alcohólica. (*N. de las T.*) <<

[16] «College» universitario femenino fundado en 1880 y situado en la ciudad del mismo nombre, en Pennsylvania. <<

[17] «College» universitario para varones fundado en 1821 en la localidad del mismo nombre, en Massachusetts. <<

[18] «College» universitario mixto fundado en 1871 en Northampton, Massachusetts.

<<

[19] Asociación universitaria norteamericana. <<

[20] Juego de palabras intraducible. *Shell* significa concha. <<

[21] Juego infantil en el que participan dos bandas que tienen que encontrar determinados objetos, por lo general extraños. (*N. de las T.*) <<

[22] Tinker Bell, personaje de *Peter Pan*. (N. de las T.) <<



[23] Canción popular infantil inglesa. (*N. de las T.*) <<

[24] Golpe de béisbol que permite al bateador recorrer todas las bases y anotarse una carrera. (*N. de las T.*) <<

[25] Enhorabuena, en *yiddish*. (*N. de las T.*) <<